
Tu
MIRADA
no miente
LANA LEVY

Contenido

CRÉDITOS
SINOPSIS
TU MIRADA NO MIENTE
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPÍTULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34
CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPÍTULO 38
CAPÍTULO 39
EPÍLOGO

CONTACTO
YA DISPONIBLE
YA DISPONIBLE

TU MIRADA NO MIENTE

Primera edición: Marzo 2025

Copyright © Lana Levy, 2025

Todos los derechos reservados. Los personajes y hechos que se relatan en esta historia son ficticios. Cualquier similitud con personas o situaciones reales sería totalmente casual y no intencionada por parte de la autora.

Quedan prohibidos, sin la autorización expresa y escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea eléctrico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

Email de contacto: lanalevyautora@yahoo.com

Suscríbete a mi lista de correo aquí.

SINOPSIS

El amor prohibido es peligroso, pero un amor silenciado durante años es devastador.

Nadia ha construido su vida en base a unas reglas muy claras: la familia va primero, su trabajo como periodista después y, por último, el amor… si es que alguna vez llega sin causar estragos.

Pero todo cambia cuando su nuevo compañero en la redacción resulta ser Isaac, el hombre que estuvo a punto de convertirse en su cuñado.

El mismo Isaac que hace cinco años dejó plantada a su hermana Sofía justo antes de la boda.

El mismo por el que Nadia sintió lo que nunca debió sentir.

Ahora, con el pasado llamando a la puerta y el deseo amenazando con derribar todas sus barreras, ¿podrá seguir ignorando lo que siente o, esta vez, arriesgará todo por lo que realmente desea?

Tu mirada no miente

Lana Levy

CAPÍTULO 1

Como cada mañana, la redacción del *Diario Capital* olía a café quemado y a cierta desesperación. Era martes, había cierre de edición y nadie estaba para tonterías. Bueno, nadie excepto Belén, la secretaria, que vivía para chismorrear y recordarnos que antes el periodismo era serio y no "esto que hacéis ahora, que parecen tweets largos".

Yo estaba en mi mesa, peleándome con un titular sobre un atraco fallido que nos había tenido en vilo por la mañana, cuando Belén se acercó con esa sonrisilla de quien sabe algo que tú no.

En su caso, eso de que la información es poder es el doble de verdad.

—¿Sabes quién vuelve a casa por Navidad? —dijo, muy teatral ella.

—Si me dices el Almendro, te juro que…

—Isaac Aranda —soltó ella, que no era muy amiga de mantener la intriga.

Mi cerebro se quedó en modo error. Como un Windows 98 a punto de petar.

—¿Qué?

—Sí, hija. Tu excuñado. Me temo que es el nuevo jefe de redacción, aquí en Sucesos. Qué sorpresa, ¿no?

Ahí estaba yo, con cara de emoticono en shock, intentando procesar aquella bomba.

Isaac Aranda. También conocido como "el hombre que dejó a mi hermana plantada en el altar sin dar una miserable explicación".

Alias *El Proscrito*, para mi señora madre.

Y además, toda la redacción estaba al tanto de esta afrenta del pasado porque a veces no sé mantener el pico cerrado.

—¿Estás de broma?

—Ojalá —respondió Belén, encantada con mi reacción—. Llega hoy mismo. Directo desde su vida de profesor y corresponsal internacional. Guapo, listo y a partir de esta tarde, tu nuevo jefe de sección. Pero…shhhh…Yo no te he dicho nada, ¿vale? Alguien tenía que avisarte.

Se llevó el dedo índice a los labios para sellar su silencio.

—Estupendo —dije, intentando que mi ojo izquierdo no empezara a temblar—. Y yo que pensaba que este día no podía ir a peor.

Spoiler: podía.

A las cinco de la tarde, cuando la jornada ya estaba lo bastante jodida como para rematarla con un excuñado indeseado, la puerta del despacho del director se abrió.

Y ahí estaba él.

El jodido Isaac Aranda. Alto, traje oscuro, el pelo más largo de lo que lo recordaba, con esa clase de barba que lo que nos quiere decir es "acabo de llegar de Nueva York y mi vida es muy interesante". Y con esa maldita sonrisa de *sí, soy encantador, acostúmbrate*.

Toda la redacción estaba en silencio. No porque se hubieran enterado de la historia (que seguramente sí), sino porque las oficinas en todo el planeta son como patios de colegio: cuando alguien nuevo llega, hay que medirlo con la vara antes de decidir si se le acepta o se le odia.

Isaac recorrió la sala con la mirada y, cuando sus ojos se encontraron con los míos, sentí…

Nada.

O eso me dije a mí misma.

Porque en realidad se me iba a salir el corazón por la boca.

—Buenas tardes, equipo —dijo él, con voz firme.

Como si esto no fuera la peor idea del mundo.

Silencio. Expectación. Morbo generalizado.

—No os imagináis el placer que es para mí estar aquí —continuó —. Tengo muchas ganas de conoceros y de trabajar codo con codo con todos vosotros.

Respiré hondo. Iba a ser una profesional. Iba a tragarme mi orgullo y comportarme. Iba a ser madura.

Pero entonces abrí la boca.

—Bueno, Isaac, algunos ya te conocemos —solté antes de poder evitarlo.

El silencio incómodo se extendió como un gas venenoso.

Belén sofocó una risa. Mi compañero Raúl, que editaba política, soltó un *buah* muy bajito.

Isaac me miró. Y juro que por un segundo se le encendió algo en los ojos. No era molestia. Era algo más… incandescente.

Pero en vez de responderme con otro dardo, asintió con calma y dijo:

—Cierto. Algunos ya nos conocemos.

Cabrón diplomático.

El director del diario, ajeno a toda aquella ridícula tensión, retomó la conversación. Nos explicó la incorporación de Isaac con un discurso estándar de "nuevo liderazgo, nuevas ideas, bla bla bla". Yo apenas escuché.

Estaba demasiado ocupada procesando el desastre que se avecinaba.

Cuando la reunión terminó, me escabullí de inmediato hacia la máquina de café. Necesitaba cafeína o un exorcismo. Lo que llegara primero.

—Vaya, eso ha sido… intenso —dijo Ventura, mi compañero de mesa, apareciendo de repente a mi lado.

—Si por "intenso" quieres decir "una broma cruel del universo", entonces sí. Ha sido intenso.

Ventura se cruzó de brazos, pensativo.

—Podría ser peor.

—¿Ah, sí? ¿Cómo?

—Podría ser tu compañero de piso.

Le miré, seria.

—Dame un segundo, que voy a llamar a mi casero, no vaya a ser que me sorprenda con un cambio de inquilino.

—¿Tú sabías algo de esto?

—¿Yo? ¿Pero qué voy a saber yo? Si soy la última mona de esta oficina.

Nos reímos, pero la sensación de inquietud seguía ahí, pegajosa como un chicle en el zapato.

Volví a mi mesa y, apenas cinco minutos después, recibí un correo en negrita y mayúsculas:

"NADIA, MI DESPACHO. YA."

Ah. Genial.

Me puse en pie, estiré la espalda y respiré hondo.

—¿A dónde vas? —preguntó Ventura.

—A ver si me despiden.

—Si lo hacen, dame tus bolis de Hello Kitty antes de irte.

Caminé hasta el despacho de Isaac, llamé a la puerta y entré sin esperar respuesta.

—¿Sí, *jefe*?

Estaba de pie, junto a la ventana, con los brazos cruzados. La sonrisa diplomática se le había borrado de un plumazo.

—Voy a ignorar el tono condescendiente porque acabo de llegar —dijo, sin darse la vuelta—. Pero si puedes evitarlo en horario laboral, lo agradeceré.

Apoyé el hombro contra el marco de la puerta. Aquella habitación ya estaba cargada con su energía, y ya la notaba como si me oprimiese el cuello.

—Tomaré nota. ¿Algo más?

Isaac suspiró y me miró por fin.

—Nadia, sé que esto es incómodo. Para los dos.

—¿Ah, sí? ¿Te resulta incómodo? Pobre de ti —solté, cruzándome de brazos.

Me lanzó una mirada de advertencia.

—No he venido a discutir. He venido a trabajar. Y aunque no lo creas, respeto lo que haces. Me consta que eres una de las mejores reporteras de Capital. No solo de sucesos.

No supe qué responder a eso. Porque si me hubiera atacado, habría contraatacado. Pero esto… Esto me descolocaba.

Así que, en un arranque de madurez inesperado, dije:

—Vale. Trato profesional.

Isaac asintió.

—Trato profesional.

Y cuando salí de su despacho, una parte de mí deseaba fervientemente creer que tal vez esto no sería un desastre absoluto.

CAPÍTULO 2

—¿Se lo vas a contar a tu hermana?

La pelota de pádel rebotó contra la pared de cristal con un sonido hueco antes de que pudiera devolvérsela.

—¡Mierda! —exclamé, viendo cómo Serena se deslizaba hacia la red y me ganaba el punto sin piedad.

Sí, es mi amiga, se llama Serena y es buenísima con una raqueta entre las manos. Aunque ella diga que no.

—Respuesta incorrecta —canturreó, recogiendo la pelota con una sonrisa de suficiencia—. No has contestado, de hecho.

—Porque estoy ocupada perdiendo.

—Y esquivando la pregunta —señaló, lanzándome la bola con un gesto rápido—. ¿Se lo has dicho ya a Sofía o sigues actuando como si no pasara nada?

Resoplé y me tomé un segundo para recolocar el *grip* de la pala. Aquella conversación ya me estaba agotando, y apenas habíamos empezado a jugar. Quedábamos casi todas las semanas para correr un poco detrás de la pelota y pensar que con eso ya cumplíamos con el obligado cupo de deporte.

—Voy a decírselo —respondí finalmente—. Es que tengo que hacerlo. No me queda otra.

—¿Cuándo? ¿Antes o después de que se entere por otra persona y te mate? ¿Cuántos días han pasado ya desde que él llegó? ¿Cinco?

—Tres.

Suspiré. Serena tenía razón, y lo sabía. Pero también sabía que soltarle la bomba a mi hermana no iba a ser precisamente un paseo por el parque.

—Estoy esperando el momento adecuado —dije, adoptando mi pose más solemne.

—Ah, claro. Porque hay momentos adecuados para decir: "Oye, ¿recuerdas a ese cabrón que te dejó plantada hace cinco años en plena sesión de fotos de la boda? Pues ahora es mi jefe".

—Técnicamente, no es mi jefe. No me manda directamente. Es solo el que coordina el trabajo en la sección de sucesos. El que reparte los temas. Si quisiera echarme, él solo no podría tomar esa decisión.

—¡Oh, perdón! —exclamó, llevándose una mano al pecho, fingiendo sorpresa—. Eso lo cambia todo. Seguro que Sofía se lo toma genial cuando se lo cuentes… en 2047.

Bufé y le di un golpe a la pelota con más fuerza de la necesaria. Serena la devolvió con facilidad, sin dejar de mirarme con esa expresión de "no te vas a librar de esta conversación".

—A ver, no se lo estoy ocultando *a propósito* —protesté—. Es solo que… Ha sido una semana muy complicada. Estoy buscando el momento.

—Pobrecita —dijo con tono burlón—. Tener que soportar a ese hombre guapo, inteligente y recién llegado de sus aventuras en el extranjero. ¡Qué tragedia!

Le devolví la pelota con un golpe seco.

—Isaac no es guapo.

—Oh, venga, Nadia. Hasta yo, que solo me fijo en mujeres, puedo reconocer que ese hombre es como un *snack*. Una patatita con sabor a jamón de esas que nos quieren prohibir.

Me reí.

—Un *snack* que dejó a Sofía hecha un guiñapo y sin querer saber nada de los hombres por el resto de sus días. Te recuerdo que mi hermana sigue sin salir con señores a día de hoy.

Serena levantó las manos en señal de rendición.

—Cierto. Es un *snack* caducado y venenoso. Pero eso no cambia el hecho de que, tarde o temprano, Sofía va a enterarse. Y si no se lo dices tú, lo hará de la peor forma posible.

—Lo sé —solté un suspiro y me acerqué a la red, apoyándome en ella con la pala colgando de la muñeca—. Es solo que… No quiero remover esa historia si no es necesario. ¿Y si se lo comento a mi madre de pasada y le suplico que se lo diga a ella?

—*¿Si no es necesario?* Nadia, trabajas en una redacción llena de gente que tiene menos discreción que un grupo de WhatsApp de madres del colegio. Te doy una semana antes de que alguien lo suelte en la cena de los domingos y la noticia se propague por todo Madrid.

Gruñí, porque otra vez tenía razón.

—Es que no entiendo cómo ha acabado aquí. ¿No se suponía que tenía una vida de ensueño en Nueva York?

—Bueno, la vida da muchas vueltas —respondió Serena, encogiéndose de hombros—. Y los excuñados cabrones, también.

Nos miramos en silencio un segundo antes de estallar en carcajadas.

—Vale, ok, me has convencido. Se lo diré a Sofía.

—*Gracias*. Porque la única cosa peor que un excuñado inesperado es un excuñado inesperado y un embrollo familiar inminente.

Volvimos a jugar, y durante unos minutos me centré en el partido. La rutina de golpear la pelota, moverme por la pista y tratar de no ser humillada por Serena (cosa que, por cierto, nunca lograba) me ayudó a despejarme un poco.

Pero no lo suficiente.

Porque la imagen de Isaac seguía en mi cabeza.

El Isaac que se paseaba por la redacción con su aire de seguridad absoluta, como si nunca hubiera roto un plato.

El mismo Isaac que analizaba cada artículo con una mezcla de precisión quirúrgica y una leve sonrisa que no sabía si era condescendiente o simplemente irritante.

El condenado Isaac que, por alguna razón, hacía que mi estómago se encogiera cuando se quedaba demasiado cerca de mí.

—Eh, *tierra llamando a Nadia* —la voz de Serena me devolvió a la realidad—. Estás fallando todas las bolas. Más de lo normal, quiero decir.

—Estoy… distraída.

—¿Distraída pensando en cómo decirle la verdad a Sofía?

—Sí. Bueno. Más o menos.

Mi amiga me lanzó una mirada afilada y se acercó a la red, apoyando los brazos en su pala.

—¿Más o menos?

Me mordí el labio y miré hacia otro lado.

—No me mires así.

—Así, ¿cómo?

—Como si fueras a sacarme algo que no quiero decir en voz alta.

—Oh, cariño —sonrió de forma triunfal—. Te lo *voy* a sacar.

Le lancé una mirada asesina, pero ella ya me conocía demasiado bien.

—Habla. O te haré correr por la pista hasta que te desmayes.

Dudé. Di una patadita a la red. Jugueteé con el borde de mi camiseta. Pero, al final, solté lo que llevaba días, o quizá años, sin querer admitir.

—A ver. Esto no puedo salir de aquí, ¿vale?

Serena puso los ojos en blanco.

—Oh, venga ya. ¿A quién quieres que le cuente tus miserias?

Cogí aire.

—Antes de que todo pasara… —empecé, con la voz más baja de lo que pretendía—. Antes de que dejara a Sofía plantada, y de que desapareciera de nuestras vidas… Yo… no sé cómo explicártelo. Me sentía… rara cuando estaba cerca de él.

Serena parpadeó.

—Define "rara".

Bajé la mirada y me obligué a decirlo.

—Como si… como si me gustara un poco.

El silencio que siguió fue atronador. Serena me miró fijamente, como si estuviera analizando cada célula de mi ser.

—¿Un poco? ¿El novio de tu hermana?

Asentí.

—Pero muy poco. *Casi nada*. Fue cosa de unos días. Unos días en los que me sentí como una idiota. Pero han pasado ya cinco años. Eso está enterradísimo.

Ella alzó una ceja.

—Ajá.

Su mirada pedía más explicaciones.

—Era solo un sentimiento *extraño*. Como… como si me pusiera nerviosa sin motivo.

—Ya.

—Y *nunca* hice nada. Nunca pensé en él de esa manera. ¡Era el novio de mi hermana!

—Ya veo.

—¡Serena! Di algo más sustancioso, ¿quieres?

Ella sonrió con suficiencia.

—Estoy procesando la información. Dame un momento.

—No hay nada que procesar —protesté—. Fue una tontería. Algo sin importancia.

—Claro, claro. Sin importancia. Solo que te ponía un poco nerviosa.

—Exacto.

—Y te gustaba un *poquito*.

—He dicho que *casi nada*.

—Uh-huh.

—¡Ay, cállate ya!

Serena se rió, disfrutando demasiado de mi incomodidad.

—Vale, vale, lo dejo. Pero Nadia…

—¿Qué?

—No intentes engañarte a ti misma. Porque eso nunca acaba bien.

No respondí. Porque, por primera vez en mucho tiempo, no estaba segura de si podía discutirle.

Y eso sí que daba miedo.

CAPÍTULO 3

El WhatsApp me llegó justo cuando me estaba poniendo los calcetines en el vestuario:

Belén - 20:13
🚨 *Nadia, rueda de prensa policial en 30 min. Han detenido a alguien por lo del actor.*

Yo - 20:14
¿Me estás vacilando?

Belén - 20:14
Ojalá. Pero no. Muévete. Esta te toca a ti.

Solté un bufido de frustración y miré a Serena, que estaba sentada a mi lado en el vestuario, revisando sus mensajes, seguramente mucho más interesantes que los míos.

—Me tengo que ir.

—¿Qué? ¡Pero si íbamos a cenar! —protestó—. Ya me veía comiendo quinoa con cara de superioridad moral.

—Lo sé, pero hay rueda de prensa en sede policial. Al parecer han detenido a alguien por lo del actor asesinado.

Serena frunció el ceño y se enderezó.

—¿Lo dices en serio?

—Sí —me puse la chaqueta a toda prisa—. Joder, me había hecho a la idea de comer algo saludable por una vez.

—Por lo menos di que vas a comer algo, porque conociéndote te irás a dormir con un café y un paquete de galletas como cena.

—Un clásico. Pero no tengo tiempo. Es en media hora. He de salir pitando.

—Un desastre nutricional—corrigió ella, negando con la cabeza—. Vale, otro día lo compensamos. Pero llámame si pasa algo *realmente* interesante.

—Hecho.

Cogí mi bolsa, le di un abrazo rápido y salí disparada. En parte, agradecí tener que irme, porque ya estaba arrepentida de haberle contado a Serena mi oscuro secretito sobre Isaac. Y eso que era mi mejor amiga.

Cuando llegué a la sede policial, la sala estaba llena de periodistas, todos viejos conocidos y todos con la misma cara de cansancio y el café barato en la mano. Me abrí paso hasta la sala donde se daría la rueda de prensa, y justo cuando entré, vi una figura familiar cerca del estrado.

Ventura.

Fruncí el ceño. No era normal que nos convocaran a los dos para la misma noticia.

Me acerqué y le di un leve codazo en el brazo.

—¿Tú qué haces aquí?

Ventura sonrió de lado, como si estuviera esperando la pregunta.

—Qué bienvenida tan cálida.

—No en serio, ¿por qué estamos los dos aquí?

—No tengo ni idea —respondió—. A mí me llamaron hace un rato y pensé que cubriría esto solo. Pero parece que no.

Lo observé con suspicacia.

—¿Seguro que no sabes nada más?

—Lo juro por mi planta de escritorio.

—Esa que mataste el mes pasado.

—Lo importante es la intención.

Negué con la cabeza y miré alrededor. Aún faltaban unos minutos para que comenzara la rueda de prensa, así que me crucé de brazos y fijé mi atención en Ventura.

—Entonces, ¿qué hago? ¿Me voy? ¿Me quedo? —le pregunté, como si fuera el oráculo.

—No, mujer. Si te han convocado quédate, ya que estás aquí. No vayamos a liarla. No tienes nada más ahora mismo, ¿no? Podemos redactar la noticia a cuatro manos y ya está.

—De acuerdo, pero te encargas tú de arreglarlo con Isaac.

—Hecho.

—Aprovechando que aún queda un rato, dime, ¿qué novedades tienes sobre nuestro ilustre jefe? Porque sé que has estado investigando.

Ventura sonrió de forma misteriosa.

—Me subestimas, Nadia. Yo no "investigo". Yo solo escucho atentamente.

—Sí, sí, y los cotilleos te caen del cielo. Suéltalo.

Se pasó una mano por el pelo y se inclinó un poco hacia mí.

—A ver, no es información clasificada, pero sí… curiosa.

—Me encanta lo curioso.

—Pues resulta que el gran Isaac Aranda tenía un *puestazo* en Nueva York. No hablamos de un trabajo cualquiera, sino de un cargo alto en un medio muy influyente.

—Eso ya lo sabía —repliqué, encogiéndome de hombros—. Era corresponsal y profesor en una universidad.

—Sí, pero lo que *no* sabías es que su sueldo era ridículamente alto incluso para alguien como él. O sea, ha hecho una fortuna. Se ha forrado.

Fruncí el ceño.

—Define "ridículamente alto".

—Pues alrededor de medio millón de dólares al año.

Mi boca se abrió sola.

—¿Qué?

—Tal cual. No me preguntes cómo, pero tenía un contrato de esos que parecen imposibles en nuestra profesión. Y ahora dime, ¿por qué alguien con ese sueldo y ese nivel de vida deja todo para volver a un periódico de segunda fila como *Capital*?

Me quedé en silencio unos segundos, procesando.

—No tiene sentido.

—Exacto. Algo no cuadra. O tenía problemas allí, o…

—O hay otra razón que no conocemos.

Ventura asintió y luego bajó la voz con aire conspirador.

—Y hay más.

—Por favor, dime que es algo escandaloso.

—Bueno, depende de cómo lo veas.

—Ventura.

Sonrió y se encogió de hombros.

—Le preguntó a Belén por ti.

Parpadeé.

—¿Qué?

—Hace un par de días. Nada comprometedor, pero la típica curiosidad disimulada. Que si cuánto tiempo llevas en *Capital*, que si te encargas solo de sucesos o haces otras cosas… tonterías así.

—¿Y Belén qué le dijo?

—Todo lo que pudo y más. Ya sabes cómo es.

Chasqueé la lengua. Menudo nido de víboras cotillas.

—Por supuesto.

Ventura me miró con atención.

—¿Tienes idea de por qué le interesa saber sobre ti?

—No tengo ni idea.

Mentí.

Porque sí tenía *una* idea.

O, al menos, un presentimiento.

¿Y si…?

¿Y si Isaac había descubierto de repente, cinco años después, que cometió un grave error dejando a mi hermana? ¿Y si quisiera tantear el terreno para subsanar su error y volver con ella?

Pero antes de que pudiera analizarlo, la puerta se abrió y entraron los oficiales. La rueda de prensa estaba a punto de comenzar.

Ventura y yo dejamos el tema aparcado (por el momento) y sacamos nuestras libretas. Sí, ambos somos de la vieja escuela y nos encanta tomar notas con papel y boli. Pero mientras el jefe de policía comenzaba a hablar, mi mente seguía en Isaac.

En lo que él había dejado atrás.

Y en lo que me hacía sentir cuando estaba cerca.

Y en lo que eso significaba.

Si es que significaba algo.

CAPÍTULO 4

El salón de belleza de mi madre era un epicentro de información mucho más eficaz que cualquier agencia de noticias. No había chisme, escándalo o tragedia vecinal que no pasara por esas sillas de secado antes de difundirse por el barrio. Ella y sus clientas eran las mejores reporteras que pudieras imaginar.

—¡Mira quién ha venido! ¡No hay quien te vea el pelo, hija! —exclamó mi madre, Nieves, en cuanto crucé la puerta.

Mi madre tenía un talento especial para recibirte como si hubieras estado desaparecida en combate. Ignoré la exageración y caminé hasta el mostrador, donde Raquel, su mano derecha, estaba pintándose las uñas con una concentración que ya quisieran muchos cirujanos.

—Hola, guapas —saludé, colándome entre un par de clientas que hojeaban revistas como si estuvieran analizando documentos clasificados.

—¿Vienes por un corte o solo a esparcir veneno? —preguntó Raquel sin levantar la vista de sus uñas.

—Siempre vengo a esparcir veneno, lo sabes.

Mi madre se rio al tiempo que preparaba uno de sus tintes. Mientras yo me dejaba caer en una silla libre, una de sus clientas más fieles, Mari Carmen, me miró con los ojos brillantes de curiosidad.

—Venga, niña, cuenta. Algo bueno traes en la lengua, se te nota.

Sonreí. Me encantaba tener audiencia. Todas las clientas de mi madre sabían que era periodista de sucesos. Y les encantaba.

—¿Os acordáis del caso de Alejandro Manjón?

Silencio absoluto. Raquel dejó de pintarse las uñas, Mari Carmen apoyó los codos en el mostrador y mi madre me miró a través del espejo mientras moldeaba el pelo de una clienta.

—¿El actor? —preguntó Nieves.

—El mismísimo.

—El que encontraron muerto en su casa de la sierra —añadió Raquel.

—Ese.

—¿Y qué ha pasado? —insistió Mari Carmen, ansiosa.

Bajé la voz para darle dramatismo:

—Han detenido ya a alguien.

El salón estalló en murmullos. Mi madre dejó el cepillo en el tocador y cruzó los brazos.

—¿Y quién es?

Me encogí de hombros.

—Estuve en la rueda de prensa de la policía. Aún no nos han dado su nombre, pero lo fuerte es que parece que Alejandro no era solo un actor de telenovelas. Al parecer, tenía negocios turbios.

—¡Si ya lo decía yo! —exclamó Mari Carmen, golpeando la mesa con la palma de la mano —. Un hombre tan guapo no puede ser trigo limpio.

—Sí, claro —soltó Raquel—, porque la corrupción viene en función del atractivo.

—Es un patrón que se repite —insistió Mari Carmen, muy seria.

Yo me reí y mi madre negó con la cabeza, pero era obvio que también estaba interesada en la historia. Cuando terminamos de analizar el caso Manjón como si fuéramos criminólogas con veinte años de experiencia, esperé a que el salón estuviera un poco más tranquilo para soltar la verdadera bomba. El motivo real de mi visita. Pero eso tenía que ser en privado, claro.

Mi madre estaba preparando un café en la trastienda cuando me acerqué a ella.

—Mamá —dije en voz baja.

—¿Qué pasa?

Era mejor arrancar la tirita de golpe.

—Ha vuelto.

Me miró sin entender.

—¿Quién?

Tragué saliva.

—Isaac.

El impacto fue inmediato.

—¿¡Qué!? ¿Cómo que el proscrito ha vuelto?

—Shhh, no grites.

—¿Cómo que no grite? —soltó, alzando aún más la voz—. ¿Pero esto qué es? ¿Una cámara oculta?

—No, mamá, es la vida dándome otro disgusto.

Se llevó las manos a las caderas, furiosa.

—¡Pero si ese desgraciado se fue a la otra punta del mundo, lejos de nosotras!

—Ya, bueno, ¿te acuerdas de que es periodista, cómo yo? Pues ahora está en mi oficina.

Su expresión pasó de la ira al horror.

—No.

—Sí.

—No. Que no me lo creo.

—Sí, mamá, que sí. Es mi nuevo jefe de sección.

Mi madre parpadeó como si su cerebro estuviera procesando información corrupta.

—Me estás tomando el pelo.

—Ojalá.

Se frotó las sienes. Aquello le iba a provocar un severo dolor de cabeza. Lo sabía muy bien. Había heredado sus jaquecas.

—Este mundo se va a la mierda —murmuró.

—¿Se lo dices tú a Sofía o se lo digo yo?

Mi madre abrió la boca, luego la cerró. Sabía que no había forma de evitarlo.

—Díselo ya. Ahora mismo. Porque si se entera por otro lado, será peor.

—Lo sé.

Suspiró, visiblemente afectada.

—Tu hermana sufrió mucho, Nadia.

Lo dijo con ese tono que siempre usaba cuando hablaba de la boda cancelada. Como si aquello hubiera sido un drama nacional.

—Lo sé, mamá.

—Y tú… ¿cómo lo llevas?

La pregunta me pilló por sorpresa.

—¿Yo?

—Sí. A ti tampoco te hizo gracia lo que pasó.

—No, claro que no.

Pero lo que no le iba a decir era la parte que me atormentaba en secreto. Esa parte que no podía confesar del todo ni a Serena, ni a Ventura, ni siquiera a mí misma.

Porque si había algo peor que reencontrarme con el hombre que arruinó la boda de mi hermana… era admitir que, antes de todo aquello, yo sentía algo cada vez que él me miraba. Algo que no debía sentir y que neutralicé con mucho esfuerzo.

Mi madre seguía mirándome con atención. Percibí el brillo en sus ojos…Un brillo adivinatorio que también tenía mi abuela y que supongo que ha ayudado a muchas generaciones de mi familia a bandearse por este duro camino, esquivando piedras.

—¿Segura de que estás bien?

—Segura. Ni siquiera lo veo mucho. Ya sabes que paso buena parte del día fuera de la redacción.

Mamá no me creyó del todo, pero asintió.

—Bueno. Díselo a tu hermana hoy mismo. Cuanto antes mejor. O tendré que hacerlo yo.

—Está bien, está bien.

Pero la verdad era que no tenía ni idea de cómo iba a darle esa noticia a Sofía.

No es tan fácil desenterrar ciertos esqueletos.

CAPÍTULO 5

Sofía abrió la puerta de su apartamento, con el moño despeinado, su mítico pijama de algodón con estrellitas y una copa de vino en la mano. Antes de que pudiera decir nada, soltó:

—Mamá ya me lo ha contado, así que no te molestes.

Mi hermana dio un sorbo a su copa y, sin inmutarse, se giró para volver al salón. La seguí, cerrando la puerta tras de mí, y me dejé caer en su sofá mientras ella se acomodaba en su rincón habitual. Su piso olía a pizza recién hecha y a ese ambientador con olor a vainilla que usaba desde que compartíamos habitación en casa de nuestra madre.

—Bueno, pues nada, me ahorro el discurso dramático —comenté, dándole un sorbo a la copa que me ofrecía.

—Sí, no hace falta que me hagas el resumen. Mamá ha sido bastante explícita con su opinión sobre el tema.

Sofía soltó una risita, aunque sin mucho entusiasmo. Le dio un par de toques a la pantalla del mando y puso un *reality* de reformas de casas. Era adicta a ellos.

—¿En serio, Sofía? —protesté—. ¿Otra vez este programa?

—Me relaja ver a gente discutir por paredes de pladur.

—Deberían hacer una versión que se llamara "Reformas y divorcios", con parejas que se separan antes de que les terminen la cocina.

—O "Quién da más", pero en vez de trasteros, que subasten los muebles de las parejas rotas.

—"Quién da más: edición custodia compartida".

Brindamos con las copas de vino y me serví un trozo de pizza. Sofía se acurrucó en el sofá, subiendo los pies sobre la mesa.

—Así que… Isaac ha vuelto.

—Ajá.

—Y trabaja contigo.

—*Yes.*

—Y lo odias.

Masticando un trozo de pizza, levanté un hombro.

—No lo odio. Pero tampoco es que le haya organizado una fiesta de bienvenida.

—¿Y qué tal está?

Tragué despacio, intentando decidir qué responder.

—¿Físicamente, te refieres?

—Me refiero en general.

La miré, tratando de captar alguna emoción en su rostro, pero su cara era un muro de piedra.

—Está igual —dije al final—. Un poco más de barba. Un poco más de “tengo una vida interesante porque he vivido en Nueva York”.

—Clásico.

—Pero igual.

Sofía asintió, sin añadir nada más.

Volvimos a centrarnos en el programa. En la pantalla, la pareja en crisis había decidido tirar la pared, y el presentador intentaba convencerlos de que no se iban a arrepentir.

—Se van a arrepentir —dije.

—Se van a divorciar —respondió ella.

Nos reímos y seguimos bebiendo vino. La conversación se desvió a cosas más triviales: su trabajo en el instituto, mi jornada en la redacción, la última cagada de su alumno estrella, que había citado a Paulo Coelho en un análisis de *Cien años de soledad*.

—¿Por qué siempre hay un alumno que cita a Paulo Coelho en literatura? —pregunté—. Es como una ley universal.

—El mismo que cree que Benedetti es un reguetonero.

—O que Machado y Antonio Machado son dos personas distintas.

—¿Dos personas distintas?

—Te lo juro.

Sofía negó con la cabeza mientras se terminaba la copa.

—Me voy a poner otra —dijo, levantándose—. ¿Quieres?

—Por supuesto.

Se fue a la cocina y volvió con la botella. Sirvió las copas y se dejó caer de nuevo en el sofá, con un suspiro.

—¿Sabes qué es lo peor?

—¿De qué?

—De lo de Isaac.

—Ilumíname.

—Que realmente no me afecta.

—Ah.

—Pero el simple hecho de que no me afecte hace que me pregunte si, en el fondo, sí que me afecta. ¿Me explico?

—¿Quieres que te traiga la libreta de mi terapeuta?

—No es broma —dijo, dándole un sorbo largo al vino—. Me da igual. O eso creo. No siento nada. Pero luego me doy cuenta de que el hecho de no sentir nada ya me hace pensar en él. Y eso me fastidia.

—¿Cómo cuando intentas no pensar en elefantes y de repente solo piensas en elefantes?

—Exacto. Isaac es mi puto elefante.

—No sé si le gustaría la comparación.

Sofía sonrió con la copa en la mano y se quedó en silencio un momento. Luego, sin mirarme, preguntó:

—¿Sabes si está con alguien?

Me quedé con la pizza a medio camino de la boca.

—No lo sé.

—¿Te ha preguntado por mí?

—No.

Ella asintió despacio.

—Vale.

Era un “vale” que significaba todo lo contrario.

—Sofía…

—Estoy bien, de verdad —dijo con una sonrisa forzada—. Han pasado cinco años. Es

historia. Prehistoria, más bien.

—Lo sé.

—Y no quiero que nadie piense que sigo colgada de él o algo así.

—Nadie lo piensa.

—Ni que estoy esperando alguna especie de redención o venganza.

—Claro que no.

—Porque no la quiero.

—Vale.

Nos quedamos en silencio un momento.

—Solo que… —Sofía jugueteó con su copa—. Me sorprende. Que haya vuelto.

—Sí. A mí también.

—Él tenía una vida montada fuera, ¿no?

—Sí. Según dicen, con un puesto muy bien pagado en una productora de informativos en Nueva York.

—Entonces, ¿por qué volver? ¿Y por qué ahora?

—No tengo ni idea.

Sofía apoyó la cabeza en el respaldo y suspiró.

—Tampoco me importa.

—Lo sé.

Se bebió el resto del vino y dejó la copa sobre la mesa con un golpe seco.

—Mierda —murmuró—. Me afecta más de lo que quiero admitir, ¿verdad?

—Solo un poco.

Nos miramos y, de repente, nos echamos a reír.

—Dios, qué asco —se quejó—. Pensé que ya estaba superadísimo.

—Lo está. Casi.

—Casi. Será cuestión de unos días. Ha sido solo el impacto de la noticia. Llevaba años sin saber absolutamente nada de él. Lo bloqueé en todas partes. Que se largara a otro continente fue lo mejor que me pudo pasar. Y de repente, ahora tú lo tienes que ver todos los días…

Sofía suspiró de nuevo y se pasó una mano por la cara.

—Bueno. Se acabó hablar de esto —se puso en pie y recogió los platos—. Dame cinco minutos y te llevo a casa.

—Puedo llamar un taxi.

—No. Te llevo yo.

—Mujer, ¿cómo vas a sacar el coche del parking solo para llevarme? Me voy en taxi o metro, ¿vale?

Se encogió de hombros. Mi hermana no estaba muy en sus cabales. Su trabajo de profesora de secundaria la volvía bastante loca, eso me constaba, pero supongo que enterarte de que tu ex maldito está de vuelta en la ciudad no ayuda, precisamente.

Cuando llegamos a la puerta, me abrochaba el abrigo cuando Sofía preguntó, con voz casual:

—¿Pero tú crees que está con alguien? No se me ocurre otra razón para volver.

Me detuve con la mano en el bolsillo.

—No lo sé.

—¿Le preguntaste?

—No. Sofía, por Dios, técnicamente es mi jefe. Voy a mantener toda la distancia que pueda y hablar con él solo de trabajo.

Ella asintió otra vez.

—Vale.

Un “vale” que, otra vez, significaba todo lo contrario.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—Cuídate, ¿me lo prometes? —le dije.

—Siempre.

Me fui, pero mientras bajaba por las escaleras supe que, por mucho que dijera que le daba igual, Sofía no había cerrado del todo esa herida. En absoluto. Lo cual era una enorme mierda.

CAPÍTULO 6

El viernes por la mañana la redacción del diario tenía el mismo ambiente de siempre: teclas sonando como disparos, cafeína en vez de oxígeno, y una sensación general de que todo el mundo estaba demasiado cansado para estar despierto. La gente llegaba fatal al fin de semana y me incluyo.

Yo estaba en mi mesa, intentando darle sentido a unas notas del caso Manjón, cuando Ventura se dejó caer en la silla de al lado con su aire despreocupado de siempre.

—Nos ha convocado el jefe —dijo, echando un vistazo a su móvil—. A las nueve y media, en la sala de reuniones.

—¿Qué jefe? Porque aquí hay más jefes que ordenadores.

Se impulsó con la silla y se desplazó medio metro.

—Isaac.

—¿A los dos? —pregunté, extrañada.

—A los dos.

—Pero si ayer me confirmaron que yo seguía con el caso Manjón.

—Bueno, a lo mejor nos quiere dar una charla motivacional sobre el trabajo en equipo —bromeó Ventura, dándole un sorbo a su café—. O a lo mejor nos despide.

—Ojalá —dije con dramatismo—. Así por fin podré abrir mi panadería de barrio y vender *croissants* a precio de riñón.

—Apunta mi pedido.

Ventura y yo bromeábamos constantemente con nuestro hipotético despido y todo lo que haríamos si tuviésemos algo de tiempo para respirar.

A las nueve y media en punto, entramos en la sala de reuniones. Isaac ya estaba allí, apoyado contra la mesa con una taza en la mano. Iba sin chaqueta, con las mangas de la camisa azul remangadas, y con esa expresión tranquila que me ponía de los nervios.

—Gracias por venir —dijo, con su tono profesional pero relajado—. No os quito mucho tiempo.

Nos sentamos. Ventura sacó su libreta, aunque todos sabíamos que no iba a tomar notas.

—Ha habido un error en la asignación de este caso —empezó Isaac—. No tenía sentido enviaros a los dos a la rueda de prensa de la policía, y fue un fallo de coordinación. Así que a partir de ahora, para organizarnos… Nadia, tú te encargas de todo lo relacionado con el asesinato de Alejandro Manjón. Ventura, tú vuelves a lo tuyo.

—¿A lo mío? —preguntó Ventura—. Vaya manera de hacerme sentir especial, jefe.

Isaac sonrió.

—Ya sabes a lo que me refiero. Política, corrupción, ese pequeño circo en el que tan bien te manejas.

Ventura asintió y cerró su libreta sin haber escrito una sola palabra.

—Bueno, pues ha sido un placer trabajar contigo, compañera —me dijo, poniéndose de pie y dándome una palmada en el hombro—. Prométeme que me pasarás los chismes jugosos.

—Lo pensaré.

Isaac lo despidió con un gesto y, cuando la puerta se cerró, se giró hacia mí.

—Quédate un momento.

Ah, genial.

Me acomodé en la silla, intentando aparentar calma, aunque sentía un nudo en el estómago. Isaac se sentó frente a mí, apoyando los antebrazos en la mesa.

—Quería preguntarte algo.

—Dispara.

Me observó con atención.

—¿Todo bien?

Parpadeé, confundida.

—¿Cómo?

—Aquí, en la redacción.

—¿Por qué no lo estaría?

—No sé… He notado cierta hostilidad en el recibimiento. No era que no lo esperase, es que ya han pasado unos días.

Me crucé de brazos. Era enervante.

—No seas tan ególatra. La gente es hostil con todo el mundo los viernes por la mañana.

Isaac sonrió un poco, pero no apartó la mirada de mí.

—Hablo de ti, Nadia. De mi llegada. Siento si te ha afectado.

Evitando su mirada, fingí examinar la tapa de mi libreta.

—Estoy perfectamente.

—¿Sí?

—Sí.

—Pues tengo la sensación de que preferirías que estuviera en cualquier otro lugar del mundo menos aquí.

—No seas exagerado.

—No lo soy. Solo me sorprende. Han pasado ya cinco años desde la última vez que nos vimos. Creí que…todo estaría ya en orden.

Levanté la vista y me arrepentí al instante. Sus ojos oscuros me sostenían la mirada con una intensidad que me desarmó. Mi corazón dio un brinco, absurdo e inoportuno.

Joder.

Cinco años y mi cuerpo todavía tenía la indecencia de reaccionar así a su presencia.

Carraspeé y me forcé a desviar la vista, fingiendo interés en la carpeta de expedientes que había sobre la mesa.

—Isaac, estamos aquí para trabajar. Y eso es lo que haré. Es todo lo que te puedo decir ahora mismo.

—Eso espero. Pero también espero que podamos ser un buen equipo.

—Ajá.

—De verdad. No quiero que haya tensiones innecesarias.

—Entonces no vuelvas a convocarme a reuniones los viernes a primera hora.

Isaac sonrió con esa maldita expresión tranquila suya y negó levemente con la cabeza.

—Tomo nota.

Hubo un breve silencio. Me pregunté si ya podía levantarme e irme. Pero entonces él inclinó la cabeza ligeramente y añadió:

—Por cierto… ¿Qué haces el sábado por la noche?

Fruncí el ceño.

—¿Por qué?

—Porque quiero cenar contigo.

Mi cerebro hizo un cortocircuito.

—¿Cómo dices?

—Una cena. Nada formal. Solo creo que sería bueno que habláramos fuera de la redacción.

La sangre me subió a la cara.

—¿Hablar de qué?

—De todo esto. De cómo trabajar juntos sin que parezca que quieres matarme cada vez que me ves.

—No exageres, porque no es así.

—No exagero.

Lo miré, intentando descifrar sus intenciones. No mencionó a Sofía. No mencionó nada de lo que había pasado. Solo me miraba con esa expresión serena, como si de verdad creyera que esto era una buena idea.

Y lo peor es que parte de mí quería decir que *sí*.

Mi corazón iba a mil por hora. Una cena con Isaac. Solos los dos.

Estaba escandalizada.

Y, joder, también un poquito emocionada.

Le dije que sí antes de que pudiera arrepentirme.

CAPÍTULO 7

Estaba delante de mi armario, mirándolo como si me debiera dinero.

Había descartado ya tres conjuntos. Uno porque parecía demasiado informal. Otro porque parecía demasiado formal. Y el tercero porque, bueno… me hacía parecer alguien que tenía citas. Y esto no era una cita. ¿Verdad?

Me mordí el labio.

Para Isaac tal vez no lo era. Tal vez él solo quería intentar un acercamiento honesto. Quizá incluso estaba tanteando el terreno para contactar con Sofía. O para… yo qué sé. ¿Explicarse? ¿Pedir perdón? ¿Dar algún tipo de justificación por lo que hizo?

Porque, seamos sinceras, la última vez que lo vi antes de su reaparición estelar en la redacción fue dos días antes de la sesión de fotos previa a la boda de mi hermana. Y luego, de repente, *pum*. Desaparición total. Fin de la historia. Tuve que dedicarme en exclusiva a recoger los pedazos del corazón roto de Sofía.

Y así hasta ahora.

Solté un suspiro y crucé los brazos, observando las perchas como si tuviesen las respuestas que yo buscaba.

No podía decirle que no a esa cena.

No era solo por lo que él tenía que decirme. Era porque yo también tenía preguntas. Y porque, joder, aunque me diera rabia admitirlo, estaba sintiendo cosas. Cosas que no tenía derecho a sentir.

Mi móvil empezó a sonar.

Cogí el teléfono de la mesita y vi el nombre de Serena en la pantalla. Perfecto.

Deslicé para contestar y puse el altavoz antes de volver a centrarme en mi ropa.

—Dime, pesada.

—¡Guapa! ¿Qué haces?

—Perder la dignidad delante de mi armario.

—¿No me digas que estás limpiando?

—Ojalá.

—Entonces, ¿qué?

Suspiré y aparté una blusa que me parecía demasiado sexy.

—Nada. No importa. ¿Qué pasa?

—Que deberíamos salir un poco esta noche, ¿no?

—¿Salir?

—Sí. Hace mucho que no hacemos una noche de chicas. Podemos empezar con unas cañas, luego cenar algo, y después… lo que surja.

A Serena le encantaba pasearme por bares de lesbianas.

—Suena tentador, pero hoy no puedo. Tendrá que ser otro día.

Hubo un silencio sospechoso al otro lado de la línea.

—¿Por qué no?

—Porque tengo planes.
—¿Planes?
—Sí, Serena. La gente a veces tiene planes.
—¿Planes que por casualidad incluyen vestirte con algo que no encuentras en tu armario?
Suspiré en silencio.
—¿Por qué eres tan pitonisa?
—Porque soy tu mejor amiga, y te conozco.
Tragué saliva.
—Está bien. No me mates.
—Dime con quién has quedado.
—Es que no te va a gustar.
—Dímelo.
—Isaac.
La línea se quedó en silencio unos segundos.
—¿Perdona?
—No hagas que lo repita.
—Nadia.
—Lo sé.
—Nadia.
—¡Lo sé!
Serena resopló al otro lado. En ese momento di gracias por no tenerla delante.
—¿Tienes fiebre? ¿Te has dado un golpe en la cabeza? ¿Un momento de locura transitoria?
—No. Ninguna de las anteriores.
—Entonces explícame qué cojones haces aceptando una cena con el hombre que dejó a tu hermana plantada antes de su boda.
Cerré los ojos.
—No es lo que tú crees. No es una cena romántica.
—¿No? ¿Un sábado por la noche?
—No. Es solo… una conversación pendiente.
—Ajá. Y por eso llevas media hora buscando qué ponerte. Como si lo viera…
Bufé.
—Serena…
—Escucha, no te voy a dar la charla.
—Gracias.
—Aún.
Cerré los ojos y me senté en la cama.
—Mira, no sé ni qué estoy haciendo.
—Al menos eres consciente de que esto es una cagada monumental.
—Es solo que me lo propuso y… tengo demasiada curiosidad.
—¿Por lo que tiene que decirte?
—Sí.
—¿O por lo que sientes tú cuando estás cerca de él?
El nudo en mi estómago se hizo más fuerte. Más tenso.
—No sé de qué hablas.
—Por favor. Claro que lo sabes. Ya sabes lo mal que te sienta beber y lo que sueltas por esa

boquita cuando tienes una copa de más. Que sepas que todo esto no es novedad para mí. Ya me suena todo.

Tragué saliva.

—Serena, no me mires así.

—No puedo mirarte, porque estamos al teléfono.

—Ya sabes a qué me refiero.

—Sí. A que estás jugando con fuego.

Froté mi frente con la mano libre.

—No es tan grave.

—¿Ah, no? Te recuerdo que este no es cualquier tío de Tinder, Nadia. Es *Isaac*.

—Lo sé.

—El ex de tu hermana.

—Lo sé.

—El hombre que la dejó hecha polvo y del que aún no se ha recuperado.

—¡Que ya lo sé!

Silencio.

Me levanté de la cama y me planté ante el armario de nuevo.

—Pero han pasado cinco años. No es lo que crees —susurré—. No estoy… no hay nada.

Serena suspiró.

—Nadia.

—No hay nada.

—Vale. Pero sé sincera contigo misma. ¿No hay nada? ¿O no quieres que lo haya?

Me mordí el labio.

—Voy a tener cuidado. Te lo prometo.

—Más te vale. Porque como Sofía se entere de que has quedado con él…

Cerré los ojos con fuerza.

—No lo hará.

—Espero que no. Pero tú misma sabes que esto es peligroso.

—No voy a hacer nada que la lastime.

—¿Estás segura?

Respiré hondo.

—Sí.

Serena guardó silencio un segundo.

—¿Quieres que pase por tu casa mañana por la tarde con una botella de vino? Así me cuentas.

Sonreí sin querer.

—Por favor.

—Hecho.

Colgamos, y me quedé allí, de pie, mirando mi ropa con una sensación de nerviosismo pegajoso en el pecho.

Serena tenía toda la razón.

Estaba jugando con fuego.

Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Y tampoco quería echarme atrás.

CAPÍTULO 8

En cuanto entré en el restaurante y vi la mesa que Isaac había elegido, confirmé que esto había sido un error monumental.

Era un sitio japonés bastante nuevo, elegante, con muy buenas críticas, de esos que tienen luz tenue, mesas separadas estratégicamente para dar una sensación de intimidad y camareros que se deslizan por el suelo como si tuvieran ruedas en los pies. Vamos, el tipo de sitio donde uno podría cerrar un trato de negocios o, oh sorpresa, tener una cita.

Tragué saliva.

Isaac ya estaba allí, sentado con la espalda recta y una leve sonrisa en los labios. Me miró de arriba abajo cuando me acerqué a la mesa, y en cuanto vi esa mirada, quise girarme y largarme.

Demasiado tarde.

—Llegas puntual —dijo, poniéndose de pie para apartarme la silla.

—Es una de mis virtudes —respondí, dejando mi bolso en el respaldo de la silla y deslizándome en el asiento—. Junto con la paciencia y la diplomacia.

Isaac rió y volvió a sentarse.

—Ah, sí. Diplomática como una tormenta de granizo.

—Lo intento.

Levanté la carta para disimular mi incomodidad y para que él dejara de mirarme como si intentara descifrarme.

Porque si seguía así, iba a descubrir cosas que ni yo misma quería admitir.

Cosas como que su presencia me ponía nerviosa.

O que me había arreglado más de lo que quería reconocer. No mucho, solo lo suficiente como para no parecer que me había esforzado, pero el resultado estaba ahí. Un poco de base de maquillaje, un toque de iluminador en los pómulos y el pelo estratégicamente revuelto para que pareciera que no me había pasado diez minutos intentando darle forma con las manos.

Discreta, pero efectiva.

O eso creía hasta que Isaac entrecerró los ojos y sonrió de medio lado.

—¿Qué? —le solté.

—Nada. Solo que no te había visto así en la redacción.

—¿Así cómo?

—Así.

—Deja de decir “así” y explica.

Isaac apoyó los antebrazos en la mesa y ladeó la cabeza, como si intentara buscar las palabras.

—Digamos que te sienta bien estar fuera del ambiente de trabajo.

Me removí en la silla.

—Te aseguro que no hay diferencia.

—Sí que la hay.

Chasqueé la lengua y volví a la carta.

—¿Sabes qué vas a pedir? Nunca he estado en este sitio, pero me lo han recomendado.

—Sí. Pero estaba esperando a ver qué querías tú.

Levanté la vista con suspicacia.

—No me digas que tienes intenciones caballerescas.

—A veces las tengo.

—Qué miedo.

Isaac rió.

—Vamos, no me mires así. Déjame invitarte a cenar sin hacer de esto un debate sobre el patriarcado.

—Lo aceptaré solo porque este sitio es caro. Así que supongo que no importará que no me fije mucho en los precios.

—Ahí está mi periodista favorita, siempre en busca del beneficio.

—¿Y si elijo lo más caro del menú?

—Hazlo, pero entonces te quedarás con la duda de si realmente estaba bueno o solo querías hacerme pagar.

Lo miré con fingida gravedad.

—Vaya dilema.

—Por eso he venido. Para hacerte reflexionar sobre las grandes cuestiones de la vida.

Reí, a pesar de mí misma.

Isaac me sostuvo la mirada con un brillo sarcástico en los ojos.

Mierda.

Esto estaba siendo demasiado fácil. Nuestras conversaciones siempre habían fluido como si estuviesen escritas por el mejor de los guionistas. Habían pasado cinco años y seguíamos igual. Nuestros míticos piques estaban tan vivos como el primer día.

Cuando el camarero vino a tomar nota, Isaac pidió por los dos con la seguridad de quien se ha estudiado la carta antes de llegar.

—Has elegido sin preguntar —señalé, arqueando una ceja.

—Confía en mí.

—Esa es una frase muy peligrosa en tu boca.

Se echó a reír.

—Vale, puedes cambiarlo si quieres.

—No, no. Me has vendido la experiencia completa.

—Lo sabía.

Cruzó los brazos sobre la mesa, observándome con media sonrisa.

—¿Qué? —pregunté, al notar su mirada fija en mí.

—Nada. Solo que me alegra verte más o menos relajada.

Bufé.

—No me relajo desde 2018.

—Eso explica muchas cosas.

—¿Por qué me siento atacada?

—Porque lo estás.

Negué con la cabeza y me incliné sobre la mesa.

—Cuéntame algo que no sepa.

—¿Sobre qué?

—Sobre ti. Nueva York, por ejemplo.

Isaac se apoyó en el respaldo, pensativo.

—Te sorprendería lo aburrida que puede ser una vida cómoda.

—¿Cómoda?

—Sí. Buen sueldo, buen puesto, apartamento con vistas a Manhattan…

—Pobrecito. Qué sufrimiento.

—No es tan fácil.

—¿Ah, no?

—No. Todo pierde emoción cuando te das cuenta de que puedes permitirte lo que quieras.

Puse los ojos en blanco.

—Dame ese apartamento en Manhattan a mí y verás cómo le saco emoción.

Isaac rió.

—Ya lo imagino.

—No, en serio. ¿Por qué volviste?

—Porque en algún momento empecé a preguntarme qué estaba haciendo.

—¿Trabajar y cobrar bien?

—Sí. Pero también sentir que todo me daba igual.

Le sostuve la mirada.

—¿Te arrepientes?

—De muchas cosas.

No apartó la vista de mí.

Sentí ese dichoso apretón en la garganta.

El camarero interrumpió en el momento perfecto, dejando los platos en la mesa.

Isaac sonrió.

—Prueba esto y dime si me equivoqué.

Tomé un poco de sashimi con los palillos y me lo llevé a la boca.

Demonios. Era un manjar de dioses.

—Vale, está bueno —admití con el ceño fruncido.

—¿Lo ves?

—Esto no significa que confíe en ti.

—Lo sé.

Seguimos comiendo en un silencio más o menos cómodo.

Para mi sorpresa, la conversación fluyó de nuevo con facilidad. Hablamos del periódico, de nuestros compañeros, de los cambios en la redacción desde que él la dejó hacía ya más de diez años. *Capital* había sido su primer empleo. Y supongo que siempre había tenido la fantasía rara de volver.

Y me reí.

Varias veces.

Isaac seguía teniendo ese ingenio rápido que me desconcertaba. Y, aunque me costara admitirlo, era fácil estar con él.

Si no fuese por todo lo que pasó…quién sabe, hasta podríamos ser amigos.

Cerré los ojos un segundo y respiré hondo.

No podía permitirme pensar así. Pero el daño ya estaba hecho. Seguimos charlando y comiendo, e incluso pidió sin que me diese cuenta uno de mis postres favoritos en esta vida: mochis de coco y fresa.

Y después pidió la cuenta sin darme tiempo a ofrecerme a pagar.

—Voy al baño un segundo —dije, poniéndome de pie.
Me dirigí al servicio con el corazón latiéndome a toda pastilla.
Me miré en el espejo, apoyando las manos en el lavabo.
Esto está mal.
Lo sentía como una de esas alarmas rojas que giran y giran.
Pero no podía parar.

CAPÍTULO 9

Salimos del restaurante y el aire fresco de la noche me despejó un poco la mente. Solo un poco.

Mi plan en teoría era sencillo e infalible: decir que tenía sueño, pedir un taxi y poner la máxima distancia posible entre Isaac y yo antes de cometer una estupidez. Una que, sinceramente, ya estaba en proceso.

Él metió las manos en los bolsillos del abrigo y me miró con una sonrisa ladeada. Observé su perfil. Esos cinco años no le habían restado ni una pizca de su atractivo. Recuerdo que solía preguntarme por qué él y mi hermana habían conectado en un principio. Nunca tuvieron nada en común.

—¿Te acompaño a casa?

Me aclaré la garganta.

—No hace falta, cojo un taxi aquí mismo.

—O podemos caminar un poco.

—Isaac…

—Solo un rato.

Mi cerebro gritaba *no*, pero mi boca decidió boicotearme.

—Vale.

Comenzamos a pasear por Malasaña, donde las calles aún estaban llenas de gente. Era sábado por la noche, la ciudad era un constante vaivén, y yo intentaba convencerme de que esto no era lo que parecía.

No era una cita.

No era una cita.

No era una maldita cita.

—¿Sabes qué me gusta de Madrid? Lo que más he echado de menos… —dijo Isaac, rompiendo el silencio.

—Sorpréndeme.

—Que nunca duerme. Como Nueva York, pero sin la necesidad de fingir que todo es perfecto.

—Vaya. Filosofía de barra de bar.

—Que siempre funciona en la vida real.

Me reí.

—¿Sabes qué me gusta a mí de Madrid?

—Dímelo.

—Que si me despisto un segundo, acabo tomando una copa con la última persona con la que debería estar paseando.

Isaac giró la cabeza y me miró con una expresión divertida.

—¿La última persona?

—Estás en el top tres.

—Ahora quiero saber quiénes son los otros dos.

—No voy a darte ese poder.

—Curiosa manera de confesar que te apetece una copa…

Bajó la vista a sus zapatos, con esa risa que siempre me había puesto un poco nerviosa.

Y que ahora me ponía más nerviosa todavía.

En ese momento, pasamos por delante de un bar de jazz. La música fluía desde dentro, un sonido suave y envolvente que se colaba entre el murmullo de la calle.

Me detuve sin darme cuenta.

Isaac lo notó al instante.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

—Entonces entremos.

—Debería irme a casa…

—Cinco minutos.

Su mirada era volcánica. Desconcertante.

No iba a entrar.

No iba a entrar.

Entré.

Joder.

El sitio era pequeño y acogedor, con luz roja y paredes de ladrillo visto. La banda tocaba en una esquina, y la gente estaba más pendiente de sus conversaciones y copas que de la música.

Nos sentamos en la barra. Isaac pidió un whisky con hielo. Yo, una copa de vino tinto.

Cuando me llegó la copa, le di un trago más largo de lo que consideraríamos elegante.

—¿Sigues pensando que deberías haberte ido a casa? —preguntó él, observándome por encima del borde de su vaso.

—A cada segundo.

—Pues no lo parece.

—¿Ah, no?

—Pareces… cómoda.

Bufé.

—Soy periodista. Una todoterreno. Me entrenaron para parecer cosas que no siento.

—¿Y qué sientes?

Bajé la mirada a mi copa.

Mierda.

Isaac apoyó un codo en la barra y me miró con esa mezcla de diversión y algo más oscuro. Algo que no quería analizar demasiado.

—¿Sabes? —dijo—, estuve dándole vueltas a por qué te molestó tanto verme en la redacción. Aparte de lo más evidente.

—Porque soy rencorosa.

—No, no lo creo.

—¿Ah, no?

—No. Creo que lo que realmente te fastidió fue que te pilló por sorpresa. Desprevenida.

—Obviamente. No es como si me hubieras mandado un mensaje de “oye, por cierto, me uno a tu trabajo y me vas a ver el careto todas las mañanas, ¿qué tal tu semana?”.

—Me refería a otro tipo de sorpresa.

Se inclinó un poco más hacia mí.

Su proximidad intoxicante hizo que mi cerebro colapsara. Olí las notas de whisky que se desprendían de sus labios. Había pensado tantas veces en cómo sería besarlos. En completo secreto, por supuesto. En la soledad de mi cama.

—¿Qué tipo de sorpresa? —pregunté, con voz más baja de lo que pretendía.

Él no respondió de inmediato. Solo me miró.

Y entonces se acercó un poco más.

Me besó.

Fue rápido. Directo. Sin dudar. Deslizando sus dedos por mi cuello para que no me escapase.

Y lo peor es que me pilló tan desprevenida que ni siquiera me aparté.

Al contrario.

Mi cuerpo reaccionó antes que mi cerebro. Sentí el calor de su boca contra la mía, la presión firme de sus labios, y me dejé llevar.

Solo un instante. Tal vez dos…

Solo lo suficiente para que mi corazón se disparara.

Y luego, la realidad me golpeó como un tren en llamas.

Retrocedí de golpe, con la respiración entrecortada.

—Isaac…¿qué estás haciendo?

Él me miró sin moverse, expectante.

Mi mente iba a mil por hora.

Esto no puede pasar.

Esto no puede estar pasando.

Esto está muy, muy mal.

—Tengo que irme —solté, cogiendo mi bolso y poniéndome de pie de forma brusca.

—Nadia…

—No. No me sigas, ¿vale?

Salí del bar antes de que él pudiera detenerme. Debo reconocer que me giré solo para comprobar si él hacía lo que yo le había pedido. Y me horrorizó comprobar cómo mi cuerpo se quedaba allí congelado, en la puerta del bar, huérfano de su presencia.

Qué horror.

Lo estaba esperando para ver si salía.

Pero Isaac no salió. Podía ver su silueta a través del cristal, concentrado en su vaso.

El aire frío me golpeó, pero no me despejó lo suficiente.

Caminé rápido, sin mirar atrás, con el corazón latiéndome tan fuerte que podía sentirlo en las sienes.

¿Qué coño acababa de hacer?

¿Había besado al exnovio de mi hermana?

No. Él me había besado.

Pero yo… yo no lo había parado. No lo había parado lo *suficientemente* rápido.

Apreté los dientes y seguí caminando, cada paso más furioso que el anterior.

Cuando llegué a casa no eran ni las doce. Cerré la puerta detrás de mí, respiré hondo y apoyé la espalda contra la pared del recibidor.

Intenté hacer un repaso mental de aquella noche.

La cena.

El paseo.

El bar de jazz.

El beso.
El terremoto a la vuelta de la esquina.
Y entonces me di cuenta de lo peor de todo.
En toda la maldita noche, ninguno de los dos había mencionado a Sofía.

CAPÍTULO 10

El domingo se me estaba haciendo eterno. Supongo que era el día oficial de comerse la cabeza. Llevaba todo el día encerrada en casa, intentando ocupar la mente con cualquier cosa que no fuera lo que había pasado la noche anterior, pero era imposible. Cada vez que intentaba concentrarme en otra cosa, la imagen volvía: Isaac, su mirada intensa en aquel bar, el momento en que se inclinó y me besó.

Me revolví en el sofá, molesta conmigo misma. No dejaba de preguntarme por qué no me había apartado de inmediato. Porque no era solo que me hubiera dejado besar, era que me había gustado. Y eso era un problemón.

Suspiré y me cubrí la cara con las manos.

Vale, veamos. ¿Esto tiene solución?

No podía permitir que volviera a pasar. Y, sobre todo, tenía que encontrar la forma de entrar el lunes en la redacción como si nada hubiera ocurrido. Como si no me hubiera saltado todas las líneas rojas y hubiera cometido el error más grande de los últimos tiempos.

Mi móvil vibró sobre la mesa. Ni siquiera lo miré. No tenía ganas de hablar con nadie. Pero entonces sonó el timbre.

Me sobresalté.

¿Quién…?

Me levanté con cierta reticencia y fui a abrir la puerta.

—¡Buenas tardes, pecadora!

Serena estaba plantada frente a mí, con su mejor sonrisa de *ya sabía que ibas a hacer una tontería,* una botella de vino en la mano y cara de satisfacción absoluta.

—Oh, no —murmuré.

—Oh, sí —replicó, entrando sin pedir permiso—. No intentes escaparte. Sé muy bien que estás aquí escondida, comiéndote la cabeza.

—No estoy…

—Shhh —me cortó, levantando un dedo mientras dejaba la botella sobre la mesa—. Te conozco, Nadia. Y después de la llamada de ayer, estaba esperando con ansia este momento. Llevo todo el día contando los minutos.

Cerré la puerta con un suspiro.

—Pues podrías habértelo ahorrado. No ha pasado nada.

Serena se giró en seco, alzando una ceja.

—Si de verdad no hubiera pasado nada, ahora mismo estarías en pijama viendo un *reality* sin cuestionarte tu existencia. Y en cambio… aquí estás, con la cara de alguien que ha hecho algo que no debía.

—No he hecho nada.

—Mentirosa.

—No.

—Sí.

—Serena…

Se cruzó de brazos.

—Déjame adivinar. Cenasteis. Charlasteis. Había química. Y luego pasó algo.

Cogí aire, pero ella no me dio tiempo a responder.

—Porque pasó algo, ¿verdad?

—Yo…

—¡Ajá! —exclamó, señalándome con el dedo—. Lo sabía.

Me dejé caer en el sofá y cubrí mi cara con las manos.

—No fue nada.

Serena se sentó a mi lado, mirándome como si estuviera disfrutando demasiado con todo aquello.

—Defíneme "nada".

—Salimos del restaurante. Paseamos un poco.

—¿Contacto físico?

—¿Puedes dejar de sonar como una inspectora de policía?

—Responde.

—No.

Serena me miró con escepticismo.

—Vale, casi no.

—Vale… Y en ese paseo casi sin contacto físico, ¿había miradas intensas?

—Tal vez.

—¿Y qué más?

Desvié la mirada.

—Nadia…

—Entramos en un bar.

Serena dejó escapar un suspiro dramático.

—Lo que me temía.

—No pasó nada.

—¿Seguro?

No respondí.

—¡Sabía que iba a pasar! —exclamó, como si fuera un maldito oráculo—. Te lo dije, te lo advertí.

—No ha sido nada —repetí como un papagayo.

—¿Nadia?

—¿Qué?

—¿Te besó?

Me mordí el labio, evitando su mirada.

El silencio lo dijo todo.

—¡Lo sabía! —dijo, alzando las manos—. Dios mío. Siempre le gustaste a ese tío, Nadia. Y me da que tu hermana lo sabía muy bien.

—Shhh.

Le tapé la boca con mis manos.

—No voy a callarme.

—Serena…

—¡Te besó!

—No fue nada.

—¡Nadia!

—¡Que no fue nada!

—¿Te gustó?

Me pasé una mano por la cara.

—Dios…

—Te gustó.

Me levanté del sofá.

—Voy a servirme un poco de vino.

—¡No me cambies de tema!

Fui a la cocina sin responder. Escuché los pasos de Serena siguiéndome.

—Tía, que esto es serio. ¿Qué vas a hacer?

—Intentar hacer como si no hubiera pasado

—Claro, porque los besos nunca significan nada.

—Fue un error. Es evidente.

—¿Lo sabe él?

Abrí la botella de un tirón y serví dos copas.

—Voy a olvidarlo.

—Ajá.

—No volverá a pasar.

—Ajá.

—Voy a comportarme con normalidad en la redacción.

—Ajá.

Le pasé su copa con un gruñido.

—¿Puedes dejar de decir “ajá”?

—Cuando me crea algo de lo que estás diciendo.

Nos sentamos en la mesa de la cocina y bebimos un poco de vino en silencio.

Después de un momento, Serena me miró con expresión más seria.

—Nadia, escúchame. No quiero soltarte ningún sermón y en realidad no puedo decirte nada que tú ya no sepas. Solo quiero que tengas cuidado. Ha aparecido de la nada y se ha metido en tu rutina. No sabes ni qué intención tiene ni…

Bajé la vista a mi copa.

—Sé lo que estoy haciendo.

—No, no lo sabes. Y ese es el problema. De entrada no sé ni cómo se te ocurrió quedar con él.

—Voy a manejarlo.

Serena dejó escapar un suspiro y negó con la cabeza.

—Bueno… pues ya me contarás cómo planeas hacerlo. Porque, cariño, creo que te has metido en algo muy complicado.

No respondí.

Porque supongo que, en el fondo, estaba de acuerdo con ella.

CAPÍTULO 11

Cuando Serena se marchó, el silencio de mi piso se hizo monstruoso. Me quedé de pie en la cocina con la copa de vino en la mano, observando la puerta cerrada como si eso bastara para bloquear los pensamientos que se agolpaban en mi cabeza.

Intenté distraerme con cualquier otra cosa, centrarme en los platos en el fregadero, en el ruido lejano de los coches en la calle, incluso en la pequeña mancha de vino en la encimera que llevaba ahí días y que de momento no me molestaba lo suficiente como para limpiarla. Pero no servía de nada. Porque, ahora que estaba sola, sin la voz de Serena metiéndose en mis asuntos, todo volvió a mí de golpe.

Isaac. Sofía. Aquel día. Aquel maldito día.

Cerré los ojos, como si eso pudiera impedir que los recuerdos me arrastraran. Pero sabía que no tenía escapatoria. Era como una de esas pesadillas recurrentes en las que intentas correr y no puedes, en las que gritas y nadie te oye. Volví a aquella tarde, a aquel sol malagueño que caía sobre nuestras cabezas, a la humedad pegajosa que convertía cada movimiento en una pequeña tortura.

La playa que Sofía había elegido para la sesión de fotos era un rincón apartado, casi virgen, junto al Peñón del Cuervo; con una luz dorada que hacía que todo pareciera sacado de una postal. La fotógrafa preparaba el equipo con la precisión de quien ya ha hecho esto mil veces y conoce cada truco para que la imagen sea perfecta.

Sofía estaba nerviosa pero radiante, con un vestido blanco ondeando al ritmo de la brisa marina y el pelo recogido en un moño, el tipo de peinado que parece casual pero que, en realidad, ha llevado horas perfeccionar.

Yo había decidido acompañarla porque casi me lo suplicó. Porque me dijo que aquello en el fondo le daba una vergüenza terrible. Y también por un poquito de masoquismo, por qué no.

—¿Crees que le gustará este vestido? —me preguntó mientras se lo alisaba por enésima vez con las manos, aunque en realidad no tenía ni una arruga.

—Por supuesto —le respondí sin dudar.

Isaac adoraba a Sofía. Siempre lo había dicho. Y ella lo adoraba a él. A vistas de todo el mundo eran una pareja armónica y perfecta, de esas que parecen salidas de una película romántica con final feliz garantizado. No había ninguna razón para pensar lo contrario.

Pasaron quince minutos. Luego treinta.

—Seguro que se ha retrasado por el tráfico —dije, sin preocuparme demasiado.

Pero, a los cuarenta y cinco minutos, la fotógrafa empezaba a mirarnos con una expresión tensa, de esas que dicen “esto no es normal” pero que intentan disimular por cortesía profesional.

—Voy a llamarlo —anunció Sofía, sacando el móvil del bolso.

Vi su cara cambiar al leer la pantalla.

—¿Qué pasa? —pregunté de inmediato.

—No contesta.

—¿Estás segura de que sabía que las fotos eran hoy?

—Sí. Se lo he recordado mil veces. Isaac no se olvidaría de algo así. Ay. Estoy preocupada. ¿Y si ha tenido un accidente?

Mi estómago se encogió de manera instintiva. Eso era cierto. No era propio de Isaac no contestar, y menos aún cuando sabía lo importante que era esto para Sofía.

Para mí tampoco era nada fácil estar ahí. Sin embargo, me había tragado mis sentimientos problemáticos y había acudido a la llamada de mi hermana en cuanto me pidió que la ayudase a organizar aquella sesión de fotos.

Me había dicho a mí misma que presenciar aquellas imágenes en vivo y en directo, Isaac y mi hermana rebosando amor delante de la cámara, sería exactamente la terapia de choque que necesitaba para apartar de una vez por todas aquellos pensamientos que me sobrevenían a veces en relación a mi cuñado.

Para convencerme —o para autoengañarme— me decía a mí misma que me había confundido por nuestra buena sintonía, porque los dos éramos periodistas y él era un enorme profesional al que yo respetaba y admiraba. Y porque los dos queríamos mucho a Sofía.

Pero ninguna de esas falacias era suficiente para apagar lo que sentía.

Siempre me dije que se me pasaría, que aparecería otro hombre que se lo llevaría todo de un plumazo. Que me olvidaría de él por completo hasta que un día solo lo vería como lo que era: mi cuñado.

El marido de Sofía.

Esperamos. El sol siguió bajando. La luz dejó de ser perfecta.

La fotógrafa se acercó a nosotras con cara de circunstancias.

—Chicas, lo siento, pero si no llega en cinco minutos, no podremos hacer las fotos hoy. Y mi agenda esta semana ya está completa…tendría que ver cómo hago para encontraros otro hueco.

Sofía miró su móvil como si pudiera hacer que sonara por pura voluntad. Y, en ese momento, llegó el mensaje.

Solo una línea.

Solo ocho palabras:

No puedo hacerlo. No voy a ir. Perdóname.

Sofía dejó caer el teléfono en la arena.

—No va a venir.

—¿Qué? —murmuré, recogiendo el móvil.

Leí el mensaje una, dos, tres veces, intentando que tuviera sentido. Pero no lo tenía.

No podía hacerlo. No iba a venir.

—¿Pero cómo que no va a venir? ¿No va a venir adónde? ¿A hacerse las fotos? ¿A la playa? ¿O…?

La fotógrafa nos miraba incómoda, esperando algún tipo de reacción, alguna señal de que esto era un contratiempo solucionable. Pero Sofía no respondió. Porque en ese momento, se rompió. Supongo que lo conocía mejor que nadie y si había enviado aquel mensaje era porque ni ella misma podría hacerle cambiar de idea.

Se cubrió la cara con las manos y su cuerpo se sacudió con un sollozo que me atravesó el pecho.

Nunca la había visto llorar así. No eran lágrimas silenciosas, ni llanto contenido. Era desgarro

puro, como si alguien le hubiera arrancado algo de dentro y lo hubiera dejado expuesto a la intemperie para que se lo llevasen las olas.

Me arrodillé a su lado y la abracé sin saber qué demonios decir. ¿Qué se dice en un momento así? ¿Cómo se repara algo que ha explotado en mil pedazos? No había consuelo posible, ni palabras que sirvieran para mitigar aquel dolor. La fotógrafa se apartó con discreción y nos dejó solas en aquella playa, con el atardecer apagándose y la certeza de que Isaac se había ido.

Las siguientes semanas fueron un infierno. Sofía tocó fondo. No salió de casa en semanas. No comía. No dormía. No hablaba. Mamá estaba fuera de sí, oscilando entre la incredulidad y la furia, entre el llanto y la rabia. Un día amenazaba con ir a buscar a Isaac para cantarle las cuarenta y otro simplemente se sentaba junto a Sofía en su habitación y le sujetaba la mano, como si eso pudiera devolverle el brillo a los ojos.

Yo intenté ser fuerte. Por ella. Intenté que comiera algo, que hablara, que se duchara, que hiciera cualquier cosa que no fuera quedarse sentada en la cama de su adolescencia con la mirada clavada en la pared, con la expresión de quien ya no tiene fuerzas para sentir nada. Pero nada funcionaba.

Y cuando nos quisimos dar cuenta, Isaac se había largado a Nueva York.

No hubo una gran despedida, ni siquiera una conversación cara a cara. Solo un mensaje frío, un lo siento mucho, no era lo correcto, y después el vacío.

Se fue y nos dejó con el desastre. Con Sofía rota. Con mamá echando fuego por la boca. Conmigo sintiendo que todo era una pesadilla de la que no podía despertar.

Y ahora, cinco años después, había vuelto como si nada.

Y yo…

Yo había dejado que ese mismo hombre me besara.

Me pasé una mano por la cara y bebí el último trago de vino.

¿Qué demonios estaba haciendo?

No podía permitirme esto. No con él. No con el hombre que había destruido a mi hermana. No con el hombre que yo había odiado tanto.

Pero… tampoco podía negar lo que había sentido cuando me besó.

Y eso… eso era lo peor de todo.

Porque era real.

CAPÍTULO 12

Los lunes por la mañana en la redacción siempre tenían el mismo tono gris. El café era el salvavidas al que todos nos aferrábamos con desesperación. Las pantallas de los ordenadores parpadeaban con emails acumulados durante el fin de semana; y las conversaciones giraban en torno a titulares de última hora y los consabidos lamentos sobre lo rápido que había pasado el domingo.

Pero lo que yo tenía encima no se arreglaba con cafeína ni con cháchara insustancial.

Había pasado el domingo entero dándole vueltas a lo que había pasado la noche anterior con Isaac. Porque esa es una de mis especialidades en esta vida: comerme la cabeza. No importaba cuántas veces me dijera a mí misma que fue un error, que jamás debió ocurrir, porque la verdad era que me acordaba demasiado bien de ese beso. Y lo peor: me moría de ganas de repetirlo.

Por eso, cuando entré en la redacción esa mañana, me forcé a parecer natural, como si nada hubiera ocurrido. Aunque, claro, "natural" no era precisamente mi fuerte cuando tenía la cabeza hecha un lío. Y la gente que te ve cada día normalmente ya sabe de qué pie cojeas. No hay que ser un lince para detectar ciertas alteraciones.

—Menuda cara traes, Nadia. ¿Te ha atropellado el lunes o es que tuviste un fin de semana más interesante de lo habitual? —la voz de Ventura me sobresaltó.

Lo miré de reojo y resoplé, encendiendo el ordenador.

—Si consideras emocionante estar en pijama viendo Netflix y comiendo bolsas de patatas, entonces sí, un fin de semana interesantísimo.

Ventura sonrió con ese aire socarrón que tan bien dominaba.

—Mmm… no sé, no sé. Apuesto a que ha habido algo más.

Fruncí el ceño y me giré hacia él. ¿Acaso lo sabía? No. No podía saberlo.

De repente me sacudió mi propia paranoia. A lo mejor alguien nos había visto por la calle. O entrando en el restaurante.

—¿De qué hablas?

—Tienes la cara de alguien que ha hecho algo que no debería.

Intenté que mi rostro no delatara nada, pero el sudor frío en la nuca no ayudaba.

—Y tú, ¿cómo sabes qué cara es esa?

—Porque yo mismo la he puesto muchas veces.

—Anda ya. Eres un liante.

—Y tú eres una pésima mentirosa —dijo, señalándome con su taza de *Star Wars* en la mano —. Pero tranquila, ya me contarás cuando estés lista.

Antes de que pudiera responder, se alejó en dirección a su escritorio, dejándome con una sensación extraña en el estómago. ¿Tan obvia era?

Sacudí la cabeza y me obligué a centrarme en mi trabajo. La investigación sobre el asesinato de Alejandro Manjón seguía en marcha, y la policía, como siempre, nos daba la información con cuentagotas. Conseguí que un contacto me confirmara que el detenido había dado "una declaración interesante", lo que podía significar cualquier cosa. Crípticos, como siempre.

A media mañana, Isaac llegó.

Lo vi entrar con su andar seguro, su chaqueta perfectamente colocada sobre el brazo y esa expresión imperturbable que defendía como nadie. Me di cuenta de que había llegado más tarde de lo habitual.

No era normal en él.

Isaac era metódico hasta lo enfermizo. Siempre llegaba el primero y se iba de los últimos. Pero ese día no fue así.

Intenté disimular mi curiosidad, pero no pude evitar analizarlo. ¿Parecía incómodo? No. ¿Evitaba mirarme? No. ¿Había algún indicio de que recordaba lo que había pasado el sábado?

Tampoco.

Perfecto.

O mejor dicho, un auténtico desastre.

Si Isaac llegaba y actuaba como si nada hubiera pasado, significaba que lo de aquella noche no había tenido ninguna importancia para él. Y eso no debería molestarme. Debería ser un alivio porque eso me iba a permitir pasar página a toda mecha.

Pero no lo era.

Convocó una reunión con el equipo de sucesos, y todos nos dirigimos a la sala de conferencias. Se apoyó en la mesa con su actitud profesional impecable y empezó a repartir temas y tareas.

—Nadia, sigue con la investigación del caso Manjón. Quiero que consigas declaraciones más allá de la versión oficial de la policía.

—Estoy en ello. Pero la poli está cerrando el grifo.

—Entonces ábrelo. Sé que puedes.

Su tono era perfectamente neutro. Ni una vacilación, ni una sombra de incomodidad.

Yo, en cambio, apenas podía concentrarme en lo que estaba diciendo. Lo único que veía era su boca.

La misma boca que me había besado a traición dos noches atrás.

Por un segundo, me imaginé besándolo otra vez, allí mismo, en la sala de reuniones, con Ventura y los demás mirando con cara de shock. Algo se encendió ahí abajo, entre mis piernas.

Sacudí la cabeza y forcé a mi cerebro a dejar de ser tan idiota.

La reunión siguió su curso y, cuando terminó, todos nos dispersamos. Regresé a mi escritorio sintiéndome rara. Toda la noche dándole vueltas a cómo actuar con Isaac, y ahora resulta que él había tomado la decisión por mí.

Para él, no había pasado nada.

No había gestos raros. No había miradas prolongadas. Nada. Si estaba actuando, por favor, que le dieran ya el Oscar.

Y aunque parte de mí sabía que esto era lo mejor, la otra parte no podía evitar sentirse irritada.

¿Qué coño significaba, entonces, ese beso?

Y, sobre todo, ¿por qué demonios me moría de ganas de repetirlo?

CAPÍTULO 13

El martes por la mañana la redacción tenía ese murmullo contenido de siempre. El día de la marmota. Teclados repiqueteando desde primera hora, teléfonos sonando esporádicamente, el tintineo de cucharillas... Sin embargo, yo apenas oía nada. Para mí era todo ruido blanco. Mi mente estaba demasiado ocupada dándole vueltas al email que acababa de abrir en mi bandeja de entrada.

De: Isaac
Para: Redacción de Sucesos
Asunto: Viaje a Galicia

Buenos días, equipo.
Estaré fuera desde hoy y hasta el viernes por la mañana. Viajo a Galicia para un reportaje especial. Podéis coordinar cualquier cosa con Raúl. Nos vemos a la vuelta.
Isaac.

Así de seco. Así de escueto.

Lo leí dos veces, esperando encontrar entre líneas alguna pista, algún mensaje oculto que solo yo pudiera interpretar. Pero nada.

Ni una palabra dirigida a mí personalmente.

Ni una indirecta ni mensaje más personalizado, un "Nos vemos a la vuelta, Nadia" o un "Si necesitas algo o si surge algo con el caso Manjón, llámame". Nada.

Cerré el correo de un golpe de ratón y me apoyé en la silla, cruzándome de brazos.

Llevaba días esperando que en algún momento Isaac y yo nos quedáramos a solas. Que se diera la oportunidad de que él mencionase lo que había pasado el sábado por la noche.

Que me dijera *algo*. Cualquier cosa.

Pero no. Lo único que había hecho era desaparecer. Poner tierra de por medio. Y lo peor de todo era que, en vez de sentir alivio, me sentía… decepcionada.

A lo mejor justamente eso, huir con el rabo entre las piernas, era su punto fuerte. Tendría que haberlo visto venir. Había hecho lo mismito hacía cinco años, aunque más a lo grande, claro.

¿Por qué se estaba comportando así? ¿Por qué había desaparecido de repente, sin ni siquiera darme una oportunidad de aclarar las cosas?

Podía entender que se sintiera incómodo, que creyera que había sido un error, pero… ¿ignorarme por completo? ¡Trabajábamos juntos, para mi desgracia!

Me removí en mi asiento, incómoda con mis propios pensamientos.

La noche del sábado no debería haber significado nada. Era solo un beso.

Uno que nunca debió ocurrir, pero que ocurrió. Y tenía dos firmes convicciones al respecto: no contárselo absolutamente a nadie (Serena no contaba) y dejar de fustigarme por ello.

Y ahora, en vez de hacer como si no hubiera pasado, Isaac se había largado tres días fuera de

la ciudad sin decir una palabra.

Debería estar agradecida.

Esto es lo que querías, Nadia, que él no insistiera más.

Pero ¿por qué sentía entonces esta rabia acumulada en el pecho?

—¿Problemas con la conexión a Internet o te has quedado en trance?

La voz de Ventura me sacó de mis pensamientos. Me giré y lo vi asomándose por encima de mi pantalla con una pelota antiestrés en la mano y una ceja arqueada.

—¿Qué? No, nada —moví el ratón aleatoriamente sobre la pantalla—. Estaba… pensando.

—Uy, peligroso.

—Muy gracioso.

Ventura tomó un sorbo de su café, todavía observándome con suspicacia.

—Ahora en serio. Últimamente estás rara.

—No estoy rara.

—Nadia, nos pasamos casi diez horas al día con los culos pegados. Te conozco más que a la mayoría de mi familia.

Le lancé una pelotita de papel que llevaba un rato amasando entre mis dedos.

—¿No tienes nada mejor que hacer que psicoanalizarme?

—Siempre tengo tiempo para un poco de análisis *amateur* —sonrió con suficiencia—. Y créeme, algo te pasa. Pero lo fuerte no es que te algo te pase. Sino que pasas de contármelo. Por lo general no hay que insistirte mucho para que largues por esa boquita.

—Solo estoy ocupada.

—Ajá. Claro. ¿Es por el nuevo jefe?

Solté todo el oxígeno contenido. Ignoré su mirada inquisitiva y volví a mi pantalla.

Tenía que sacarme a Isaac de la cabeza.

Tenía trabajo que hacer y lo último que necesitaba era que Ventura, que no era precisamente el lapicero más afilado de la redacción, se diese cuenta de que nos traíamos algo entre manos.

El sonido del móvil vibrando en la mesa me sacó de mis pensamientos. Eché un vistazo y vi el nombre de Serena en la pantalla. Cogí el teléfono sin pensarlo demasiado, aunque no solía atender llamadas personales cuando estaba en el trabajo.

—Dime que no se te ha olvidado que el jueves es mi cumpleaños.

Su voz sonaba de lo más dramática al otro lado de la línea.

—Serena, por favor. No soy tan mala amiga.

—Bueno, bueno, más te vale. Porque como no vengas, te desheredo de nuestra amistad.

No pude evitar sonreír. Serena era una de esas personas que siempre, SIEMPRE, celebraba su cumpleaños aunque no pasara por su mejor momento. Yo en cambio, prefería que esa fecha pasase desapercibida o, directamente, ignorarla.

—Pues claro que voy a ir. Lo tengo apuntado en la agenda. Aunque mi batería social no está precisamente a tope últimamente. Pero por ti haré el esfuerzo…

—Genial. Pero hay un cambio de planes. Por eso te llamo.

—¿Ah, sí?

—Al final no lo haré en casa. He reservado un privado en un bar del centro. He visto que a lo mejor se me descontrolaba un poco la lista de invitados.

—Sabia decisión.

Serena tenía una intensa vida social y conocía a mucha gente.

—Exacto. Así que apúntalo: jueves a las nueve, en "El Corzo Azul". Ya somos unos veinte confirmados.

—Hecho.

—Ah, y más te vale traerme un regalazo.

Me reí.

—No me presiones. Aún no he tenido tiempo de buscar nada.

—Tienes casi tres días.

—Sí, mamá.

—En serio, eh. Algo bonito.

—Sí, sí, claro.

Me mordí el labio, dudando por un instante. Entonces se me ocurrió una idea.

—Oye, Serena…

—Dime.

—¿Te importaría si llevo a Sofía?

Hubo un segundo de silencio.

—¿Tu hermana?

—Sí. Claro.

—Mmm… —hizo un sonido pensativo—. A ver, por mí perfecto, pero... ¿seguro que Sofía va a querer venir? No es muy de salir.

—Ya lo sé. Pero últimamente parece que está un poco más sociable. Y creo que le vendría bien moverse un poco entre gente nueva.

Serena resopló.

—Vale, inténtalo. Pero si la convences, prométeme que no se quedará sentada en un rincón toda la noche con una copa de vino. Porque eso siempre me hace sentir terriblemente culpable.

—Prometido. Yo me encargaré de ella.

—Bien. Pues nos vemos el jueves.

—Allí estaré.

Colgué y me quedé pensativa.

Llevar a Sofía a la fiesta de Serena podía ser una idea descabellada, pero… quizá también una oportunidad.

Una oportunidad para que mi hermana se abriera un poco, para que pasara página de una vez.

Y, sinceramente… yo también necesitaba desconectar.

Porque por mucho que intentase convencerme de que lo de Isaac ya no importaba, lo cierto era que sí importaba. Y lo peor de todo era que, cuanto más intentaba apartarlo de mi cabeza, más lo sentía ahí. Como una sombra persistente. Y más ahora que había puesto en práctica su truco favorito: la desaparición con el fin de escurrir el bulto.

Miré el reloj. Eran casi las once y aún no había hecho nada. Si toda esta cascada de pensamientos iba a ser así cada vez que me lo encontrara en la redacción, entonces estaba jodida.

CAPÍTULO 14

La música retumbaba en el reservado del bar, una mezcla de pop noventero y temas más actuales que aseguraban que al menos un par de personas estuvieran dando saltitos en la pista improvisada junto a la barra.

Serena había elegido bien el sitio: un local céntrico, con iluminación lo bastante tenue como para disimular cualquier arruga de expresión y cócteles lo suficientemente cargados como para que a nadie le importara.

—Te juro que si me metes en una fiesta en la que todo el mundo es más joven que yo me largo —me susurró Sofía mientras colgábamos los abrigos en el perchero de la entrada.

—Relájate, los de tu generación también tienen derecho a divertirse —respondí con sorna, mientras la empujaba suavemente hacia el interior del reservado.

Para mi sorpresa, Sofía no parecía la persona tensa que esperaba. Había insistido en que no tenía muchas ganas de salir, pero ahí estaba dando la cara, con unos vaqueros bastante modernillos y una blusa azul oscuro que le favorecía. Y tenía un brillo en los ojos que hacía tiempo que no le veía. Quizás el simple hecho de salir de su rutina de profesora había sido suficiente para animarla. O a lo mejor estaba fingiendo. A veces era difícil saberlo con ella.

Serena nos vio llegar y vino a recibirnos con una copa en la mano.

—¡Pero bueno! ¡Sofía en mi fiesta! —exclamó, teatralmente sorprendida. Luego me miró de reojo —. No pensaba que fueras a convencerla.

—Yo tampoco —admití, mientras le pasaba la pequeña bolsa con su regalo —. Felicidades, por cierto.

—Espero que esto sea algo más interesante que una vela perfumada.

—Eh, yo soy una persona con clase, nada de regalar velas. —Hice una pausa dramática antes de añadir—: Es un bono para un masaje en un spa.

Serena silbó, aprobando.

—¿Por qué no tengo más amigos que me regalen cosas así? —dijo, mirando a Sofía.

—Quizás porque los que tienes te conocen lo suficiente como para saber que preferirías un descuento en un bar de cócteles.

Sofía sonrió y, antes de que pudiera responder, alguien apareció a su lado. Un chico alto, delgado, con gafas de pasta y una camisa de cuadros que parecía recién planchada. Tenía un aire de bibliotecario modernito.

—Hola, ¿Sofía, verdad? —dijo, con una sonrisa que parecía bien ensayada.

Sofía arqueó las cejas, sorprendida.

—Sí…¿Nos conocemos?

—Ja, no. Solo he escuchado a Serena. Soy Jorge. Trabajo con ella en la misma empresa, en el equipo de IT.

Miré a Serena con los ojos entrecerrados.

—¿Me estás diciendo que hay informáticos que salen de su cueva y se relacionan con humanos? —susurré.

—Solo en eventos seleccionados —respondió ella, con tono serio—. Para evitar que se queden en su hábitat natural y se fosilicen frente a la pantalla.

Jorge rió y, para mi sorpresa, Sofía también.

—¿Y qué haces exactamente en IT? —preguntó ella, con curiosidad genuina.

—Voy a decirte que algo importante para que parezca que mi trabajo tiene impacto —bromeó él—. Pero en realidad, me paso el día arreglando errores que los demás no saben solucionar.

Sofía sonrió y, para mi sorpresa, no se deshizo de él como haría normalmente cuando un desconocido intentaba entablar conversación con ella en una fiesta. Serena también lo notó y me lanzó una mirada de satisfacción.

—Bueno, bueno, bueno —murmuró cuando Sofía y Jorge se alejaron un poco hacia la barra —. ¿Acaso nuestra querida profesora de literatura está flirteando?

—Creo que estoy alucinando. Ya verás cuando se lo cuente a mi madre —susurré, sin apartar la mirada de ellos.

—A lo mejor es solo que lleva tanto tiempo sin salir que cualquier interacción social le parece emocionante.

—Es posible.

La observé con el rabillo del ojo. Sofía parecía cómoda. No nerviosa ni forzada, como cuando nuestra madre intentaba presentarle a alguien en las cenas familiares o en el salón de belleza y ella huía despavorida. El tal Jorge se inclinaba hacia ella con interés y ella, lejos de apartarse, parecía hasta entretenida con la conversación.

—¿Te imaginas que el chico informático resulta ser su próximo gran amor? —murmuró Serena.

—Prefiero no pensarlo.

Serena rió y me empujó suavemente el hombro.

—Anda, relájate. Que estamos en una fiesta y ya llevas demasiado tiempo con esa cara de "voy a analizar todo lo que ocurre".

Le dediqué una sonrisa forzada y tomé un sorbo de mi copa. Intenté concentrarme en la conversación, en la música, en el ambiente animado del bar, pero algo seguía sin encajar en mi cabeza. O más bien, alguien.

No podía evitarlo.

Pensé en Isaac.

No tenía sentido. Hacía apenas unos días que se había ido a Galicia y había intentando no pensar demasiado en él, en cómo me había besado y en cómo yo había salido corriendo después. Pero aquí, entre la música y la gente, me di cuenta de que lo echaba de menos. Aunque me sacara de quicio, aunque supiera que todo era un error monumental, una parte de mí esperaba que en cualquier momento apareciera por la puerta del bar con esa sonrisa de suficiencia suya.

Serena debió notarlo, porque me miró de reojo y dijo en voz baja:

—¿Qué pasa?

—Nada.

—¿Nada? Por favor. ¿Es por tu jefe?

Solté una risa incrédula.

—¿Por qué lo dices? Y no es mi jefe.

—Porque estás con la mirada perdida, con esa cara de “me está rallando algo pero no quiero admitirlo” y, si no es por él, dudo que sea por lo del informático y tu hermana.

Bufé y di un trago más largo de lo necesario.

—No sé de qué hablas.

Serena sonrió burlona, pero no insistió.

—Bien. Pero si de repente sales corriendo de la fiesta como hiciste la última vez con él, al menos dime dónde estarás para no tener que ir a buscarte. Y por cierto, se te da fatal cuando intentas desviar la atención.

Le saqué la lengua y ella se echó a reír.

—¿Sabes que ese tema ni lo podemos tocar cuando mi hermana esté presente, no?

Se llevó el dedo índice a los labios, sellándolos.

—Disfruta, Nadia. Un día libre de dramas te vendría bien.

Lo intenté. Me forcé a apartar a Isaac de mi cabeza y centrarme en la noche. Observé a Sofía, que parecía realmente entretenida con Jorge. Tal vez esto le sentara bien. Tal vez era lo que necesitaba. Tal vez…

Tal vez yo también necesitaba distraerme.

Suspiré y dejé la copa sobre la mesa.

—Vale. ¿Dónde está la lista de cócteles?

Serena sonrió con aprobación.

—Así me gusta. Ven, te presentaré a gente.

Y, al menos por un rato, decidí olvidarme de todo. O, más bien, intentarlo.

CAPÍTULO 15

El viernes tenía una textura espesa, pegajosa, de esas que se adhieren a la piel como la humedad en verano. Llegué a la redacción con un *latte* en la mano y la cabeza todavía atontada por la fiesta de la noche anterior. No había bebido tanto, pero el cansancio y la resaca emocional pesaban más que cualquier cóctel.

La última imagen que tenía de Sofía era la de ella inclinándose ligeramente hacia Jorge el Informático, con una sonrisa que no le había visto en años. Yo, en cambio, me había ido temprano, dejando a Serena en plena euforia cumpleañera y evitando preguntas innecesarias sobre mis dilemas sentimentales.

Me detuve antes de entrar en la redacción y respiré hondo. Estaba preparada. No iba a pensar en Isaac. No iba a pensar en cómo se había esfumado de mi vida en cuanto me besó. No iba a analizar por qué, en una semana, no había movido ficha ni dado señales de vida más allá de los correos impersonales sobre el caso Manjón. Iba a ser una profesional.

Pero claro, decirlo es fácil.

Él estaba en su despacho cuando llegué. La puerta de cristal cerrada, el teléfono pegado a la oreja, la frente ligeramente fruncida mientras escribía algo en su libreta con su letra endemoniadamente perfecta. Lo miré durante un segundo más de lo necesario y luego aparté la vista con convicción. Me senté en mi escritorio, encendí el ordenador y me forcé a concentrarme en mi agenda del día.

A las once tenía una rueda de prensa. A las tres, una entrevista con una de las exnovias de Manjón, una tal Elena Paredes, actriz retirada. A las cinco, revisar notas con Ventura. Todo correcto. Todo perfectamente organizado. No había espacio ni tiempo en mi día para quedarme mirándolo como una idiota.

Y entonces, la vi.

Una mujer salió de su despacho con la calma de alguien que no tiene prisa pero que tampoco se detendría por nada ni por nadie.

Era guapísima.

No guapa de la manera obvia, sino con ese aire de intelectual interesante, el tipo de mujer que lee a Susan Sontag en el metro y hace parecer que es un acto de lo más sensual. Llevaba una gabardina *beige*, el pelo recogido en un moño suelto y unas gafas de pasta que no hacían más que añadirle un aura de misterio y sofisticación.

Isaac se levantó y la acompañó a la salida. Se inclinó un poco hacia ella mientras hablaban, y aunque no pude oír lo que decía, sí vi cómo ella sonreía.

Qué bien.

Qué maravillosamente bien.

Un ramalazo de celos irracionales se instaló en mi pecho antes de que pudiera sofocarlo con cierta lógica. Aquello estaba empezando a ser ridículo. Una semana sin dirigirnos más de dos frases seguidas y ahí estaba yo, sintiendo un vuelco en el estómago porque una mujer interesante

había salido de su despacho. Como si tuviera algún derecho a estar celosa. Como si Isaac y yo tuviéramos algo más que un historial de errores y un beso que nunca deberíamos haber compartido.

—Tienes la misma cara de resaca que yo cuando mi cuñado me convenció de ir a un festival de cumbia.

La voz de Ventura me sacó de mi absurdo drama personal. Se dejó caer en su silla con un suspiro y me miró con una sonrisa burlona.

—No tengo cara de resaca. Y por cierto, ¿por qué lo primero que haces todas las mañanas es señalar algún aspecto de mi cara? —refunfuñé, dándole un sorbo largo a mi café.

—No, claro, seguro que ese leve dolor de cabeza que tienes es por la falta de oxígeno en la oficina y no por el alcohol.

Aparté la vista.

—No seas pesado, Ventura. ¿Qué es esta inquisición? Fui a un cumpleaños. Un compromiso del que no me podía librar. Y además, no bebí tanto.

—Pero te fuiste temprano. Era aquello que me explicaste, ¿no?. El antro donde ibas a arrastrar a tu pobre hermana para que le diese un poco el aire.

—Sí. Pero estuve lo justo para evitar escenas vergonzosas.

Ventura levantó una ceja.

—Y tu hermana no se quiso ir, ¿verdad?

Negué con la cabeza.

—No. Creo que ligó. Se quedó con un tal Jorge. Un informático.

Él soltó un silbido bajo.

—¿Informático?

—Exacto.

—Vaya, qué cosas —movió la cabeza con aire reflexivo—. Bueno, que tenga cuidado. Los informáticos pueden parecer inofensivos, pero luego te instalan Linux en el ordenador sin tu consentimiento.

Me reí, aunque todavía me reconcomía un poco lo de Isaac. ¿Quién sería esa chica? No era nada raro que el jefe de redacción recibiese visitas de todo tipo.

Así que, sin pensarlo mucho y para apartar aquellas ideas destructivas de mi mente, saqué el móvil y le escribí un mensaje a Sofía:

¿Sobreviviste anoche o debo asumir que estás en una secta de hackers?

El doble check azul apareció enseguida, pero la respuesta no llegó. Claro. Debía estar en clase. Ya hablaríamos más tarde.

Fue entonces cuando sentí una sombra a mi lado.

—Nadia.

Isaac.

Respiré hondo y giré la cabeza.

Estaba a mi lado, con esa presencia que parecía ocupar más espacio del que físicamente le correspondía. Su camisa blanca arremangada, el reloj en la muñeca, el ligero ceño fruncido como si estuviera debatiéndose entre ser diplomático o saltarse esa parte.

—¿Sí? —pregunté, procurando sonar indiferente y nada resacosa.

—¿Puedes acompañarme un momento?

—¿Tiene que ser ahora?

—Sí.

Miré de reojo a Ventura, que observaba la escena con un interés casi cómico. Se encogió de hombros, como diciéndome que lo mejor era no hacer preguntas.

Suspiré y me levanté.

—¿Adónde?

—A la terraza.

Eso me descolocó.

—¿A la terraza?

—Sí.

—¿Desde cuándo tienes reuniones en la terraza?

Su expresión no se alteró.

—Desde ahora.

Lo miré, intentando descifrar si había algo diferente en su tono, en su postura, en la manera en la que me miraba. Pero Isaac era una maldita esfinge. No había ni rastro del tipo que me había besado en un bar de jazz ni del que había insistido en hablar fuera del trabajo.

Asentí lentamente y, sin añadir nada más, lo seguí hacia la salida de emergencia.

Me estaba metiendo en la boca del lobo, y lo peor de todo era que lo sabía y aun así no podía —ni quería— evitarlo.

CAPÍTULO 16

El viento fresco de la terraza despejaba un poco la bruma que tenía en la cabeza. Desde ahí se veía toda la ciudad extendiéndose bajo nosotros, el tráfico constante, las terrazas llenas de gente que parecía vivir en otro mundo, ajeno al que yo habitaba en ese momento.

Isaac se apoyó en la barandilla y me miró con una expresión que no supe descifrar del todo. Yo crucé los brazos, no porque tuviera frío, sino porque me sentía más protegida de esa forma.

—¿Cómo llevas lo del caso Manjón? —preguntó, con un tono neutral.

—Bien —respondí, intentando no parecer demasiado alerta—. Esta tarde me reúno con una de sus exnovias. Parece que ella intentó alejarse de él antes de que todo explotara, así que creo que puede darnos información útil.

Isaac asintió, mirando al horizonte.

—¿Y la rueda de prensa?

—Nada nuevo. La policía sigue en su postura oficial. Que si están investigando todas las líneas posibles, que si no descartan nada, que si paciencia…

—Clásico —murmuró.

Hubo un silencio. Sabía que ninguno de los dos había subido ahí para hablar del caso Manjón, pero él parecía querer prolongar ese momento de neutralidad antes de abordar lo que realmente nos tenía ahí.

Fui yo quien lo hizo.

—¿Qué tal ha ido por Galicia?

Isaac giró la cabeza hacia mí. Su mirada era intensa, como siempre, pero esta vez había algo distinto.

—Húmeda —dijo con una media sonrisa—. Bonita. Fría.

—Siempre te gustó el norte.

—Sí. Pero esta vez no me despejé tanto como pensaba.

Su tono cambió en esa última frase. No supe qué contestar, así que miré hacia la calle, donde la vida seguía como si nada. Como si yo no estuviera aquí arriba, atrapada en algo que no sabía cómo manejar.

—Nadia... —Isaac dejó escapar un suspiro—. ¿Por qué huiste el otro día? ¿Por qué me dejaste solo en aquel bar?

Solté una risa seca.

Así que es eso. Ha necesitado unos días y quinientos kilómetros para asimilarlo.

—¿De verdad me lo preguntas?

—¿Tú qué crees?

Me volví hacia él, en parte molesta, en parte confundida.

—Porque no tenía que pasar, Isaac. Porque está mal. ¿No te das cuenta? Porque tú y yo…

—¿Tú y yo qué? —insistió, acercándose un poco.

Parpadeé. No esperaba que presionara así.

—Tú y yo no podemos hacer esto —dije, con firmeza—. Tenemos que conseguir…ser

compañeros de trabajo, y nada más.

Él negó con la cabeza y se pasó una mano por el pelo, exasperado.

—¿Y por qué no?

—No me hagas esto más difícil…

—¿Sabes qué ha sido difícil? —su voz bajó un poco, pero no perdió intensidad—. Pasarme toda la semana pensando en ti.

Mi estómago se encogió. No esperaba eso.

—Isaac…

—No, déjame terminar —pidió, con suavidad—. Desde que te besé no he dejado de pensar en ti. En cómo te fuiste corriendo. En cómo apenas me miras en la redacción. En lo jodidamente absurdo que es todo esto.

Tragué saliva.

—No es absurdo.

—Sí que lo es —insistió, dando un paso hacia mí—. Han pasado cinco años, Nadia. No somos los mismos. Tú lo sabes.

Abrí la boca para responder, pero no encontré qué decir.

—Mírame —me pidió, en voz baja.

No quería hacerlo, pero lo hice. Y fue un error.

Porque ahí estaba todo.

Su mirada no mentía.

La intensidad en ella, la verdad en sus palabras, la maldita atracción que no debía estar sintiendo y que, sin embargo, era imposible ignorar.

—Dame una oportunidad —dijo entonces.

Parpadeé.

—¿Qué?

—No te estoy pidiendo que saltes al vacío, ni que tomemos decisiones precipitadas. Solo te pido que me des una pequeña oportunidad.

—Isaac, esto no es tan sencillo.

—No, no lo es —asintió—. Pero creo que podríamos intentarlo. Poco a poco. Sin prisas.

Negué con la cabeza.

—No puedo.

—¿Por qué no?

Aparté la mirada.

—Porque esto no es solo sobre nosotros dos.

Él apretó la mandíbula. Sabía muy bien a quién me refería.

—Si lo dices por Sofía…

—¡Claro que lo digo por Sofía! —exclamé, alzando la voz un poco más de lo necesario—. Isaac, te fuiste una semana antes de casarte con ella. La dejaste destrozada.

Él bajó la cabeza.

—Lo sé.

—Entonces entiendes por qué esto no puede pasar. Porque mi familia está en medio de todo esto.

Levantó la vista de nuevo y me sorprendió la tristeza en su expresión.

—Entiendo que pienses que no puede pasar. Pero ¿de verdad eres capaz de negarte algo que podría ser bueno solo por lo que ocurrió hace cinco años?

Abrí la boca y la cerré.

—No es tan simple…

—No, pero también te estás aferrando a algo que ya no existe.

Esa frase me golpeó de lleno.

—Sofía es mi hermana.

—Y siempre lo será. Pero ella ya siguió adelante. Quizá no del todo, quizá le queden cosas por procesar... pero ¿y tú? ¿Lo has procesado tú?

Me quedé en silencio.

—No tienes que responderme ahora, ¿vale? —continuó, suavizando el tono—. Solo piénsalo. Lo único que quería decirte es que yo estoy dispuesto a lo que sea con tal de intentarlo contigo.

Miré hacia el horizonte, con el corazón desbocado. La ciudad era una masa gris que no tenía las respuestas que yo tanto necesitaba.

¿Y si él tenía razón? ¿Y si, en mi afán por ser leal a Sofía, estaba renunciando a algo que podría hacerme feliz a mí?

No quería pensar en ello. Pero ya lo estaba haciendo.

Tratar de apartarlo de mi mente no había funcionado. Aquella semana había sido un maldito infierno. Y ahora estábamos allí, solos otra vez, y lo único que quería era que volviese a besarme. Que aquella oportunidad de la que hablaba se hiciese real, húmeda y tangible. Pero Isaac estaba allí, clavado, esperando palabras que me comprometiesen.

Le dije que tenía que marcharme para seguir trabajando en el reportaje de Manjón y lo dejé allí, encarando la ciudad.

CAPÍTULO 17

El aire frío me golpeó en la cara en cuanto salí de la redacción, pero lo agradecí. Me despejaba, me sacudía un poco, me recordaba que seguía aquí, en mi cuerpo, y no perdida en mis pensamientos como había estado toda la semana.

Me había prometido que ese fin de semana sería para mí. Nada de Isaac, nada de redacción, nada de darle vueltas a conversaciones en terrazas ni a besos que no deberían haber sucedido.

Tampoco me apetecía ver a nadie. Iba a estar en casa. Leyendo, ordenando mis armarios, trabajando un poco en mis próximos reportajes.

Bajé por la Gran Vía, esquivando a turistas y oficinistas con prisa. No tenía un destino claro, pero sentía que necesitaba moverme, perderme un poco entre la gente.

Lo primero que se me ocurrió fue hacer algo que siempre me relajaba: ir de librerías. Quería un novelón de esos que te engullen y te hacen olvidar tu propia vida por un rato. Algo de *romantasy* tal vez, con mundos lejanos, dragones, conflictos épicos y protagonistas que se enamoraban en circunstancias imposibles. Cualquier cosa que me transportara a otro universo, donde mi mayor preocupación no fuera si debía o no sentirme culpable por desear a Isaac.

Entré en una de mis librerías favoritas, una de esas con estanterías de madera antigua y un olor a papel y café que me hacía sentir en casa. Pasé los dedos por los lomos de los libros, hojeé algunas portadas y terminé llevándome dos. Uno de fantasía con una protagonista que prometía ser implacable y otro de romance contemporáneo, por si acaso me apetecía algo más realista. Pagué con mi tarjeta de débito, metí los libros en mi bolso y salí de allí con la sensación de que, al menos durante unas horas, tendría algo en lo que centrarme que no fuera mi vida.

Mientras caminaba sin rumbo, mi móvil vibró en el bolsillo. Lo saqué y vi un mensaje bastante elocuente de Sofía. Me acordé entonces de que yo misma le había escrito esa misma mañana.

Anoche estuve con Jorge hasta tarde. Solo hablando, pero muy a gusto.

Leí el mensaje dos veces, con una ceja arqueada. Jorge. El informático. Me mordí el labio, tratando de no sacar conclusiones precipitadas.

¿Hablando?

No tardó ni un minuto en responder. un poco a la defensiva:

Sí, hablando. Qué pasa, ¿no puedo tener una conversación interesante con un hombre sin que implique algo más?

Tecleé a toda velocidad:

¿Y si implicara algo más?

Tardó un poco más en responder esta vez.

No lo sé. Hemos quedado mañana para cenar.

Me detuve en medio de la acera, ignorando las miradas impacientes de la gente que tenía detrás. ¿Mi hermana ilusionada con alguien? Eso sí que era inesperado. No pude evitar sonreír.

Tecleé: *Pues ya me contarás. Espero que al menos el chico tenga buen gusto musical.*

Sofía: *No seas impertinente. Nos vemos el domingo en casa de mamá, ¿vale?*

Guardé el móvil y seguí caminando. Por un momento, la posibilidad de que Sofía pudiera estar dando un paso adelante en su vida me hizo olvidar mis propios dilemas. Quizás era un buen momento para empezar a soltar el lastre del pasado.

Llegué a casa con ganas de hundirme en el sofá y no moverme en horas. Me quité las botas, me di una ducha, me puse el pijama y me preparé un té caliente. Encendí la lámpara de lectura y saqué el portátil. Tenía que poner en orden la información que había sacado de la exnovia de Manjón. Había sido una conversación tensa, llena de silencios incómodos y respuestas medidas. No había querido contarme demasiado, pero lo poco que me había dicho me hacía sospechar que Manjón no solo tenía negocios turbios, sino también enemigos peligrosos.

Tecleé un rato, intentando ordenar mis notas. Sin embargo, apenas conseguía concentrarme. Cada vez que intentaba escribir, la conversación con Isaac volvía a mi cabeza.

Han pasado cinco años. Los dos estamos en puntos distintos de nuestras vidas.¿De verdad eres capaz de negarte una posibilidad de algo bueno solo por el pasado?

Suspiré y cerré los ojos un segundo. No sabía qué hacer con eso. No sabía qué hacer con él. Lo peor de todo es que, por mucho que intentara convencerme de que la respuesta era un “no”, había una parte de mí que no estaba segura. Una parte que se preguntaba qué pasaría si, por una vez, no tomaba la decisión más sensata.

Me revolví en el sofá, incómoda con mis propios pensamientos. Si me dejaba llevar, aunque fuera un poco, si exploraba lo que fuera que estaba naciendo entre Isaac y yo, ¿en qué terminaría todo eso?

El peor escenario posible era el más obvio. Sofía lo descubriría, se sentiría traicionada y yo acabaría perdiendo la confianza de mi hermana. Y tal vez a ella.

Ni siquiera sabía si había algo real en lo que sentía por Isaac o si simplemente era el resultado de la tensión, del pasado, de esa conexión que nunca habíamos explorado pero que siempre había estado ahí.

El otro escenario era… bueno, un poco más complicado de visualizar. ¿Y si de verdad funcionaba? ¿Y si lo que sentía era genuino, si lo que Isaac decía era cierto y realmente teníamos derecho a intentarlo? ¿Podría Sofía perdonarme algún día?

Apreté los labios y me hundí un poco más entre los cojines.

Quizás no tenía que resolverlo todo en ese momento. Quizás, solo por ese fin de semana, podía permitirme dejar de pensar. Dejar de analizar. Dejar de sentirme culpable.

Cogí el nuevo libro de fantasía que había comprado y lo abrí por la primera página. Sí. Eso era justo lo que necesitaba. Perderme en un mundo que no tuviese nada que ver con el mío.

CAPÍTULO 18

El sonido de las teclas resonaba en la redacción de *Capital* como una tormenta de fondo, un constante golpeteo de ideas, noticias y fechas límite.

Yo contribuía a ese ruido con furia. Mis dedos se deslizaban por el teclado con una velocidad que delataba mi ansiedad. No era la única periodista en ese edificio con una historia por cerrar, pero sí la única que llevaba dos días atrapada en una espiral de pensamientos inconfesables sobre su jefe de redacción.

Había pasado todo el fin de semana en casa, escondida tras montañas de libros y comiendo cosas que no debería, intentando convencerme de que mi obsesión con Isaac era una tontería pasajera por mucho que él opinase lo contrario. No funcionó. Cada página que leía me devolvía a la misma pregunta: *¿y si...?*

Y ahora, en la redacción, su silencio era casi peor que cualquier conversación que hubiéramos tenido. Podía sentirlo mirándome, cada tanto, desde su despacho acristalado. No era descarado, ni insistente, pero tampoco indiferente. Y eso era lo que más me enervaba. ¿Por qué no decía nada? ¿Por qué me miraba así y luego seguía tecleando como si nada?

Respiré hondo y me forcé a concentrarme en mi pantalla. Estaba revisando mis notas sobre el caso Manjón, tratando de encontrar un hilo del que aún no hubiera tirado, cuando Ventura se dejó caer en su silla, a mi lado, con su sonrisa de lunes por la mañana.

—¿Qué tal el fin de semana, rubia?

Lo miré de reojo. Ventura tenía esa maldita capacidad de adivinar cuando algo me traía de cabeza.

—Tranquilo —respondí, sin levantar la vista de la pantalla—. Libros, sofá, té. Un fin de semana de abuela.

—¿Y sin noticias del jefe? —canturreó, echando una mirada disimulada hacia el despacho de Isaac.

Solté el teclado por un momento.

—¿Por qué tendría que haber noticias?

—Hombre, después de la charlita en la terraza el otro día…

Le lancé una mirada asesina, pero él solo sonrió. Antes de que pudiera responder, la voz de Isaac interrumpió el ruido de la redacción.

—Reunión en cinco minutos, equipo.

Un murmullo de quejas se extendió entre los periodistas, pero todos comenzaron a levantarse con resignación. Yo me limité a guardar mi documento y a coger mi libreta, fingiendo que el tono grave de su voz no me afectaba.

La reunión fue como todas las reuniones de sucesos: intensa, rápida y con tareas claras. Isaac era un líder impecable y expeditivo. Sabía exactamente qué pedir, cómo dirigir al equipo y qué detalles eran importantes. Mientras hablaba, apenas me miró, lo que solo alimentó un poco más mi frustración.

Cuando la reunión terminó y todos comenzaron a recoger sus cosas, me giré hacia mi escritorio, dispuesta a volver al trabajo, cuando su voz me detuvo.

—Nadia, quédate un momento.

Sentí un escalofrío recorrerme la espalda. Me volví lentamente y vi cómo Ventura arqueaba una ceja antes de desaparecer por la puerta.

Cuando nos quedamos solos, Isaac cruzó los brazos y se apoyó contra la mesa de la sala de reuniones, mirándome con calma.

—¿Cómo llevas lo de Manjón?

Carraspeé, tratando de mantener el tono profesional.

—Bien. Hablé con la exnovia el viernes y tengo algunas cosas interesantes, pero todavía me faltan conexiones clave.

Asintió, pensativo, y luego soltó la bomba:

—Tendrás que aparcarlo un par de días. Quiero que vengas a Toledo conmigo.

Lo miré, parpadeando.

—¿Perdón?

—Voy a reunirme con el fiscal del caso Soria. El otro día vino aquí una de las abogadas que llevó la defensa y nos ha organizado una reunión. Necesito hablar con él sobre algunos detalles del juicio y quiero que vengas.

El caso Soria. Un homicidio que llevaba dos años sacudiendo la opinión pública. Un juicio mediático, lleno de giros inesperados. Si Isaac iba a Toledo, significaba que había información nueva y quería adelantarse a la competencia. Era un caso potente y yo no estaba dispuesta a dejar pasar una oportunidad así.

—¿Cuánto tiempo estaremos allí?

—Dos días. Probablemente tengamos que quedarnos a dormir una noche.

Oh.

Dos días. Un hotel. A solas con él.

Mi corazón latió con fuerza.

—Pero solo si puedes organizar bien lo de Manjón —añadió, con su tono serio de siempre, como si no estuviera dejando caer una bomba.

Intenté mantener la calma. Parecer más que nunca una reportera profesional. Como si no hubiera pasado las últimas noches dándole vueltas a cada palabra suya.

—Eso no será un problema. Puedo dejarlo todo atado. Y en todo caso, me llevo el portátil y estaré pendiente. Siempre lo estoy, de hecho.

Isaac inclinó un poco la cabeza y sonrió.

—Lo sé. Entonces, está hecho. Salimos el miércoles por la mañana. Conduzco yo. Pasaré a buscarte sobre las diez. No hace falta que vengas a la redacción a primera hora.

—Vale.

Silencio.

No me moví de inmediato. No sé por qué, pero me quedé ahí, como si esperara que él dijera algo más. Como si necesitase alguna señal de que este viaje significaba algo más que trabajo.

Pero él tampoco dijo nada.

El aire se cargó de una tensión que ninguno de los dos pretendía disipar. Lo miré. Su mandíbula firme, la sombra de barba que parecía permanente en su rostro, esos ojos oscuros que siempre parecían analizarlo todo... y que en ese momento estaban fijos en mí con una intención casi peligrosa.

Tragué saliva y me obligué a salir de allí antes de hacer algo estúpido, como preguntarle si esto era una prueba.

Si me estaba tentando a propósito.

Porque si lo estaba haciendo, maldita sea, estaba funcionando.

CAPÍTULO 19

La tarde era un poco fría y agradecí haberme traído la bufanda, aunque el sol aún iluminaba las calles con ese resplandor dorado que convertía Madrid en un lugar hermoso sin mucho esfuerzo.

Salí de la redacción con el firme propósito de no pensar en Isaac. Ni en Toledo. Ni en hoteles con habitaciones contiguas o conversaciones que podían acabar en desastre.

No. Lo que necesitaba era distraerme.

Así que me fui de compras.

Recorrí algunas tiendas sin prisa, probándome prendas que probablemente no necesitaba, pero que me hicieron sentir bien por un rato. Me compré un jersey de lana suave, un vestido de corte sencillo que quizá estrenaría en Toledo (*no, no pienses en eso, Nadia*) y un par de pendientes dorados que me hicieron sonreír sin motivo aparente.

Luego, sin pensarlo demasiado, me dirigí al salón de belleza de mi madre. No había ido el domingo pasado a comer a casa porque no me apetecía salir, y aunque nadie me había reclamado por ello, sabía que Nieves se lo habría tomado como algo personal. Por suerte a mamá los cabreos no le duraban mucho.

Cuando entré, el sonido familiar de los secadores, el murmullo de conversaciones y el olor a laca y esmalte de uñas me envolvieron como un abrazo conocido. El salón estaba animado, con varias clientas charlando distraídamente mientras mi madre y Raquel, su ayudante, iban de un lado a otro.

—¡Mira quién se digna a aparecer! —exclamó mi madre en cuanto me vio entrar.

Algunas clientas giraron la cabeza y sonrieron, acostumbradas a mis visitas esporádicas. Yo alcé las manos en un gesto de culpabilidad y me acerqué a darle un beso en la mejilla.

—Lo sé, lo sé. Soy una hija terrible.

—No te lo voy a discutir —replicó mi madre, aunque la sonrisa en su rostro la delataba—. ¿Te hago un hueco para un repaso en las puntas o solo vienes a supervisar?

—Solo pasaba a saludar —respondí, apoyándome en el mostrador—. Y a enterarme de los cotilleos.

—Pues llegas tarde —intervino una de las clientas, una señora de unos cincuenta años que siempre tenía información de primera mano—. Nos acabamos de enterar de que tu hermana tuvo una cita.

Abrí los ojos con sorpresa y miré a mi madre, que se encogió de hombros con una expresión de lo más satisfecha. Decidí hacerme la nueva por si contaban algo que mi hermana pretendiera esconderme:

—¿Sofía tuvo qué?

—Una cita —repitió mi madre con tono de triunfo—. Y por una vez no lo he tenido que escuchar de tus primas, sino de ella misma. Y te lo has perdido por no venir a comer.

Parpadeé, tratando de procesar la información.

—¿Pero cuándo?

—Cuándo qué.

—Cuándo fue la cita.

—El sábado.

—¿Y con quién?

—Con un tal Jorge. Informático. —Mi madre sonrió con malicia—. Lo conoció en la fiesta de cumpleaños de tu amiga Serena. Así que no me mires como si no tuvieses ni idea de lo que te estoy hablando porque lo sabes muy bien.

Solté una carcajada, recordando al chico de aspecto de bibliotecario que había estado ligando con Sofía.

—¡Madre mía! Mamá, los dejé allí hablando pero no tengo ni idea de qué pasó después, ni mucho menos de la supuesta cita. ¿Y qué tal fue? ¿Qué te ha contado?

—Pues, según ella, solo cenaron y charlaron —dijo mi madre, haciendo una pausa significativa—. Pero ya sabemos que Sofía no es de las que se entusiasman con cualquiera. Así que me sirve. Yo lo cuento como un enorme paso adelante.

—Y mucho menos de las que salen a cenar con cualquiera —apuntó otra clienta, metiéndose en la conversación con interés, como si conociese el devenir de mi hermana como la palma de su mano. Me pregunté cuánto sabrían aquellas señoras de mí.

—Exactamente —afirmó mamá, cruzando los brazos—. Así que esto, para mí, es una buena señal.

—O una señal de que le apetecía una cena gratis —bromeé, pero mi madre me lanzó una mirada fulminante.

—Nadia.

—Vale, vale. Me alegro por ella. De verdad.

Y lo hacía. Mucho más de lo que habría esperado.

Desde lo de Isaac, Sofía había levantado un muro infranqueable alrededor de su vida sentimental. No es que fuera una persona súper abierta antes, pero después de la boda fallida, directamente dejó de dar oportunidades. Si había salido a cenar con Jorge, significaba que algo en ella estaba cambiando.

—¿Y cómo la viste? —pregunté con genuina curiosidad.

—Normal, pero más animada que de costumbre —respondió mi madre—. No quiso contar muchos detalles, pero tampoco lo negó. Y eso ya es un progreso.

Me reí.

—No es un simple progreso, mamá. Es un milagro.

—Yo creo que ese chico, Jorge, le ha caído bien —añadió mi madre con un brillo esperanzado en la mirada—. Ojalá le salga bien. Es hora de que pase página de una vez por todas.

Ese comentario me removió algo en el pecho.

Porque, en el fondo, yo también debería pasar página.

No dije nada y simplemente me senté en una de las sillas mientras mi madre seguía trabajando. Durante la siguiente media hora, me dediqué a charlar con ella y con las clientas, riéndome con sus historias, dejándome envolver por ese ambiente familiar que tanto echaba de menos sin darme cuenta.

Pero, en todo ese tiempo, no mencioné una sola palabra sobre Toledo.

Ni sobre Isaac.

Ni sobre el beso.

Nada.

Y no porque no confiara en mi madre. Ella siempre había sido mi mejor confidente, la persona con la que podía hablar de todo. Pero esta vez… algo en mí se resistía a compartirlo. Era un tema peliagudo que aún levantaba ampollas. Y era como si guardármelo me diese un pequeño margen de control sobre lo que estaba pasando.

Como si, al no decirlo en voz alta, pudiera convencerme de que no era tan importante.

Después de un rato, mamá se percató de mi silencio y me miró con sospecha.

—Te noto rara.

—¿Rara cómo?

—Callada. Más de lo habitual.

Solté una risa forzada.

—Eso no es ser rara, mamá. Eso es estar cansada.

No pareció muy convencida, pero tampoco insistió.

Cuando decidí irme, me despedí de todas y mi madre me acompañó hasta la puerta.

—¿Vas a venir a comer a casa el domingo que viene o vas a hacerte la misteriosa otra vez?

—Voy, voy —prometí.

—Más te vale. Y dime, ¿tú qué? ¿Alguna novedad en tu vida?

El tono casual de su pregunta me puso en alerta. Sabía que era su forma de tantearme, de ver si había algún secreto que se le estaba escapando.

—Nada emocionante —dije con una sonrisa, que no era del todo mentira—. Solo trabajo.

Mi madre suspiró con resignación.

—¡Ay! ¡Qué hijas tengo! No todo en la vida es trabajo, Nadia.

—Lo sé, mamá.

—Pues actúa en consecuencia.

Le di un beso en la mejilla y me alejé antes de que siguiera escarbando en mi vida con su instinto de detective.

Mientras caminaba hacia casa, con la brisa de la tarde en el rostro y la bolsa de la tienda colgada del brazo, me pregunté si ocultarle lo de Isaac se volvería en mi contra.

Era como si el destino estuviese decidiendo por mí. Aunque quizá, en el fondo, una parte de mí ya había tomado esa misma decisión.

CAPÍTULO 20

El coche se deslizaba por la carretera mientras el paisaje iba cambiando poco a poco, dejando atrás el asfalto y los edificios de Madrid para dar paso a la amplitud de la meseta.

Hacía un día claro y luminoso, de esos en los que el cielo parecía más grande y el aire más liviano.

Miré por la ventanilla y suspiré, agradeciendo en silencio esa sensación de salir de la ciudad, de dejar atrás la redacción, las miradas furtivas, las preguntas sin respuesta.

Isaac conducía con su característica serenidad. No tenía prisa. No parecía querer llenar el trayecto con charla forzada ni con silencios incómodos. Y, sorprendentemente, yo tampoco.

El viaje era corto, apenas una hora, pero lo sentía como una pequeña burbuja en el tiempo, una pausa antes de lo inevitable.

—Estaba echando un vistazo esta mañana a lo último del caso Soria —dije finalmente, jugueteando con la tira del cinturón de seguridad—. Me sigue sorprendiendo que haya tardado tanto en cerrarse el acuerdo con la fiscalía.

Isaac asintió, sin apartar los ojos de la carretera.

—Porque hay demasiados intereses de por medio. Soria es un chivo expiatorio perfecto, pero hay gente por encima que no quiere que se le dé carpetazo demasiado rápido.

—¿Y tú crees que el fiscal nos dirá algo nuevo?

—Espero que sí. Ha estado esquivo, pero si ha accedido a vernos es porque quiere soltar algo. Esos cabrones saben utilizar muy bien a la prensa cuando quieren.

—O tal vez solo quiere tantearnos —dije con escepticismo.

Él curvó los labios en una sonrisa leve.

—O provocarnos.

Hubo un silencio mínimo, pero esta vez no fue incómodo. Lo dejé estar, disfrutando del sonido monótono de la carretera y de la sensación de movimiento. Entonces, sin poder evitarlo, mi mente saltó a la noche anterior.

Había tenido que llamar a Serena para decirle que esa semana no podría ir a jugar al pádel, aunque había procurado no darle demasiados detalles.

—¿Toledo? —había preguntado ella, extrañada—. ¿Y qué se te ha perdido a ti en Toledo?

—Trabajo —respondí, tratando de sortear el interrogatorio.

—¿Te vas sola?

—No. Voy con alguien del equipo.

Silencio.

—¿Isaac?

Yo había mirado el techo de mi habitación, maldiciendo internamente su consabida intuición.

—¿Por qué tendría que ser Isaac?

—Porque últimamente parece que te persigue a todas partes la sombra de tu excuñado.

—No digas tonterías.

—Nadia… —su tono se volvió inquisitivo—. ¿No estarás haciendo alguna idiotez, verdad?

—Me voy a Toledo, mujer. No a una isla desierta.

—Es lo mismo si ese hombre está contigo. Bueno, yo solo espero que si pasa algo interesante me lo cuentes.

Me había despedido rápido, no porque tuviera miedo de Serena, sino porque tenía miedo de que diera del todo en el clavo.

Ahora en el coche, ladeé la cabeza para observar a Isaac mientras conducía. Desde que habíamos salido de Madrid, la tensión inicial había empezado a diluirse.

—¿Te acostumbras ya a estar de vuelta en España? —pregunté, cambiando de tema.

Isaac pareció medir sus palabras.

—Sí y no.

—Vaya respuesta.

Sonrió, pero no se explicó de inmediato.

—Nueva York fue... intenso —admitió tras una pausa—. Me gustaba la energía de la ciudad, el ritmo, la forma en la que todo se mueve sin darte tregua.

—Parece que lo extrañas.

—A veces sí —reconoció—. Pero también tenía su parte agotadora. Es una ciudad que te exprime. Y creo que si te quedas demasiado tiempo allí, te devora y luego te escupe.

Me giré un poco más en el asiento, intrigada.

—¿Cómo era tu día a día allí?

—Depende de la época. Los primeros meses fueron caóticos, tratando de adaptarme al medio, al idioma, a la cultura laboral. Pero después le cogí el ritmo.

—¿Vivías en Manhattan?

—No. En Brooklyn. Más tranquilo.

—Ah, claro. Lo tuyo nunca ha sido el ruido.

Isaac rió entre dientes.

—Ni las multitudes. Pero Nueva York es Nueva York. No puedes estar allí y no dejar que la ciudad te envuelva.

Lo observé mientras hablaba. Había algo en su voz, en su expresión, que me decía que realmente había amado esa ciudad.

—Y ahora que has vuelto… ¿Sientes que hiciste lo correcto?

Se tomó su tiempo para responder.

—Sí.

Lo dijo con convicción, sin dudas.

Algo en mi pecho se apretó.

—¿Por qué?

—Porque en realidad aquí está mi vida. Mi familia. Fue una aventura profesional, sin más. Fructífera.

Por un momento, supe que no hablaba solo de su carrera.

Fijé de nuevo la vista en la carretera. No quería pensar en lo que significaban esas palabras.

—¿Y tú? —preguntó él de repente—. ¿No te has planteado marcharte alguna vez? Siempre has vivido en Madrid, ¿no? Además, tu inglés es casi perfecto.

La pregunta me tomó desprevenida.

—No. Bueno, no en serio.

—Te veo en Londres o en París, haciendo reportajes de guerra o investigando escándalos políticos.

Solté una carcajada.

—En realidad no soy tan intrépida.

—Lo eres más de lo que crees.

Lo miré de reojo, pero él seguía con la vista en la carretera. A veces decía cosas así, cosas que se colaban bajo mi piel sin previo aviso.

—No sé. Me gusta Madrid —dije finalmente—. Me gusta mi trabajo.

—¿Y qué más?

Fruncí el ceño.

—¿Qué más qué?

—Además del trabajo, ¿qué más te gusta?

La pregunta me desconcertó.

—¿Por qué parece un interrogatorio?

—Porque quiero saberlo.

—Pues me gusta… —intenté buscar una respuesta que no fuera obvia—. Me gusta perderme en las librerías.

—Eso ya lo sabía.

—Me gusta el café de verdad, no esa agua sucia que seguramente tomabas en Nueva York.

—También lo sabía.

—Me gusta leer novelas de fantasía romántica para desconectar.

Isaac sonrió con diversión.

—Eso no lo sabía.

—Pues ahora sí.

—¿Alguna recomendación?

Me quedé mirándolo, sorprendida.

—¿Tú leerías algo de *romantasy*?

—Si tú me lo recomiendas, sí.

Me reí.

—No te imagino leyendo sobre guerreras que se enamoran de príncipes oscuros.

—¿Quién sabe? Quizá me sorprenda.

Sacudí la cabeza riéndome. Al final, el viaje estaba resultando fácil. Casi como si fuéramos dos compañeros de trabajo cualquiera, dos personas que simplemente compartían un trayecto sin mayores complicaciones.

Pero, por supuesto, eso no era verdad. Isaac me había planteado algo a lo que yo todavía no había contestado. Había puesto la pelota en mi tejado, esperando pacientemente esa oportunidad que me había pedido.

No, no éramos solo dos periodistas buscando una noticia.

Porque sabía que cada palabra, cada mirada, cada silencio, nos acercaba un poco más a ese límite invisible que seguíamos fingiendo que no existía.

Y, lo peor de todo, es que ya no estaba segura de querer mantenerme alejada de él.

CAPÍTULO 21

Llegamos a Toledo sobre las doce, con el sol brillando sobre las calles adoquinadas y las fachadas de piedra. Hacía mucho que no iba por allí, probablemente desde que era una adolescente.

La ciudad estaba tranquila, con ese aire de historia suspendida en el tiempo, y el murmullo pausado de los turistas se mezclaba con el repiqueteo de nuestros pasos al acercarnos al restaurante donde almorzaríamos antes de la reunión.

Me desabroché el abrigo al entrar. El sitio tenía un encanto clásico, con vigas de madera y una chimenea encendida al fondo. Isaac había escogido bien: lo suficientemente elegante como para impresionar al fiscal, pero acogedor, para que la comida fuera agradable. Según me había contado, él se reuniría con nosotros para tomar un café, después de comer.

—No está mal —comenté mientras nos acomodábamos en la mesa que nos asignaron, una apartada al fondo del local, perfecta para excitar miradas indiscretas.

Isaac esbozó una leve sonrisa.

—Agradezco la aprobación, señorita.

Pedimos la comida, y mientras esperábamos, la conversación fluyó de nuevo con una sorprendente naturalidad. Hablamos del caso, repasamos puntos clave de la conversación con el fiscal y, entre bocados de un plato delicioso de cordero asado, terminé admitiendo que Toledo tenía su encanto. Salir de la capital nos había sentado fenomenal. Era como si mis problemas y mi ansiedad habitual se hubiesen evaporado de un plumazo.

—Nunca te imaginé disfrutando de una ciudad tan tranquila —dijo él, con media sonrisa.

—No soy tan predecible.

—Oh, sí que lo eres.

Le lancé una mirada de advertencia y él se rió. Aquella facilidad para provocarme me sacaba de quicio… pero también me hacía sonreír.

Cuando terminamos de comer, el fiscal llegó con puntualidad y nos saludó con cortesía. El camarero recogió la mesa y entonces pasamos a los cafés y a la parte seria del encuentro.

Tomé notas diligentemente mientras Isaac formulaba preguntas precisas. Eso era lo que habíamos acordado. Era un maestro en llevar la conversación a donde quería sin parecer insistente. El fiscal, un hombre de unos cincuenta años con el aire de alguien que había visto demasiadas cosas, terminó soltando algunos datos clave sobre las negociaciones internas del caso Soria.

—No quiero ver mi nombre citado en esto —nos advirtió—, pero puedo daros una pista sobre quién movió los hilos tras el acuerdo.

Cuando terminó de hablar, Isaac guardó su libreta con calma y me miró.

—Tendremos mucho que escribir.

—Lo sé —murmuré, con la mente ya encajando piezas.

Nos despedimos del fiscal y salimos del restaurante.

—Vamos al hotel —dijo Isaac.

—¿A descansar ya?

—Muy graciosa. A escribir.

Por supuesto. A qué si no.

El hotel era uno de esos edificios históricos reformados con gusto, lleno de pequeños rincones encantadores. Subimos su escalinata en silencio, con nuestras maletas en la mano, y esperamos en el vestíbulo hasta que la recepcionista nos entregó las llaves de nuestras habitaciones.

—Las suyas son la 204 y la 206 —dijo con una sonrisa amable.

Por supuesto, dos habitaciones.

Ignoré el latido extraño en mi pecho mientras subíamos en el ascensor hasta la segunda planta. Al llegar al pasillo, Isaac señaló una puerta.

—Nos vemos en la biblioteca en quince minutos. He reservado una mesa para trabajar. ¿Te parece? No vayas a echarte una siesta, ¿eh?

—Ja.

Asentí y entré en mi habitación.

Era acogedora y moderna, con una cama grande, una butaca junto a la ventana y una lámpara de luz cálida. Dejé la maleta junto a la cama y fui al baño a refrescarme.

No tenía sentido estar nerviosa, era trabajo, solo trabajo. Y sabía hacerlo muy bien.

Y sin embargo…

Cuando bajé a la biblioteca, Isaac ya estaba allí, hojeando unos documentos en su portátil. El ambiente era perfecto para escribir: techos altos, estanterías de madera oscura y una gran mesa en el centro.

Me senté a su lado y encendí mi ordenador.

—¿Por dónde empezamos? —pregunté, manteniendo la compostura.

Él me miró y, por un segundo, sentí que analizaba algo más que mi pregunta.

—Por la estructura. Queremos que sea un artículo sólido, no una simple crónica de lo que nos ha contado el fiscal.

Me obligué a centrarme. Tecleamos en silencio durante un rato, intercambiando ideas de vez en cuando. A pesar de la seriedad del trabajo, la proximidad de Isaac me afectaba más de lo que podía disimular.

Cada vez que nos inclinábamos al mismo tiempo sobre la pantalla del otro para ver una frase, sentía su brazo rozando el mío. En una ocasión, al pasarme su libreta, nuestros dedos se tocaron, y un escalofrío me recorrió de arriba a abajo. Pero estaba claro que estábamos allí por trabajo, no para explorar la posibilidad que él había puesto sobre la mesa la otra noche. Pero la otra realidad era que estaba allí, con el hombre que una vez estuvo a punto de convertirse en mi cuñado. Y se me iba a salir el corazón por la boca.

Lo peor de todo era que él lo notaba. Estaba convencida. No hacía ningún comentario, no me miraba de una forma distinta, pero lo notaba.

Cuando el reloj marcó las nueve de la noche, terminé de revisar un párrafo y me dejé caer un poco contra el respaldo en la silla.

—Creo que hemos avanzado bastante.

—Sí —admitió él—. Buen trabajo.

Me estiré, acusando el peso del día en los hombros.

—Necesito un café o me quedaré dormida encima del teclado.

—Mejor algo más fuerte —dijo, levantándose.

Marcó el número de servicio de habitaciones y pidió un par de copas de vino tinto y algo de comer.

Cuando llegaron las copas, me acomodé en la butaca más cercana y bebí un sorbo.

—Ahora sí —suspiré—. Esto ya no parece trabajo.

Isaac se apoyó en el respaldo de su silla, estudiándome con una media sonrisa.

—¿No?

—No. Ya hemos cumplido con nuestra parte. Ahora podemos relajarnos.

—¿Y cómo te relajas tú, Nadia?

Le lancé una mirada.

—Isaac…

—¿Qué? Es una pregunta legítima.

Me mordí el labio, pensativa.

—Me relajo cuando me pierdo en un buen libro.

—Eso ya lo sé.

—Me relajo cuando me tomo un vino después de un día agotador.

—Bien, vamos por el segundo punto.

Levanté mi copa.

—¿Y tú? ¿Cómo desconectas?

Isaac giró la copa entre los dedos antes de contestar.

—Con la música.

—¿Desde cuándo?

—Desde siempre. Pero en Nueva York aprendí a apreciarla más. Jazz, sobre todo.

—Parece que Nueva York te enseñó muchas cosas.

—Algunas buenas. Otras no tanto.

El ambiente se enrareció de repente. Era esa tensión que llevaba semanas construyéndose entre nosotros, que flotaba en cada mirada, en cada palabra no dicha.

Bebí otro sorbo de vino, notando el calor en mis mejillas.

—Deberíamos irnos pronto a dormir esta noche. Maña nos espera el viaje de vuelta…

Isaac asintió lentamente, pero no hizo ningún gesto por levantarse.

—Sí, deberíamos.

El problema era que ninguno de los dos lo quería realmente.

Silencio.

Nos miramos.

Y entonces di unos pasos hacia él y busqué sus labios con una decisión inédita en mí.

Lo besé, sin más.

Estábamos lejos de todo y estaba dispuesta a dar aquel salto. Y el mañana, como siempre, se ocuparía de sí mismo.

CAPÍTULO 22

Supongo que esa era la respuesta que le debía a Isaac. Explorar a fondo sus labios, su lengua, algo que ansiaba desde hacía años y que había reprimido con todo mi ser, no sé muy bien cómo.

Estábamos en un hotel donde cada uno tenía su propia habitación, pero no nos movimos de allí, de aquella acogedora biblioteca. La puerta estaba cerrada y nadie nos molestaría más allá de traernos lo que pidiéramos, pero no tenía ningún sentido estar allí, tocándonos, pudiendo irnos… a la cama. Sentí un escalofrío. ¿Eso era lo que iba a suceder aquella noche? ¿Iba a pisar el acelerador con él?

No quería ni pensar en la cantidad de problemas que aquello me podía traer.

Todas las líneas rojas que yo había dibujado en algún plano de mi imaginación.

Pero no parecía que él fuese a dejarme escapar. Me estrechó contra su cuerpo, deslizando un dedo por debajo de mi barbilla para levantarla y volver a besarme. Entreabrí mis labios para él y disfruté de cada milímetro de su lengua enredándose con la mía.

Dios.

Estaba pasando y no había vuelta atrás.

Y no porque no pudiese detener aquel sinsentido.

Es que no quería pararlo.

Su mano bajó hasta mi culo y lo estrechó.

—No te imaginas cuántas veces he soñado con esto, Nadia…

Me volqué sobre él.

No le confesé que yo también.

Nos deslizamos hacia el cómodo sofá de la biblioteca y creo que perdimos la noción del tiempo. Por eso ninguno de los dos fue capaz de sugerir que subiésemos a la habitación.

Se echó hacia atrás y se acomodó, y yo no pude hacer otra cosa que sentarme a horcajadas sobre sus muslos. Podía sentir lo excitado que estaba, lo abultado de su sexo entre mis piernas. Llevaba una falda de tela vaporosa y la ropa no iba a ser un problema para…

—Es una locura hacer esto aquí —susurré.

—Me va a costar un mundo moverme.

—Lo sé. A mí también.

Nuestra ropa no era un impedimento. Sentía su calor. Me incliné de nuevo hasta sus labios y él me besó otra vez. Supuse que las palabras vendrían después, que en ese justo momento nos debíamos solo eso.

Hacer el amor. Por fin.

Me estremecí.

Una de sus manos se hundió en mi melena. Gemí junto a su boca y él lo tomó como una invitación para adentrarse un poco más en la mía. La presión que ejercía con ella era cálida, sucia. Perfecta.

—¿Cómo he podido dejar pasar todo este tiempo?...— murmuró.

—Yo he estado siempre aquí…

Dios mío. Lo que nos estábamos diciendo. Y eso que apenas habíamos bebido.

—Nadia, te he deseado desde el primer segundo en que te vi —confesó, con sus ojos clavados en los míos.

Su mirada no miente, pensé. *Nunca ha mentido. Nunca fueron imaginaciones mías.*

—¿Y qué querías hacer conmigo? —le pregunté, aunque no se si mi impostado tono inocente iba a convencerlo.

En lugar de contestar, me levantó y me tumbó en aquel sofá. Se arrodilló junto a él en el suelo y entonces separó mis rodillas. Incluso en esa posición, mirándome desde abajo, rezumaba control sobre la situación.

—Me encantaría enseñártelo.

Noté mis mejillas encendidas.

¿Estaba hablando de…?

Me levantó la blusa y buscó mi vientre con sus labios. Lo besó con suavidad. Introdujo su lengua en mi ombligo mientras buscaba la cintura de mi falda. En realidad no hacía falta… era más fácil subírmela. Me reí, porque parecía que Isaac me estuviese leyendo la mente.

—Levanta las caderas —me ordenó, y yo hice exactamente eso para que él pudiera estirar de mis braguitas. No llevaba las más top de mi cajón, pero por suerte tampoco había decidido ponerme esa mañana las "cómodas".

Isaac se recreó unos instantes con la tela, presionando mi clítoris a través de ella.

—Estoy deseando probarte…

Una parte de mí se debatía ante cierto reparo, pero no iba precisamente a quejarme. Me deslicé un poco más hacia abajo para facilitarle el camino, y creo que esa fue la última vez que pensé en qué pasaría si alguien entraba de repente y nos sorprendía allí, en plena faena.

—¿Quieres que lo haga, Nadia? Me encantaría oírlo…

—Sí

—Sí, qué.

—Quiero que me hagas…eso.

Sonrió y se posicionó entre mis muslos, sin dejar de mirarme.

—Aceptaré un "eso" por ahora, pero vamos a tener que trabajar un poco en tu capacidad para hablar un poco más…sucio.

—Paso a paso, ¿vale? —jadeé.

—Paso a paso —confirmó.

Se inclinó del todo y buscó mi clítoris con su lengua. Hasta yo misma podía sentir el calor que emanaba de mi sexo. No estaba preparada para esa sensación, ese contacto tan íntimo, así que mi cuerpo dio un respingo.

Él gimió.

—Dios, Nadia, me encanta cómo responde tu cuerpo…Estoy deseando que te corras…en mi cara.

Vaya. Él sí que no necesitaba trabajar en eso de hablar "sucio".

Antes de que pudiese contestarle sentí como su lengua seguía explorándome, recorriéndome, succionando cada vez con más intensidad. Mis dedos se enredaron en su pelo al mismo tiempo que las sensaciones en mi cuerpo se iban multiplicando.

Perdí la noción del tiempo y del espacio.

Toledo se había difuminado y aquel hotel era un simple decorado para el deseo que nos consumía desde hacía años. No pensé en nada más que en nuestros cuerpos y en las sensaciones

que nos estábamos arrancando el uno al otro.

Isaac continuó devorándome. Por momentos se apartaba un poco de mi centro y recorría los alrededores, mis pliegues íntimos, recogiendo con su lengua toda mi humedad. Pasaron unos minutos y perdí incluso la noción de lo que estaba haciendo. Solo estaba segura de que aquello se le daba muy bien. Pero que muy bien.

—¿Quieres correrte? —me preguntó entonces.

Mis caderas se movieron y esa fue toda mi respuesta. Estaba al borde del orgasmo.

Él me sonrió y lo tomó como un rotundo *sí*. Sentí entonces un dedo en mi entrada, abriéndose camino. Gemí, ya sin importarme nada que no fuese apagar aquella sed extenuante que me ahogaba.

Isaac deslizó su dedo en mi interior y persiguió mi punto G mientras su lengua volvía a estimularme. Dios. Mío. Nunca había sentido nada parecido. Con la otra mano, sujetó mi pelvis, que empezaba a convulsionar.

Recuerdo ser bastante tranquila en general en lo que al sexo respecta, pero el movimiento certero de su dedo, acompañado de su lengua, hizo que gimiese con más fuerza de lo normal cuando llegó el orgasmo. Noté como mi carne se cerraba sobre su dedo, mi coño convertido en un corazón, latiendo con fuerza.

—Ha sido como un milagro ser testigo de eso —dijo Isaac.

Tardé unos segundos en reaccionar.

—Créeme si te digo que experimentarlo es todavía mejor —contesté, prácticamente sin aliento. Los párpados me pesaban y sentía que me estaba fundiendo en aquel sofá. Pero aún quería más.

—¿Qué te parece si nos vamos a la cama? —sugirió entonces.

—Vale.

—Para dormir —aclaró—. Ha sido un día intenso.

—¿Es que tú no quieres…?

Pasó su dedo índice por mis labios. Podía oler en él mi propia intimidad.

—Tenemos mucho tiempo para explorarnos, Nadia. Para recuperar esos cinco años…

Asentí.

Nos levantamos, recogimos nuestras cosas y lo acompañé a su habitación.

En cuanto me metí entre las sábanas frescas y blancas de aquella bonita *suite* me quedé dormida. Casi podía sentir como Isaac me observaba mientras se me cerraban los ojos.

—Eso es. Descansa.

Estaba tan extasiada que ni siquiera tenía energía para contestar.

—Buenas noches, preciosa —oí.

Sentí como se inclinaba para besarme mientras yo me rendía a ese sueño que tanto necesitaba.

CAPÍTULO 23

Desperté con la vaga sensación de que todavía podía sentir la calidez de su piel en mi espalda. Era ridículo, lo sabía. Isaac se había ido de mi apartamento hacía horas, justo antes del amanecer, pero su esencia seguía impregnada en mi cama, en mi cuerpo, en cada rincón de mi casa.

Era sábado por la mañana y la buena noticia era que tenía el día libre. Bueno, libre al margen de recoger y limpiar un poco y sumergirme en alguna de las novelas que tenía pendiente leer.

Los últimos tres días habían sido... perfectos. No encontraba otra palabra que los definiera mejor. Perfectos de una forma peligrosa, de una manera que me hacía sentir que caminaba por el filo de un precipicio.

Desde que volvimos de Toledo, nos habíamos visto solo en la redacción durante el día, con una disciplina impecable, como si nada hubiera cambiado entre nosotros. Ignorándonos de forma elegante. Pero al caer la noche, toda la contención se rompía.

Habíamos pasado las noches juntos desde entonces, entrelazados en una burbuja que se sentía cada vez más real, más imposible de ignorar.

No había hablado con nadie de esto.

Ni con Serena, ni con mi madre, ni, por supuesto, con Sofía.

No quería pensar en las consecuencias. Al menos no todavía.

Suspiré, me revolví entre las sábanas y, finalmente, me obligué a salir de la cama. Esa noche Isaac había quedado con un viejo amigo y yo tenía el día entero para mí, algo que agradecía. Necesitaba descansar, recuperar fuerzas, poner en orden mi casa y mi cabeza antes de que todo esto me consumiera por completo.

Fui a la cocina y me preparé un café, mientras revisaba el móvil con la esperanza —o el temor— de ver algún mensaje suyo.

Que tengas un buen día, preciosa. Te veo mañana por la tarde.

Sonreí sin poder evitarlo. Maldito seas, Isaac. Era capaz de desarmarme con una sola línea de texto.

No le contesté de inmediato. Dejé el móvil en la mesa y me acomodé en el sofá, dispuesta a sumergirme en ese libro que llevaba días esperando. Nada de Isaac. Nada de pensamientos intrusivos sobre lo que estaba haciendo. Solo yo, mi café y un sábado de tranquilidad.

El plan parecía perfecto, hasta que mi teléfono sonó.

—¿Dónde te metes? —preguntó Serena, sin preámbulos.

Pegué un respingo y apoyé la cabeza en el respaldo del sofá.

—¿Cómo que dónde me meto? Estoy en mi casa.

—Pues parece que llevas tres días en otro planeta.

Tres días. Justo el tiempo que llevaba viéndome con Isaac en el más absoluto de los secretos. El olfato de Serena estaba tan fino como de costumbre.

—He estado ocupada —dije, con una tranquilidad algo forzada.

—Ah, claro. Ocupada en Toledo.

El aire se me quedó atascado en la garganta.

—¿Qué?

—Ayer me encontré a tu madre y a tu hermana. Estuvimos charlando un rato y, en algún momento, les pregunté si ya habías vuelto de Toledo.

Sentí cómo mi estómago se encogía.

—¿Y qué dijeron?

—Que sí, que debías estar en casa. Pero, Nadia... Lo interesante no fue lo que dijeron, sino cómo lo dijeron.

Me incorporé en el sofá, tensa.

—¿Cómo lo dijeron?

—Con cara de póker. Como si no tuvieran ni idea de qué demonios estaba hablando.

Cerré los ojos un segundo, reprimiendo una maldición.

—¿No les dijiste que me había ido por trabajo?

—Claro que lo hice. Pero... tú tampoco les dijiste que te ibas, ¿verdad?

No respondí de inmediato. Serena bufó al otro lado de la línea.

—No les dirías que…fui con él, ¿no?

—Claro que no. No soy una descerebrada.

—Menos mal.

—Nadia, tu madre no parecía muy contenta. ¿Por qué no les contaste nada?

—No sé, no pensé que fuera importante —mentí.

—¿No? ¿Entonces por qué siento que me estás escondiendo algo? Fuiste con Isaac al final, ¿sí o no?

—Mira, apenas estuve veinticuatro horas fuera y fuimos a entrevistar a una de nuestras fuentes para un reportaje. Ni se me ocurrió informar a mi madre, la verdad… El problema de Nieves es que siempre se piensa que irme de viaje significa que no me va a volver a ver nunca más, por eso siempre hace un mundo de cualquier escapada que haga. Así que para un día…no. No le dije nada.

Respiré hondo. Serena me conocía demasiado bien. Si seguía insistiendo, acabaría sacándome la verdad de alguna manera.

—Ahá.

—No te estoy escondiendo nada. Solo... no se lo dije. Ya sabes cómo es mi madre. Si le menciono que me voy a otra ciudad, y que tenía que acompañar a Isaac, habría empezado con sus preguntas y no me apetecía.

—Ahá.

El escepticismo en su voz era más que evidente.

—Bueno, da igual —dije, intentando cambiar de tema—. ¿Cómo fue tu semana?

—No me cambies de tema. Aquí la noticia eres tú.

Casi estampo el móvil contra la pared.

—No hay ninguna noticia.

—Pues tiene toda la pinta de que sí. Porque nunca dejas de contarme cosas... y de repente, estás callada como una tumba. Además, déjame decirte que Toledo está aquí y al lado y…¿en serio tuvisteis que pasar la noche allí?

Apoyé la frente en la palma de la mano. Esto era justo lo que no quería.

—Serena, de verdad, todo está bien.

Silencio.

Uno de esos silencios que lo dicen todo.

—Vale. Como quieras —dijo finalmente. Pero su voz sonaba afilada, como si estuviera guardándose una nota mental para volver a este tema más adelante—. Pero escúchame bien: tu hermana no es tonta. Si no le has contado nada y empieza a sospechar, se va a dar cuenta tarde o temprano.

Me hundí un poco más entre los cojines. En el fondo Serena tenía razón y eso me jodía.

—No tiene por qué enterarse de nada —murmuré.

—Ya veremos.

Me mordí el labio. No quería discutir. No quería hablar de Sofía, de Isaac, de las cosas que estaba ignorando deliberadamente.

—Bueno, ¿vas a hacer algo hoy? —pregunté, intentando sonar casual.

Serena suspiró, aceptando la tregua.

—Nada interesante. ¿Tú?

—Nada. Quedarme en casa, leer, evitar preguntas incómodas.

—A lo mejor te vendría bien airearte un poco.

—Mañana voy a comer a casa de mi madre. Con eso tendré aire de sobra.

—Uff, qué valiente. Saluda a Nieves de mi parte.

—Lo haré.

Charlamos un rato más, esta vez de cosas triviales, hasta que colgamos. Pero la inquietud ya se había instalado en mi pecho.

Me tumbé en el sofá y cerré los ojos.

Las cosas no pintaban del todo bien para mí.

Había pasado los últimos días flotando en una burbuja con Isaac, como si el mundo exterior no existiera. Como si lo nuestro fuera un secreto sin consecuencias, un simple placer al que podíamos entregarnos sin más.

Pero la realidad estaba esperando, paciente, a que abriera los ojos. Y en cuanto Sofía sospechara algo... aquello podía explotar. No tenía ni idea de cómo podría reaccionar mi hermana si se enteraba de lo que había pasado entre nosotros. Y eso, tal vez, era lo más inquietante.

CAPÍTULO 24

Cuando llegué a casa de mi madre al día siguiente, llevaba conmigo algo más que una caja con un postre espectacular: cargaba un peso en el pecho que me había acompañado desde que puse un pie fuera del hotel en Toledo.

En los últimos días, mi vida había dado un giro inesperado, y aunque quería convencerme de que todo estaba bajo control, sabía demasiado bien que no era cierto.

Isaac y yo habíamos cruzado una línea. *Esa* línea. Una que, si me detenía a pensarlo, siempre había estado ahí, delimitando lo prohibido, lo impensable. Pero ya no tenía sentido mirar atrás. Habíamos neutralizado el pasado.

Respiré hondo antes de llamar al timbre.

—¡Voy! —se oyó la voz de mi madre desde el otro lado.

Cuando abrió la puerta, me recibió con una mirada de falsa sorpresa.

—¡Mira quién se digna a visitarnos!

Resoplé y alcé la caja de postres como una bandera blanca de la paz.

—No empieces, mamá. Mira. He traído algo rico.

—Menos mal. Como compensación por haber desaparecido toda la semana, al menos sirve.

Entré en el apartamento, y enseguida me envolvió el olor familiar de su cocina, esa mezcla de especias y suavizante de ropa que siempre lograba transportarme a mi infancia. Una parte de mí se sintió culpable por no haber hablado con ella en varios días.

—¡Sofía! —exclamó mi madre—. ¡Tu hermana ha llegado con ofrendas!

Desde el comedor, Sofía respondió con un sonido ambiguo, una especie de gruñido que podía significar tanto “me alegro” como “me da igual”.

Cuando entré, la encontré hojeando una revista en la mesa. En casa siempre había revistas viejas que mi madre rescataba del salón de belleza.

—Hola —saludé, mirándola con curiosidad.

—Hola.

—¿Te pasa algo?

Sofía arrugó la nariz.

—No empieces.

Ah, interesante.

—¿Qué tal todo? Mamá me dijo que habías tenido cita con…

—Dios, ¿puedes callarte?

Levanté las cejas.

—¿Con Jorge?

El informático.

Sofía resopló con resignación.

—Sí.

Me crucé de brazos.

—¿Y por qué tanto misterio? Parecía bastante mono…

—Porque os encanta meter las narices en mis cosas.

—No es meter las narices, es interés legítimo —respondí, fingiendo indignación.

Entrar directa a matar con el tema de sus citas era una estrategia…para desviar la atención.

Mi madre se acercó con un plato en la mano, uniéndose a la conversación.

—Si no tuvieras nada que esconder, lo dirías abiertamente.

Sofía suspiró.

—Está bien. Hemos salido un par de veces. Nos hemos besado. Fin de la historia.

Mi madre y yo nos miramos como si acabáramos de recibir una noticia bomba.

—¿Pero te gusta? —pregunté.

—Sí —admitió, algo incómoda—. Es majo. Me hace reír.

—Pues eso es lo que importa —dijo mamá con satisfacción.

—¿Podéis parar ya con el interrogatorio?

Yo asentí, aunque la punzada en el pecho volvió con fuerza. Si Sofía estaba avanzando, si estaba conociendo a otra persona, quizá significaba que todo esto con Isaac no importaba tanto. ¿No?

Quizá.

O quizá solo estaba buscando excusas y esa era la más vana de las esperanzas.

—Bueno, ¿y tú qué? —preguntó mi madre, mirándome con los ojos entrecerrados—. Resulta que nos encontramos por la calle con Serena y nos dijo que estuviste en Toledo.

Mi cuerpo se tensó.

—Sí, pero fui por trabajo. Nada interesante —respondí con rapidez.

—¿Y con quién?

Maldita Serena.

—Con nadie, mamá. Era un simple viaje de trabajo. Ir y volver. Fue bastante improvisado.

—¿Y qué tal Toledo?

—Bonito. Pero apenas tuve tiempo de…

—Deberíamos ir las tres un fin de semana. Nunca me lleváis a ningún sitio.

Mi hermana y yo nos quedamos calladas. Irse de escapada con mi madre era lo opuesto a relajante.

—De todas formas, Nadia, si sales de Madrid deberías avisarme, aunque sea solo para un día o dos.

—Lo haré, mamá. Se me pasó, es todo. He tenido mucho curro estos días.

Me atreví a mirar de reojo a Sofía, pero no reaccionó. ¿Era mi imaginación o su postura se había vuelto más rígida?

—Ah —dijo mamá, encogiéndose de hombros.

Y ya está. Mi madre cambió de tema.

Así de fácil.

Me costó disimular mi alivio.

—¿Alguna pregunta más? —solté, tratando de desviar la charla.

Mi madre me lanzó una mirada de sospecha, pero luego se encogió de hombros.

—Bueno, como Sofía parece haber despertado del letargo sentimental en el que estaba sumida, nos estábamos preguntando antes de que llegaras qué pasaba contigo.

—¿Conmigo? —pregunté, fingiendo confusión.

—Sí, contigo. Siempre has sido la que tenía citas, la que salía más… Pero últimamente no dices nada.

—Quizás porque no hay nada que decir.

Mentira.

Había tanto que decir que dolía.

Pero me lo callé. Porque no podía. Porque decirlo en voz alta significaba admitirlo ante ellas… y ante mí misma.

Después de comer, ayudé a recoger la mesa y tomamos café juntas, acompañado de la tarta que había traído y que me había costado un ojo de la cara. A simple vista, era una tarde de domingo como cualquier otra.

Pero yo me sentía distinta.

Cuando me despedí y bajé las escaleras del edificio, el yunque en mi estómago era más que evidente. Y no, no era el cordero a la riojana que mamá había preparado con todo el esmero.

Les había mentido.

No exactamente con palabras, pero sí con mis silencios, con verdades a medias, con evasivas. Y ese no era el tipo de relación que quería con ellas. Desde que mi padre murió cuando éramos adolescentes, mi madre, mi hermana y yo siempre habíamos sido una piña. No había secretos entre nosotras. O al menos no secretos importantes. Y si el mío me pesaba tanto, era porque sin duda lo era.

Caminé despacio por la acera, acusando el efecto de la mentira en cada paso. Sabía que, tarde o temprano, todo saldría a la luz. Las mentiras siempre encuentran la forma de explotar en la peor situación posible.

¿Y entonces qué?

¿Qué cara pondría Sofía cuando supiera la verdad?

¿Qué diría mamá cuando descubriese que me había liado con el hombre que partió el corazón de su otra hija?

Respiré hondo y cerré los ojos un momento.

No tenía las respuestas.

Pero lo único que sabía era esto: no quería dejar a Isaac. No quería echar el freno a aquello, aunque supiese muy bien que lo nuestro tenía fecha de caducidad, porque no podía ser.

Pero acabábamos de empezar a explorarnos.

Así que *no.*

Todavía no podía terminarse.

Lo quería una y otra vez en mi cama.

Lo deseaba. Me encantaba lo que me hacía sentir. Era misterioso, no me daba todas las respuestas que yo necesitaba y eso me hacía estar siempre en alerta, en una constante búsqueda reminiscente de mi propio trabajo.

Quería trabajar a su lado, con nuestros ordenadores portátiles uno junto al otro.

No podía terminarse aún.

Qué demonios. Quizá no podría terminarse nunca.

CAPÍTULO 25

Cuando llegué a casa ese domingo por la tarde, me sentía vacía. El almuerzo con mi madre y Sofía había sido como caminar sobre un campo minado, evitando preguntas, esquivando verdades. Había logrado salir ilesa, pero a costa de engañarlas.

Dejé las llaves sobre la mesita de la entrada y me dirigí al sofá. Esperar a Isaac debería entusiasmarme. Lo normal habría sido tumbarme, cerrar los ojos y dejar que la emoción de verlo otra vez me envolviera. Pero en lugar de eso, mi mente empezó a trabajar en contra mía.

¿Qué demonios estaba haciendo?

Seguí recreándome en mi bucle de autodestrucción.

Había pasado la comida mintiendo a mi madre y a mi hermana, construyendo una farsa con una facilidad que me aterraba. Jamás en mi vida había tenido secretos con ellas.

Y ahora, no solo les ocultaba algo. Es que además era algo enorme.

Algo que, si seguía adelante, cambiaría mi relación con Sofía para siempre.

Mi móvil vibró. Un mensaje de Isaac:

Salgo en diez. Nos vemos en nada. Llevo vino y novedades del caso Soria.

Por un momento, sonreí.

Pero la sonrisa duró poco.

Porque entonces imaginé la cara de Sofía si llegaba a enterarse.

¿Cómo se lo diría?

Fantaseé un poco.

Oye, Sofi, ¿te acuerdas de tu exnovio? El que te dejó antes de la boda y te rompió el corazón hace cinco años. Bueno, resulta que ahora estamos liados. Sí, sé que no tiene sentido. No, no me odies.

Me pasé las manos por la cara, exhalando un suspiro tenso.

No podía seguir así.

Y sin embargo, tampoco podía alejarme de Isaac. No quería.

Lo necesitaba.

Cuando sonó el timbre mi estómago se revolvió. Di un saltó y corrí a abrir la puerta.

—Hola —dijo Isaac al entrar, con su voz tranquila y su sonrisa ladeada. Pero en cuanto me vio, frunció el ceño—. ¿Qué te pasa? ¿Has estado llorando?

Mierda.

Intenté responder, pero mi garganta se cerró de golpe.

Isaac dejó su abrigo y la mochila con el portátil en la silla y se acercó a mí.

—Nadia. Dime qué te pasa.

Negué con la cabeza. No quería hablar. No quería decirlo en voz alta, pero cuando sentí su mano en mi mejilla, toda mi contención se rompió.

Un sollozo escapó de mis labios, y en cuestión de segundos, las lágrimas brotaron sin control.

Isaac se tensó, sorprendido.

—Eh, eh… Ven aquí —susurró, rodeándome con los brazos.

Me aferré a él, dejando que el nudo en mi pecho explotara.

—No puedo más —murmuré contra su pecho—. Me siento fatal.—¿Por qué?

Levanté la mirada, con los ojos empañados.

—Porque esto está mal. Porque siento que traiciono a mi hermana. Porque no sé qué hacer con lo que siento.

Isaac inspiró hondo y pasó una mano por su nuca. Parecía que había esperado este momento.

—Nadia… —dijo con voz grave—. Hay cosas que no sabes.

Parpadeé, confusa.

—¿Qué cosas?

—Sobre Sofía. Sobre nuestra relación.

Mi corazón se aceleró.

—¿Qué quieres decir?

Isaac se humedeció los labios, como si estuviera eligiendo las palabras con sumo cuidado.

—Lo que quiero decir…lo que necesito que sepas ahora mismo —continuó— es que… yo nunca estuve enamorado de Sofía.

Mi cuerpo se tensó.

—¿Qué?

—No. Nunca lo estuve —repitió con firmeza—. La quise, claro. Es una mujer increíble. Pero amor… amor no era. Y mi error fue tardar demasiado en darme cuenta de eso.

Retrocedí un paso, sintiendo que me faltaba el aire.

—Pero si estabais a punto de casaros.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué…?

Isaac cerró los ojos un momento antes de mirarme de nuevo. En su mirada había algo que me revolvió por dentro.

—Porque la mujer de la que estaba enamorado —dijo lentamente— era de ti.

Mi mundo se detuvo.

—No… no digas eso.

—Es que es la verdad.

Negué con la cabeza, sintiendo una mezcla de vértigo y incredulidad.

—¿Desde cuándo?

Isaac soltó una risa sin humor.

—Desde el primer día que te vi. Desde que ella nos presentó.

Mi respiración se entrecortó.

—Eso no tiene sentido.

—Sí que lo tiene. Demasiado.

—Pero si casi ni nos hablábamos…Yo estaba empezando mi carrera de reportera en aquella horrible agencia y te pedía consejo. Y tú…me ignorabas

—Porque me obligué a hacerlo.

Me llevé una mano a la frente, tratando de procesarlo todo.

—¿Me estás diciendo que… que dejaste a mi hermana por mi culpa?

Isaac bajó la mirada.

—La dejé porque no podía casarme con una mujer… cuando en realidad estaba enamorado de su hermana.

El silencio se extendió como una herida abierta entre nosotros.

—Dios… —susurré.

Isaac dio un paso hacia mí.

—Intenté olvidarte. Te juro que lo intenté. Por eso me fui a Estados Unidos.

Su voz se quebró ligeramente.

—Me fui porque necesitaba poner un océano de distancia entre nosotros. Pensé que así se me pasaría. Que con el tiempo, me convencería de que solo fue un capricho.

Le sostuve la mirada, mi corazón latiendo con una fuerza brutal contra mis costillas.

—Pero no fue un capricho, ¿verdad?

Isaac negó con la cabeza.

—No.

El silencio volvió a llenarlo todo. Mis pensamientos eran un caos absoluto.

Podía sentir su amor.

Lo veía en la forma en que me miraba. En cómo me hablaba.

Me temblaban las manos cuando susurré:

—Isaac… esto… esto es demasiado.

Él se acercó otro paso.

—Lo sé.

—No sé qué hacer con esto.

—No tienes que hacer nada ahora —dijo suavemente—. Solo quiero que lo sepas. Que no dudes de lo que siento.

Mis ojos se volvieron a llenar de lágrimas.

—¿Eres consciente de la posición en la que me pone todo esto, no?

Isaac me tomó la cara entre sus manos y me obligó a mirarlo.

—Lo sé. Pero yo te quiero, Nadia.

Un sollozo tembloroso escapó de mi pecho.

Sus palabras debían ser música celestial y sin embargo eran un puñal.

Pero también eran todo lo que había querido oír.

—Te quiero —repitió, su frente apoyándose en la mía—. No espero que lo aceptes ahora. Solo quiero que tengas claro que esto no es algo pasajero para mí.

Cerré los ojos, sintiendo sus labios rozar los míos.

Y en ese momento, toda la culpa, toda la angustia, toda la confusión… se desvaneció.

Me aferré a su cuello, y sin pensarlo, lo besé con toda la desesperación que sentía dentro.

Isaac respondió de inmediato, envolviéndome entre sus brazos y profundizando en aquel beso.

Era un beso sin frenos.

Sin miedos.

Y sin vuelta atrás.

CAPÍTULO 26

No se me ocurrió ni por un momento que tal vez Isaac me había dicho exactamente lo que yo quería oír. No pude hacer otra cosa que creerle y amarle en consecuencia. Los pasos que estábamos dando en ese momento ya eran más que familiares y terminaban siempre en mi habitación, a los pies de mi cama.

Era como si no pudiéramos evitarlo.

—Por favor —susurré.

Isaac dejó asomar una sonrisa y justo después su lengua ya estaba entre mis labios. Sí, ahí abajo. Perdí la noción del tiempo, y cuando volví a ser consciente estaba de rodillas junto a mi cama y yo tumbada sobre ella, con las piernas abiertas y recibiendo su atención más íntima. A Isaac le encantaba practicarme sexo oral. Disfrutaba tanto que me extenuaba la posibilidad de tener aquello durante el resto de mis días.

Noté como él se desviaba un segundo de mi clítoris.

—Me estás provocando…—dije.

Él se detuvo y me miró, con la barbilla brillante y cubierta de mis propios jugos. Continuó paseando su lengua muy cerca pero no exactamente donde yo necesitaba. Me resigné a aquellos minutos extra de tortura, hasta que de repente se apiadó de mí. Mis caderas empezaron a moverse, acompasadas.

Isaac no mostró ninguna piedad, y en un momento dado sujetó mis nalgas para evitar que mi orgasmo llegase rápido. Quería controlar los tiempos. Y para mí propia sorpresa hasta que él no me dijo “córrete, Nadia”, mi cuerpo no explotó. Era alucinante. Era como si a cada día que pasara aquel hombre me estuviese domesticando.

Y aún así no se detuvo. La primera noche, en Toledo, Isaac parecía más que satisfecho con mi propio placer, pero pronto le había hecho saber que aquello no era suficiente para mí.

Quería mucho más de él.

Así que no se detuvo.

Siguió devorándome hasta que mi clítoris dejó de latir, se humedeció de nuevo y volvía a correrme. Esa segunda vez fue todavía más intensa, menos apresurada. Tanto que me agarré a las sábanas como si mis dedos fueran zarpas.

Esa vez no estaba preparada para aquella especie de descarga eléctrica.

—Isaac, te necesito dentro.

—Eres tan sexy….ni te lo imaginas.

Se deslizó por encima de mi cuerpo hasta que nuestros ojos quedaron a la misma altura. No sé en qué momento Isaac se había desprendido de sus calzoncillos. La cuestión es que estaba allí, sobre mí, abriéndose camino entre mis pliegues encharcados y expectantes.

Ya sentía su enorme sexo presionando en mi entrada. Me revolví, tratando de que nuestros cuerpos encajasen de una vez por todas.

—Por favor, Isaac, lo necesito mucho…ya.

Se deslizó dentro de mí con un solo movimiento, certero y profundo. Su cabeza cayó un poco

y nuestras frentes se quedaron la una contra la otra.

—Se siente tan bien…—murmuró entre dientes—. Dios, Nadia, no quiero hacer otra cosa que no sea hacer que te corras, una y otra vez, para siempre.

—Creo que en algún momento nos entraría hambre…

Se rio.

—¿Lo quieres rápido? ¿O lento?

Las dos opciones sonaban muy tentadoras, pero en ese momento sentí que el deseo me consumía. Siempre decíamos que "ya tendríamos tiempo para hacer las cosas más despacio en otro momento", pero la verdad era que siempre nos devorábamos como si el planeta fuese a extinguirse al día siguiente.

—Hazlo rápido y duro —le dije.

Poco a poco, además, me iba atreviendo a decirle exactamente a Isaac lo que deseaba. Él se revolvió un poco y empezó a dármelo, a entrar y salir de mi cuerpo como si siempre hubiese sido así.

Como si siempre hubiésemos sido nosotros y no ella.

Ese flash, mi hermana Sofía, cruzó mi mente en el momento menos oportuno, cuando me acercaba otra vez a ese abismo de placer.

Pero yo me había convertido en una experta a la hora de apagar esos pensamientos.

Me concentré en la manera en que Isaac se movía dentro de mí. Me llenaba de una forma tan intensa que lo único que podía hacer era rodearlo con mis piernas y disfrutar de aquel precioso viaje.

Con cada pequeña invasión Isaac estimulaba mi punto G y lo revolucionaba como si tuviese un pequeño motor ahí dentro. Era tan distinto a cuando me había explorado yo misma… mucho más intenso y perfecto.

—No voy…a durar mucho…a este ritmo —jadeó Isaac.

Entonces me atreví a decírselo:

—Quiero que te corras dentro de mí. Muy profundo. Por favor, Isaac, dámelo ya.

—Ughhh, Nadia. Me encanta cuando hablas así. Cuando me lo exiges…

Sus caderas aumentaron su ritmo, sin piedad sobre mí. Entonces sentí como algo se derramaba en mi interior y sus ojos se cerraron para recrearse en su propio éxtasis. Y entonces yo me caí por el mismo precipicio. Creo que gritaba su nombre al mismo tiempo que mi carne se contraía alrededor de la suya y extraía hasta su última gota de elixir.

—Mi Nadia, preciosa y perfecta — me dijo, cuando empezaba a recuperar el aliento. Retiró algunos mechones de pelo de mi cara encendida y seguramente enrojecida—. Puedo decir, sin ninguna duda, que esto ha sido lo más increíble que me ha pasado. Aquí. Ahora mismo.

—¿Crees que deberíamos intentar…superarlo, o tendríamos que dejarlo aquí? —le pregunté, medio en broma medio en serio, con los ojos muy abiertos.

—Esto acaba de empezar. Imagina las cotas de perfección que podemos alcanzar…si seguimos practicando. Yo estoy dispuesto a esforzarme.

—Yo también. Me quedo a tu lado, Isaac. No tengo la menor idea de lo que va a pasar. Solo sé que estoy aquí ahora, y que no querría estar en ningún otro sitio más que a tu lado —susurré, mientras Isaac se acurrucaba alrededor de mis curvas.

Nos quedamos dormidos un buen rato, como si no necesitásemos más alimento que el cuerpo y la respiración del otro.

Y eso mitigó mis pesadillas, las mismas que volverían a visitarme en cuanto Isaac se fuese.

Con eso también estaba dispuesta a convivir.

CAPÍTULO 27

Llevaba días sintiéndome extrañamente liviana. Como si, por primera vez en mucho tiempo, simplemente estuviera dejando que las cosas sucedieran sin analizarlas hasta la extenuación.

Isaac y yo seguíamos viéndonos, buscándonos, perdiéndonos en cada encuentro como si cada noche pudiera ser la última.

Pero no hablábamos del futuro.

Ni una sola vez.

Había una parte de mí que se aferraba a esa burbuja, que me decía que seguir adelante sin hacer preguntas era lo mejor. Que pensar en lo que esto significaba solo me traería problemas.

Pero entonces, esa otra parte de mí gritaba que esto no era algo pasajero.

Y esa parte fue la que me llevó a llamar a Serena.

—¿Te viene bien jugar mañana? —le pregunté el miércoles por la tarde.

—Perfecto. A ver si espabilas, porque últimamente te noto floja en la pista.

Reí.

—Tendrás que ganarme para demostrarlo.

—Hecho.

Sabía que con Serena nunca hacía falta dar explicaciones. Si era yo quien le pedía que jugáramos, ella ya sabía que necesitaba hablar.

El jueves, el partido estuvo reñido. No porque yo estuviera especialmente concentrada, sino porque Serena, con su olfato infalible, no dejaba de estudiarme desde el otro lado de la red.

Esperó hasta el final. Hasta que las raquetas descansaron sobre el banco y nos habíamos dejado caer en el suelo para recuperar el aliento y beber té helado.

—Vale —dijo de repente—. Suelta lo que sea que me vas a contar.

Inspiré hondo.

No sabía por dónde empezar.

—No te rías —advertí.

—Nunca me río de tus dramas; Nadia. De hecho son para llorar.

Solté una carcajada nerviosa y me pasé una mano por la cara.

—Es Isaac.

Serena arqueó una ceja.

—Obviamente.

Suspiré.

—No es lo que piensas.

—¿Ah, no? —Se inclinó hacia mí—. Porque lo que yo pienso es que te lo estás tirando.

Tragué saliva.

—Mira… ojalá fuera solo eso.

—Así que te lo estás tirando. Jo-der.

Serena entrecerró los ojos.

—¿Desde cuándo?

—Desde Toledo.

—Lo sabía.

—No, no lo sabías. Nadie podía saberlo.

—Claro que sí. En cuanto me enteré de que fuiste a Toledo con él y no se lo dijiste a tu madre ni a tu hermana…

No pude evitar sonreír.

—Bueno… pues sí. Pero al menos me sirvió para descubrir que no era solo un capricho ridículo y un poco obsceno.

Serena me miró con intensidad.

—¿Y qué es entonces?

La pregunta me golpeó como un pelotazo en el pecho.

—No lo sé —murmuré—. Han pasado casi dos semanas… y el tema es que nos vemos casi todas las noches. No hemos hablado de lo que somos, ni de qué pasará después… pero lo que hay ahora me hace feliz. Y supongo que no podía mantener el pico cerrado durante más tiempo. Al menos contigo. A ti no puedo ocultarte algo así…

Serena me observó en silencio.

Sabía lo que iba a decir antes de que abriera la boca.

—Estás enamorada.

Lo negué de inmediato.

—No sé si…

—Nadia.

—No es tan simple.

—Nunca es simple.

Bajé la mirada.

—No sé cómo pasó. No sé en qué momento dejé de luchar contra esto.

—¿Y te compensa? Porque eso es lo único que debe preocuparte ahora mismo—preguntó en voz baja.

Sentí un nudo en la garganta.

—Sí.

Serena me sostuvo la mirada.

—¿Incluso sabiendo que puede acabar mal?

Ahí estaba. La pregunta a la que no quería enfrentarme.

Aparté la vista.

—Es que si pienso en todo lo que puede salir mal… no haría nada en mi vida.

—Esa es una respuesta a medias.

Suspiré, frotándome las sienes.

—El tema es que no sé si esto tiene futuro. No sé si él y yo podemos funcionar más allá de lo que está pasando ahora mismo. Pero de lo que sí estoy segura es que no quiero alejarme de él.

Serena se tumbó sobre la pista.

—Vale. Dejando de lado el pequeño detalle de que trabajas con él y lo tienes que ver a todas horas, ¿qué pasa con Sofía?

Cerré los ojos.

—Eso es lo peor de todo. Ella no sabe nada.

Serena dejó escapar un suspiro.

—Nadia, me conoces. No soy de dar lecciones morales. Pero si sigues adelante con esto, en

algún momento vas a tener que decírselo.

Me quedé en silencio, acusando el peso de sus palabras.

—No puedo decírselo —susurré—. No todavía.

—Vale. Pero no puedes esconderlo para siempre. ¿Sabes lo pequeña que es esta ciudad en el fondo? Podría veros al doblar cualquier esquina. Tomando algo en un bar. Yo misma me la encontré hace unos días, y menos mal que no metí la pata.

—Lo sé.

—Y tampoco puedes mentirte a ti misma.

Mi garganta se cerró.

—No lo hago.

Serena sonrió con tristeza.

—Sí lo haces. Porque estás aterrada. Y cuando te quites esta losa de encima saldrás volando.

No respondí.

—¿Quieres saber lo que yo creo? —preguntó.

—¿Tengo opción?

—Ninguna.

Suspiré, resignada.

—Dime.

Serena se acomodó en el suelo, cruzando las piernas.

—Yo creo que llevas años reprimiendo lo que sientes por Isaac. Que cuando lo viste de nuevo intentaste convencerte de que solo era atracción, pero en realidad nunca has podido ser indiferente con él. Y ahora que lo tienes cerca, que puedes tenerlo sin obstáculos… no sabes qué hacer.

No dije nada. Porque tenía razón.

—Y también creo —continuó— que en el fondo, aunque no lo admitas, quieres que esto sea algo más. No es una simple espinita clavada. Es algo muy real. Y acabas de darte de bruces con esa realidad.

Me removí, incómoda.

—Serena…

—No pasa nada por quererlo, Nadia. Además, yo creo que ya ha pasado un tiempo prudencial de todo aquello. El problema es lo que vas a hacer tú.

Volví a quedarme en silencio.

Ella suspiró.

—Mira, puedo intentar averiguar qué pasa con Sofía y Jorge. Si la relación con él va en serio o no. Pero insisto: lo importante aquí no es Sofía. Eres tú.

Eso me sorprendió.

—¿Yo?

—Sí. Porque lo que tienes que decidir es si te permites esto. Si, más allá de lo que tu hermana pueda pensar o de lo que pueda pasar en el futuro… tú te permitirías ser feliz con él.

Tragué saliva.

—No lo sé.

Serena me sostuvo la mirada.

—Pues empieza a pensarlo. Porque lo que sea que tienes con Isaac… no va a quedarse en este limbo para siempre.

Y lo supe en ese momento.

Era verdad. No podría vivir eternamente en la burbuja.
No podría seguir escapando de lo inevitable.

CAPÍTULO 28

El viernes por la mañana, la redacción estaba más bulliciosa de lo habitual. Todo el mundo parecía ir con prisa, como si de repente hubieran recordado que el cierre de la edición del sábado estaba a la vuelta de la esquina.

Yo trataba de concentrarme.

Solo tenía que dar los últimos retoques al reportaje sobre el caso Soria.

Tal vez estaba mal que yo lo dijese, pero era un trabajo impecable. Isaac y yo habíamos recopilado una cantidad impresionante de información en Toledo y en los días posteriores, así que el análisis del caso nos había llevado más tiempo del esperado. Pero al fin estaba terminado. Era un artículo sólido, preciso, y lo más importante: impactante. Y era el primero que firmábamos los dos juntos.

Aún así, quería una segunda opinión sobre mi parte antes de enviarlo a edición.

—Ventura, ¿tienes un minuto?

Mi compañero, que estaba sumido en sus propios textos, levantó la vista con una expresión de agotamiento.

—Si es para invitarme a un café, siempre.

—Es para que leas esto. Es lo del caso Soria. Mira, te lo imprimo y te lo pongo en bandeja, ¿eh? Para que no te quejes.

Ventura suspiró y tomó las páginas que le tendía.

—Espero que valga la pena.

Se acomodó en su silla y empezó a leer. Me crucé de brazos y esperé, observando cada gesto que hacía mientras pasaba de página.

Cuando terminó, asintió con una media sonrisa.

—Está muy bien. Es conciso, pero mantiene el ritmo. Y los datos que incluyes sobre las irregularidades en la investigación inicial… eso va a levantar ampollas.

—¿Crees que deberíamos reforzar algo más?

Ventura se pasó una mano por la barba, pensativo.

—Quizás podrías añadir una pequeña reflexión al final. Algo sobre cómo este caso es un reflejo de lo que pasa cuando la justicia se deja influenciar por la opinión pública. Pero más allá de eso, está perfecto. Felicidades, tía.

Sonreí.

—Gracias.

Él dejó los papeles sobre la mesa y me miró con curiosidad.

—Debe haber sido interesante trabajar con Isaac en esto.

—Sí. La verdad es que lo ha sido.

Ventura arqueó una ceja.

—A mí también me gustaría trabajar con él en algún tema. Quiero decir, Isaac es toda una institución en el mundo de los sucesos y tiene tantos contactos... Pero al mismo tiempo salta a la vista que tiene un estilo diferente. Más…

—Meticuloso —interrumpí, con un asentimiento.

—Sí. Y además, tiene olfato. Sabe cuando hay más de lo que parece en una historia.

Sonreí.

—Sí, eso es cierto.

Fue entonces cuando Isaac pasó por allí de camino a su despacho.

No se detuvo, pero nuestras miradas se cruzaron por un instante.

Una fracción de segundo.

Suficiente para que Ventura lo notara.

Cuando Isaac desapareció por el pasillo que conformaban las mesas de sucesos, se giró lentamente hacia mí con una expresión de bomba contenida.

—Vale.

—¿Vale qué?

—Que vuestra relación ha mejorado bastante, ¿no? Teniendo en cuenta que el primer día casi le tiras una grapadora a la cabeza.

Me tensé de inmediato.

—No sé de qué hablas. Me he acostumbrado a su presencia, eso es todo. Aunque me joda reconocer que es un gran periodista.

Ventura sonrió, inclinándose sobre la mesa y me susurró:

—Nadia… no soy tonto.

—Nunca he dicho que lo fueras.

—Pues entonces no me tomes por idiota, ¿ok?

Aparté la vista, sintiendo el calor subir por mi cuello.

—Solo nos llevamos un poco mejor que al principio, ¿vale? —dije con fingida indiferencia.

Ventura dejó escapar una de sus risas icónicas.

—Claro. Y yo soy el director del periódico.

Me giré de nuevo hacia la pantalla de mi ordenador.

—Déjalo, ¿quieres?

Pero Ventura no parecía dispuesto a hacerlo.

—Si quieres que te deje en paz, al menos dime la verdad.

—¿Qué verdad?

Se inclinó y bajó la voz para que nadie nos oyese.

—La verdad sobre lo que está pasando entre tú e Isaac.

—No está pasando nada.

Ventura suspiró con exageración.

—Tú nunca has sido buena mintiendo.

Me mordí el labio, sin saber qué responder.

Él me estudió por un momento y luego se inclinó un poco más hacia mí, bajando la voz.

—Escucha… te digo esto porque me caes bien. Y llevas siglos aquí sentada a mi lado como un pasmarote. Pero que lo sepas: por aquí hay rumores.

Creo que di un respingo.

—¿Qué rumores?

Ventura hizo un gesto vago con la mano y señaló el artículo.

—Sobre el viaje a Toledo.

Tragué saliva.

—Sabes perfectamente que fuimos para hablar con el fiscal del caso Soria —señalé también

los papeles que le había impreso—. Y por fin nuestro trabajo sale mañana.

—Ya, pero yo solo te digo que la gente habla.

Me crucé de brazos.

—¿Ah, sí? La gente habla. ¿Y qué dice la gente exactamente?

Ventura dudó un segundo antes de responder.

—Pues por ejemplo Belén me preguntó el otro día por qué os habíais quedado a dormir allí. Dijo que podríais haber vuelto el mismo día. Que la reunión con el fiscal fue a mediodía.

Un escalofrío me recorrió la espalda.

No debería haberme sorprendido. Belén siempre estaba atenta a los cotilleos de la redacción. Pero que la gente estuviera cuestionando el viaje, cuando ya hacía más de una semana que habíamos vuelto… eso era peligroso. Me había estado preocupando de lo que pensaría mi hermana si me enterase de que estaba liada con su ex prometido y había pasado por alto a todos nuestros compañeros en la redacción.

—Empezamos a trabajar en el artículo enseguida. Allí mismo. ¿Tú qué le dijiste?

—Pues la verdad. Que no tenía ni idea.

Solté un suspiro.

—Gracias.

Ventura me observó con detenimiento.

—No me gusta decirte esto, pero… si hay rumores, es cuestión de tiempo que lleguen a los oídos de alguien que pueda tomárselo mal. Del capo máximo, por ejemplo. O de…

—Lo sé —susurré.

Ventura apoyó los codos sobre la mesa.

—Mira, Nadia, a mí me la traen al pairo los cotilleos. Me da exactamente igual lo que hagáis fuera de aquí. Si de verdad no hay nada entre vosotros, esto se apagará solo. Pero si lo hay… ten cuidado, ¿vale?

Lo miré, sintiendo una punzada de incomodidad.

Ten cuidado.

Quise preguntarle qué significaba exactamente, pero no me atreví.

Así que simplemente asentí.

—Lo tendré.

Ventura sonrió con cierta resignación y se puso de pie.

—Y ahora me voy a por un café. Si quieres salvarte de este desastre en el que te estás metiendo, ya sabes dónde encontrarme.

Le guiñé un ojo.

—Gracias, pero creo que puedo manejarlo.

Él soltó una carcajada.

—Eso ya lo veremos.

Y con una última mirada de complicidad, se alejó.

Me quedé allí, pensando en aquella revelación. En los cotilleos típicos de la oficina, en Belén, en el dichoso viaje a Toledo…

No era ninguna estúpida. Sabía que estaba jugando con fuego.

Pero aún así… las cosas seguían sin arder.

Y yo sin explotar.

CAPÍTULO 29

El reportaje por fin estaba en imprenta. Después de casi dos semanas de trabajo, de viajes, entrevistas, de notas garabateadas a última hora y de discusiones sobre cada frase, finalmente estaba hecho.

Isaac y yo nos habíamos cruzado una mirada de satisfacción cuando terminamos de revisarlo por última vez. Un trabajo impecable, sólido. Algo de lo que estar orgullosos. Nuestro primer texto juntos.

—Esto hay que celebrarlo —dijo él, apoyándose en el borde de mi mesa.

Estábamos casi solos en la redacción. Los viernes a partir de la una aquello empezaba a vaciarse sin que apenas te dieras cuenta. Sonreí, todavía con la sensación de adrenalina en el cuerpo.

—Me parece bien.

—¿El sitio de siempre? Tengo hambre.

Negué con la cabeza, casi sin pensarlo.

—No. Vamos a otro sitio.

Isaac frunció el ceño. Era un hombre de rutinas fijas.

—¿Otro sitio?

—Sí. ¿Por qué no?

Él me miró con curiosidad, como si tratara de descifrar mis razones, pero al final se limitó a asentir.

—Vale. Entonces elige tú. Sorpréndeme.

Y lo hice.

Lo llevé a un restaurante en una calle pequeña y tranquila, lejos de la redacción. No era un sitio lujoso ni especialmente conocido, pero tenía buen ambiente y, lo más importante, era un lugar donde era poco probable que nos encontrásemos con alguien del periódico.

Cuando insistí en que nos sentáramos en una mesa lejos de la ventana, Isaac apoyó los codos sobre el mantel y me miró con esa expresión intensa que siempre me ponía nerviosa.

—¿Vas a decirme por qué no hemos ido al sitio de siempre?

Suspiré y bajé la vista a la carta, aunque ya sabía qué quería pedir.

—Es que Ventura me ha dicho algo hoy.

—¿Ventura?

—Sí.

Isaac se echó hacia atrás en la silla, como si ya imaginara por dónde iban los tiros.

—Déjame adivinar. ¿Algo sobre nosotros?

Asentí.

—Me dijo que hay rumores. Que Belén le preguntó por qué nos quedamos a dormir en Toledo si podríamos haber vuelto el mismo día.

Isaac se pasó una mano por la mandíbula, pensativo.

—¿Y él qué le respondió?

—Que no tenía ni idea.

—Bien.

Lo miré con incredulidad.

—¿Bien? ¿Eso es todo lo que vas a decir?

Isaac me sostuvo la mirada con calma.

—¿Qué quieres que diga, Nadia?

—Que es un problema.

Él se inclinó un poco hacia mí, bajando la voz.

—No. No es un problema.

Me pasé una mano por el pelo, frustrada.

—Isaac, claro que lo es. La gente va a pensar que me llevaste a Toledo porque hay algo entre nosotros.

—Pues que piensen lo que quieran.

Bufé.

—No es tan fácil.

—Sí lo es.

—No lo es —insistí—. Tú eres mi jefe.

Isaac frunció el ceño.

—Soy el jefe de la sección, sí. Pero eso no significa que esto esté mal.

—Claro que lo está. A ojos de los demás lo está —murmuré—. Tú tienes una posición de poder.

Él dejó escapar un suspiro.

—Nadia, yo no te he ascendido de ninguna manera. Yo no subo los sueldos. No te di el reportaje porque quisiera acostarme contigo, sino porque eres una buena periodista. Todos lo saben y nadie podría rebatirlo. No te trato de forma diferente al resto del equipo.

—Lo sé. Pero…

Isaac apoyó las manos sobre la mesa.

—Pero nada. No estamos haciendo nada malo.

Aparté la vista hacia la ventana del fondo, sintiendo que el agobio se hacía más fuerte en mi pecho.

—Y encima está lo de Sofía…

Isaac se quedó en silencio unos segundos.

—Sé que te preocupa tu hermana.

Me mordí el labio con fuerza.

—Es que es todo demasiado complicado.

Isaac alargó una mano y la puso sobre la mía. Ese simple contacto me estremeció.

—Nadia, escúchame.

No me atreví a mirarlo.

—Por favor.

Respiré hondo y levanté la vista.

Y ahí estaba él. Tan seguro. Tan decidido.

—Me da igual lo que piense la gente. Me da igual lo que digan en la redacción. Me da igual todo eso.

Tragué saliva.

—Isaac…

—Voy en serio.

Mi corazón se aceleró.

—¿Qué significa eso?

—Ya te lo dije el otro día. Que no estoy jugando. Que no quiero que esto sea algo pasajero.

El nudo en mi estómago se hizo más grande.

—Pero… no sabemos qué es esto.

—Yo sí lo sé.

Mi respiración se volvió más entrecortada.

—Tú siempre tienes tan claro todo…

—No. Con muchas cosas he dudado. Pero contigo nunca.

Cerré los ojos por un instante, sintiendo que todo mi mundo se tambaleaba.

—No sé qué hacer, Isaac.

Él apretó mi mano con suavidad.

—Es que no tienes que hacer nada. Solo estar conmigo.

Era tan fácil decirlo.

Tan difícil hacerlo.

—No quiero hacer daño a Sofía —susurré.

Isaac asintió lentamente.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—Pues claro. Pero sabes que no me corresponde a mí hablar con ella. No tengo derecho a aparecer de nuevo en su vida, así, de una forma tan directa.

Entendía su postura. Él no tenía el mismo grado de implicación que yo. Pero en sus ojos había algo más. Algo que me decía que, aunque lo entendiera, no estaba dispuesto a renunciar a esto.

A mí.

A nosotros.

—No tienes que decidir nada ahora —dijo en voz baja—. Pero quiero que sepas lo que siento. Te lo repetiré todas las veces que sean necesarias.

Respiré hondo, tratando de calmar el torbellino en mi interior.

El camarero llegó en ese momento con nuestra comida, y ambos nos apartamos como si nada hubiera pasado.

Pero algo sí había pasado.

Y no podía seguir ignorándolo.

Comimos en silencio durante un rato, pero mi mente no dejaba de dar vueltas. Cada vez que Isaac me miraba de esa forma, con la seguridad de alguien que tenía claro lo que quería, sentía que una parte de mí se rendía. Pero la otra parecía gritar que esto no podía terminar bien.

No se trataba solo de los rumores en la redacción ni de la posición de Isaac. Se trataba de mí. De cómo cada día que pasaba con él me volvía más vulnerable, más dependiente de aquel cóctel de hormonas que me gobernaba. Me asustaba lo mucho que lo quería, lo rápido que había bajado todas mis barreras. Y sobre todo, me aterraba el daño que podía hacerle a Sofía. Lo que pensaría mi madre.

Podía engañarme todo lo que quisiera, pero sabía que llegaría el momento en que tendría que elegir. Y la idea de tener que tomar una decisión radical se me clavaba en el pecho como un puñal. Porque, tal vez, la única forma de evitar el desastre era cortar esto de raíz antes de que

fuera demasiado tarde. Antes de que me rompiera por completo.

CAPÍTULO 30

El domingo llegó con una pesadez que sentía en todo el cuerpo. Después de dos días de darle vueltas a todo en la soledad de mi apartamento, estaba agotada. Mi cabeza era un torbellino y mi corazón, un campo de batalla arrasado.

Había llegado a la conclusión de que esto no podía seguir así. Que seguir con Isaac era, en el mejor de los casos, una imprudencia y, en el peor, una traición.

Pero, ¿cómo se suponía que iba a alejarme de él cuando cada parte de mí lo deseaba? ¿Podía, al menos, posponer un poco mi decisión hasta que me encontrase un poco mejor? Él me había dicho un montón de veces que no tenía que tomar una decisión *ahora*. Pero entonces, ¿cuándo?

Nunca es un buen momento para poner tu vida patas arriba.

Suspiré mientras caminaba hacia la casa de mi madre. No podía seguir huyendo. Necesitaba ver a Sofía, aunque solo fuera para convencerme de que aún tenía una oportunidad de hacer las cosas bien.

Cuando llegué sobre la una y media, mi madre ya tenía la mesa puesta y el aroma de su asado flotaba en el aire, envolviendo el hogar en ese calor familiar de siempre. Nada más cruzar la puerta, me fijé en algo extraño sobre la mesa del salón.

Un ejemplar del sábado de *Capital* descansaba abierto, en una página que reconocí al instante.

Mi texto.

El reportaje en el que Isaac y yo habíamos estado trabajando sobre el caso Soria.

Sentí un nudo en el estómago antes de que pudiera preguntarme quién lo había dejado ahí. Aunque sabía muy bien que mi madre hacía años que no compraba el periódico para leer mis textos. Como mucho, a veces los miraba en Internet.

—Mira quién ha llegado —dijo mi madre desde la cocina—. Justo a tiempo, la comida está casi lista.

Me esforcé en sonreír mientras dejaba mi bolso en una silla.

—Huele genial, mamá.

Pero antes de que pudiera decir algo más, Sofía apareció en el umbral del salón. Fue directamente hacia la mesa y cogió el periódico. Estaba más que claro que lo había traído ella.

—He leído tu reportaje —dijo, mirándome fijamente—. Está muy bien escrito.

—Gracias —respondí, tratando de sonar lo más neutral posible.

Pero no era un simple cumplido. Sofía no me estaba felicitando. Me estaba estudiando.

Pasó una página del periódico con lentitud y, sin apartar la vista de mí, señaló la firma al final del artículo.

—Lo has escrito con Isaac, ¿no?

El aire se volvió casi irrespirable de repente.

Mi madre, que venía desde la cocina con una fuente en las manos, se detuvo en seco.—¿Isaac? —preguntó, con el ceño fruncido.

—Sí —contestó Sofía, sin apartar la vista de mí—. Lo han firmado los dos. Es lo que pone

aquí.

Mis labios se entreabrieron, pero no conseguí decir nada. No lo había previsto. No había pensado en esto.

Mi madre dejó la fuente sobre la mesa con más ímpetu del necesario.

—¿Desde cuándo trabajas tan estrechamente con él?

Me pasé la lengua por los labios secos.

—Desde hace un par de semanas. Coincidimos en algunos reportajes.

Sofía ladeó la cabeza.

—¿Y fuiste a Toledo con él?

Mi corazón dio un vuelco.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque firmaste el reportaje. Y sé que fuiste a Toledo para cubrir esa parte del caso.

El silencio se extendió como una mancha de tinta.

Mi madre cruzó los brazos.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

Mi pulso se disparó. Me sentía atrapada.

—Porque no era importante —mentí—. Fue solo un viaje de trabajo. Y creí que sería problemático que lo supieseis.

—Pero pasaste la noche allí —insistió Sofía—. No volvisteis el mismo día.

Medí con cuidado mis palabras. No podía apartar la vista de su expresión inquisitiva.

—Nos quedamos porque teníamos que escribir parte del reportaje allí mismo —intenté sonar natural—. No era nada más.

Pero mi madre y mi hermana se miraron entre sí. Algo en la atmósfera había cambiado y había que estar muy ciega para no darse cuenta.

Sofía entrecerró los ojos, como si estuviera viendo a través de mí. Mi hermana era muy intuitiva; y no solo eso, sino que además se fiaba al cien por cien de lo que le dictaba su intuición.

—¿Seguro?

Me costaba respirar. Quería salir corriendo.

Mi madre frunció el ceño. Se cruzó de brazos.

—No me gusta que nos ocultes cosas, Nadia. Siempre nos hemos contado todo. Tendrías que haberme dicho que fuiste con él.

Me mordí la mejilla por dentro.

—No os estoy ocultando nada. No le di más importancia porque es solo trabajo. Eso es todo —mentí de nuevo.

Pero lo sentí. Sentí que Sofía empezaba a sospechar.

Y no podía soportarlo.

—Voy a por un poco de agua —murmuré, alejándome antes de que pudieran detenerme.

Crucé el pasillo con tres zancadas rápidas y entré en el baño. Cerré la puerta y apoyé las manos en el lavabo. Me miré al espejo y vi a una persona completamente distinta.

No era la Nadia segura de sí misma que entraba en la redacción con la cabeza alta. No era la mujer decidida que desafiaba a Isaac en cada discusión.

Era una impostora.

Una mentirosa.

Y lo peor era que lo estaba haciendo con las dos personas que más me importaban en el

mundo.

Respiré hondo varias veces, tratando de calmar el pánico que me estaba recorriendo el cuerpo. No podía seguir así.

No podía seguir engañando a mi hermana.

Y, sin embargo, no podía alejarme de Isaac.

Aquello no iba a terminar bien.

Pero ¿cómo podía evitarlo, cuando todo lo que quería era volver a verle?

Cuando finalmente volví al salón, mi madre y Sofía estaban sirviendo la comida. Fingí una sonrisa y me senté en la mesa. Pero algo había cambiado.

La desconfianza estaba ahí. Servida, como los manjares de mi madre.

Y tarde o temprano, la verdad saldría a la luz.

CAPÍTULO 31

El silencio en la mesa fue casi insoportable. Mastiqué cada trocito del asado de mi madre con dificultad, como si la comida se me atascara en la garganta. El aire pesaba en el comedor, y por más que tratase de concentrarme en los ruidos cotidianos—el tintineo de los cubiertos, el murmullo del televisor en el fondo, el crujir del pan al romperse—no podía evitar la sensación de estar sentada sobre una bomba que estaba haciendo tic-tac.

Sofía apenas hablaba y mi madre intentaba llenar los vacíos con comentarios triviales.

—Raquel dice que cada vez vienen menos clientas al salón —dijo en un momento, sirviéndose más vino—. La gente se está apretando el cinturón.

Asentí sin mirarla.

—Sí… tiene sentido.

Sofía, en cambio, permanecía callada. Empujaba la comida en su plato con el tenedor, pensativa, como si no tuviese apetito. Sabía que quería decir algo. Que tenía preguntas que no había hecho antes de sentarnos a la mesa..

—¿Y tú? —preguntó de pronto, alzando la mirada hacia mí.

Tragué saliva.

—¿Yo qué?

—¿Por qué no nos contaste lo de Toledo antes?

Mi madre me miró de reojo.

—Ay sí, hija. No es que tengas que rendirnos cuentas, pero… nos sorprendió enterarnos así.

Intenté mantenerme tranquila. Volví a repetir mi raquítico discurso:

—Fue un viaje de trabajo, nada más. Habéis visto el reportaje, ¿no?

Sofía dejó el tenedor en el plato con un pequeño golpe.

—¿Nada más?

Aquello empezaba a ser absurdo.

Sabía que no me creía

Y también sabía que tenía que salir de ahí antes de que me presionaran más.

Me levanté con cuidado.

—Tengo que irme —anuncié, agarrando mi bolso.

—¿Tan pronto? —preguntó mi madre.

Asentí.

—Sí. Tengo cosas que hacer. Está delicioso, mamá…

Besé a mi madre en la mejilla y apenas sostuve la mirada de Sofía antes de salir por la puerta.

Huí.

No podía seguir así. Había llegado a mi límite.

El camino hacia el apartamento de Isaac se me hizo eterno. Cada paso me acercaba a una conversación que no quería tener.

Pero tenía que hacerlo. Así que me fui directa a verlo.

Cuando llamé a su puerta, apenas tardó unos segundos en abrir.

—Nadia —sonrió al verme, pero en cuanto notó mi expresión, su sonrisa desapareció—. ¿Qué pasa?

Mi pecho se oprimió.

—Tenemos que hablar.

Entré sin esperar a que me invitara y me crucé de brazos, buscando fuerzas para decir lo que tenía que decirle.

—¿Qué ocurre? —preguntó cerrando la puerta detrás de mí.

Tomé aire y lo solté, despacio pero firme:

—Esto… lo nuestro… tiene que terminar.

Isaac parpadeó, como si no hubiese escuchado bien.

—¿Cómo?

—Mi hermana sospecha. Ha visto el reportaje del caso Soria y sabe que está firmado por los dos. Ha atado cabos sobre lo del viaje a Toledo y le he tenido que decir que fui contigo —solté rápidamente, como si decirlo rápido doliera menos—. Y mi madre también. Y no puedo seguir con esto. Estoy agobiadísima.

Isaac se pasó una mano por el pelo y se apoyó en la mesa.

—¿Es por ellas o por ti?

Su pregunta me desarmó.

—Por todo —dije, con la voz tensa—. No quiero que Sofía se entere y me odie. No quiero que mi madre me mire decepcionada. No quiero ser la persona que se carga la confianza de mi hermana.

Él me observó en silencio durante unos segundos.

—Ven. Iba a salir a dar una vuelta justo antes de que llegases. Vamos a dar un paseo, ¿quieres?

Suspiré.

—Isaac, no va a cambiar nada…

—Solo camina conmigo un rato, por favor.

Supe que si me negaba, me quedaría con la sensación de que había hecho algo mal. Así que asentí y salimos juntos.

El aire fresco del parque nos envolvió mientras caminábamos por los senderos de grava. Era una tarde soleada, pero dentro de mí todo estaba nublado.

—No tienes que tomar una decisión ahora mismo. Deja que las cosas se enfríen —dijo Isaac después de un rato.

Lo miré de reojo.

—Ya la he tomado.

—No si lo estás haciendo por miedo.

Me detuve en seco.

—¿Crees que es solo miedo? ¿Que no hay razones reales para preocuparme?

Él también se detuvo y se volvió hacia mí.

—Creo que nos estamos haciendo daño a nosotros mismos.

Bajé la mirada.

—No quiero perder a mi hermana, Isaac.

Él exhaló con fuerza y me tomó suavemente la barbilla para que lo mirara.

—¿Y si no la pierdes? ¿Y si la subestimas? Han pasado cinco años de aquello. Cinco.

—No me hagas esto… —susurré, con la garganta cerrada.

—Te amo, Nadia.

Cerré los ojos. Esas palabras me atravesaron como una flecha.

—Isaac…

—Si necesitas tiempo, te lo daré. Pero no quiero que tomes una decisión por pánico, en caliente.

Abrí los ojos y lo miré, sintiendo que todo dentro de mí se rompía. Y entonces le conté mi plan:

—He decidido que voy a tomarme un tiempo lejos de aquí. Voy a irme.

—¿Cómo?

—Voy a pedir un mes de permiso en el trabajo y necesito que me lo pongas fácil y me cubras en la redacción —dije, tragando saliva—. Necesito espacio. Y no quiero tener que dar explicaciones a mis compañeros por una decisión repentina.

Él me miró fijamente y asintió lentamente.

—Si eso es lo que quieres…

—Lo es —mentí.

No sabía lo que necesitaba. Solo quería huir.

—¿Dónde irás?

—No tengo ni la menor idea.

Y aunque lo supiera, tampoco podría decírtelo.

Volvimos en silencio al portal de su casa. Cuando entramos, el ambiente estaba cargado de despedida definitiva.

Subí a su casa a buscar mi abrigo e Isaac insistió de nuevo en bajar conmigo para despedirse. Le había dicho que no iba a ir a la redacción esa semana y le pareció bien. Terminaría en casa el siguiente texto sobre el caso Manjón, que se había quedado un poco en el aire porque las investigaciones policiales no avanzaban después de que tuviesen que soltar al sospechoso que habían detenido.

Y después me iría unas semanas.

—Gracias por entenderlo —le dije, haciendo un soberano esfuerzo por tragarme las lágrimas.

—No me gusta, Nadia. Pero lo entiendo.

Nos miramos durante unos segundos y, antes de que pudiera reaccionar, él me abrazó.

Y lo hizo fuerte. Como si quisiera grabar mi presencia en su piel.

—Te voy a esperar, ¿vale?

No contesté. Me desprendí de su abrazo y le di la espalda, luchando a brazo partido con mis sentimientos.

Estaba en guerra conmigo misma, pero la buena noticia era que estaba dispuesta a ganarla.

CAPÍTULO 32

Ojalá pudiese decir que el día terminó ahí, justo en el vértice anterior a mi gran remontada, a mi huida hacia delante para luego regresar como nueva. Pero no fue así.

Eran las diez de la noche y estaba en casa, por fin. Me asomé un momento a la ventana y eché un vistazo.

La noche envolvía Madrid con un manto de sombras, silenciosa y densa, como si la ciudad entera contuviera la respiración. Di la espalda al mundo y volví a sentarme. Desde mi escritorio, con una taza de té a medio terminar enfriándose a un lado, deslizaba el dedo sobre el ratón, y este a su vez por el mapa del Mediterráneo que había desplegado en la pantalla.

Buscaba mi próximo destino.

Italia.

Alguna isla griega.

Malta.

Quizás la costa andaluza.

Quería un lugar frente al mar. Un sitio donde perderme.

Había pasado el resto de la tarde encerrada en casa, sumida en mis pensamientos, intentando ordenar las piezas rotas de mi vida.

La decisión estaba tomada, tal y como le había comunicado a Isaac: pediría un mes de permiso en el trabajo. Terminaría los asuntos pendientes desde casa en tres o cuatro días y después me marcharía. Lejos.

El té estaba ya frío cuando lo acerqué a mis labios. Lo dejé sobre el escritorio con un suspiro.

No podía seguir así.

No podía seguir sintiendo aquella presión en el pecho, esa angustia sorda que me oprimía las costillas cada vez que pensaba en mi hermana. En lo que le había hecho.

El sonido repentino del timbre me sacó de mis pensamientos.

Me incorporé de golpe, con el corazón desbocado.

Por un instante absurdo, pensé que era Isaac.

Por un instante más absurdo aún, sentí ganas de abrir la puerta.

Pero no lo hice.

No quería verlo. No era el momento. No cuando mi cabeza era un sitio devastado y mi corazón apenas podía sostenerse en pie. Apagué la luz y contuve la respiración, esperando que quienquiera que estuviese al otro lado se marchara.

Entonces, el móvil vibró sobre la mesa.

Lo cogí, con el estómago encogido.

Ábreme. Soy mamá.

Cerré los ojos un segundo antes de levantarme y cruzar el salón. Cuando abrí la puerta, encontré a mi madre con el rostro tenso, los labios apretados y un brillo de preocupación en la mirada.

—¿Podemos hablar? —dijo, sin preámbulos.

Asentí en silencio y me hice a un lado para dejarla entrar.

Ella avanzó despacio, como si el aire en mi apartamento pesara el doble. Hacía mucho tiempo que no venía a verme a casa. Se quitó el abrigo y lo dejó sobre el sofá sin decir nada.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un té?—pregunté, más por costumbre que por otra cosa.

—No, gracias.

Se sentó y me miró con un gesto grave.

—Siéntate, Nadia.

El nudo en mi garganta se hizo más grande mientras obedecía.

—Mamá… —murmuré, sintiendo un escalofrío—. ¿Qué ha pasado?

Mi madre suspiró.

—Sofía te siguió.

El mundo pareció tambalearse bajo mis pies.

—¿Qué?

—Después de irte de casa, cogió el bolso y las llaves del coche y se marchó detrás de ti. No llegó a alcanzarte, pero vio dónde ibas.

Mi respiración se volvió errática.

—Mamá…

—Te vio llegar a un edificio del centro, y luego salir con él. Y después os vio juntos. Os vio abrazaros.

Me quedé inmóvil, como si mi cuerpo no supiera cómo reaccionar. Un vacío inmenso se manifestó dentro de mí.

—No… no puede ser…

—Cuando volvió a casa estaba temblando, llorando. Estaba completamente fuera de sí, Nadia. La he dejado en casa. Se tomó algo para quedarse dormida…así que no me puedo quedar mucho tiempo.

Me cubrí el rostro con las manos.

Dios.

—Intenté que me contara, pero Sofía no podía ni hablar —continuó mi madre—. Solo repetía una y otra vez que no podía ser cierto. Que tenía que haberse confundido. Pero yo sé muy bien que no se equivocaba.

La culpa me golpeó con fuerza, como una ola arrolladora.

—¿Y tú qué le dijiste? —logré preguntar con la voz quebrada.

—Que se calmara. Que no sacara conclusiones precipitadas.

Solté una risa amarga.

—Pues esta vez no hay conclusiones precipitadas, mamá. Porque lo que vio es cierto.

Levanté la vista y encaré su decepción, pero en los ojos de mi madre solo pude apreciar cierta tristeza.

—Dímelo tú.

Nos sostuvimos la mirada por un largo segundo, hasta que la última resistencia dentro de mí se hizo pedazos.

—He tenido una historia con Isaac —susurré.

Y en ese instante, todo se desbordó.

Me llevé las manos a la cara y rompí a llorar, temblando.

Mi madre se acercó y me rodeó con los brazos. Me dejé caer en su regazo como si fuera una

niña otra vez.

—Oh, cariño…

Me acarició el cabello mientras yo sollozaba en silencio, dejando que la culpa y el dolor saliesen de mí a borbotones.

—No quería hacerle daño —susurré entre lágrimas—. Te juro que no quería.

—Lo sé.

—Pero pasó. No lo planeé. No lo busqué. Y ahora… ahora la he perdido. No volverá a hablarme en la vida.

Mi madre respiró hondo.

—No digas eso. Sofía está dolida, sí. Pero es tu hermana. Siempre va a serlo.

Negué con la cabeza.

—No va a perdonarme y lo sabes. No después de esto.

Mi madre guardó silencio un momento antes de preguntar:

—¿Lo quieres?

Cerré los ojos con fuerza.

—No lo sé.

Ella deslizó los dedos por mi cabello con ternura.

—Si no lo quisieras, no estarías así.

Me aparté lentamente y me limpié las lágrimas con la manga.

—Pero da igual, mamá. Da igual lo que yo sienta. Sofía nunca podrá mirarme igual.

—Tienes que hablar con ella.

—No puedo. Ahora mismo no puedo ni mirarla a la cara.

Suspiré y me enderecé en el sofá.

—Por eso me voy.

Mi madre me miró, sorprendida.

—¿Dónde?

—No lo sé aún. Necesito un sitio con mar. Un sitio donde pensar.

—¿Para huir?

—Para respirar, mamá. Necesito salir de esta ciudad un tiempo.

Me observó durante un largo rato antes de asentir.

—Está bien.

—¿No vas a intentar detenerme?

—No. Pero quiero que prometas que me llamarás, y que cuando tengas las cosas claras volverás.

—Lo haré.

—¿Y qué pasará con Isaac?

Apreté los labios.

—Nada. No somos nada.

Mi madre me tomó de la mano.

—No estés sola demasiado tiempo, hija.

Sonreí con tristeza.

—No me queda otra opción.

Nos quedamos en silencio, con las manos entrelazadas.

Supuse que debería sentir algo de alivio, pero no era así. Lo que sentía era un agujero negro en el pecho que crecía a cada segundo y que amenazaba por devorarme por dentro si no tomaba

las riendas de mi vida de forma inmediata.

CAPÍTULO 33

El sol se paseaba lentamente a lo largo y ancho del horizonte, tiñendo el cielo de tonos dorados y malvas. La brisa marina acariciaba mi piel mientras caminaba por la orilla, sintiendo el agua fresca lamiendo mis pies descalzos. La arena húmeda se hundía bajo mis pasos, como si intentara retenerme, pero yo seguía avanzando, respirando hondo, llenando mis pulmones con el aire salino del Mediterráneo.

Estaba en Málaga.

Nunca imaginé que volvería aquí.

Y, sin embargo, aquí estaba.

Había elegido este lugar a propósito. No porque quisiera torturarme, sino porque necesitaba enfrentarme a mis propios demonios. Aquí, en esta misma playa, Sofía había esperado a Isaac con el vestido de novia guardado en una maleta. Aquí, en este mismo lugar, su mundo se había derrumbado.

Nunca supe qué sentí realmente cuando ella me abrazó en esta playa, rota, deshecha, sin entender cómo el hombre con el que iba a casarse había desaparecido sin más. Quizás me dolió por ella. Quizás me dolió por él.

O quizás ya entonces sentí lo que no debía sentir.

Suspiré y me detuve, cerrando los ojos un instante, dejando que el murmullo de las olas me llenara. Había pasado ya dos semanas aquí y, aunque mi cabeza me decía que estaba haciendo lo correcto, mi corazón aún no estaba convencido.

No había hablado con Sofía.

No sabía nada de Isaac.

Y, por más que intentaba arrancármelo del pecho, su ausencia me dolía.

Mi móvil vibró en el bolsillo de mi chaqueta. Lo saqué y miré la pantalla. Serena.

Sonreí con ternura antes de responder.

—Hola, pesada.

—¡Oye! —protestó ella—. ¿Así recibes a tu mejor amiga?

—Mi mejor amiga lleva días intentando invadir mi retiro espiritual.

—Exacto —dijo con orgullo—. Porque este "retiro espiritual" es una tontería, y lo sabes.

—Necesitaba alejarme de Madrid.

—Ajá. ¿Y qué tal va tu gran búsqueda interior?

Sonreí, mirando el mar.

—Mejor de lo que esperaba. He alquilado un apartamento cerca de la playa. Voy a quedarme unas semanas más.

—¿En serio? —Serena silbó—. ¿Y qué vas a hacer, convertirte en una de esas escritoras excéntricas que viven aisladas en la costa?

—Algo así.

—No me lo creo.

—Voy en serio. He empezado de una vez por todas mi libro. Así tendré algo en lo que

concentrarme si decido volver, cosa que, por cierto, aún no tengo del todo clara.

Se hizo un silencio contundente al otro lado.

—¿Ese libro?

—Sí.

—¿Por fin?

—Por fin.

Era una novela sobre un sonado crimen en un refugio de montaña sucedido hacía diez años. Llevaba años acumulando notas, grabaciones, entrevistas. Siempre hablaba de escribirlo, pero nunca me ponía en serio. Ahora ya no tenía excusas.

—Me alegra escucharlo —dijo Serena con suavidad—. Pero sigo sin creerte del todo.

—¿Por qué?

—Porque me da la impresión de que más que escribir un libro, estás intentando olvidar a alguien.

Mi sonrisa se congeló.

—Serena…

—No me engañas, Nadia.

Cerré los ojos.

—No es fácil.

—Lo sé.

—No tengo noticias de él. Nada.

—¿Y qué esperabas? Le dejaste muy claro que necesitabas espacio.

—Sí, pero… —tragué saliva—. Pensé que al menos preguntaría por mí.

—Te está respetando, Nadia.

Me mordí el labio.

—Lo sé.

Serena suspiró.

—Nena, me muero por verte. Voy a coger un tren y plantarme ahí.

—¡No!

—¡Sí!

—Serena, en serio. Te llamo en unos días. Dame un poco más de tiempo. De hecho, vente la última semana y me ayudas a recoger todo.

Ella gruñó.

—Vale. Ya veremos. Pero cuando vuelvas a Madrid, te quiero en mi casa con una botella de vino y un resumen completo de toda esta locura.

—Lo prometo.

Colgué y guardé el móvil en el bolsillo, con el corazón latiendo un poco más rápido.

No quería admitirlo, pero Serena tenía razón.

No solo había huido de mi hermana. También había huido de él.

Y lo peor era que seguía sin poder olvidarlo. Las miradas en la redacción, los almuerzos, la escapada a Toledo…La distancia, en el fondo, no había servido para nada más que para tranquilizarme un poco. Que ya es algo, supongo.

Seguí caminando por la orilla, intentando ahogar sus recuerdos en el sonido de las olas.

Cuando llegué al apartamento, el sol ya había desaparecido y la noche cubría la costa con su manto de estrellas. En Madrid es imposible verlas.

Me preparé una cena ligera —pan, una pequeña tabla de quesos y una copa de vino— y me

senté en la terraza con vistas al mar. No veía nada, solo una inmensa negrura, pero al menos oía el rumor de las olas. El silencio era reconfortante. Pero también peligroso.

Mi madre me llamó cuando estaba a mitad de la copa. Antes de irme le había prometido que le cogería el teléfono si me llamaba.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás?

—Bien. Tranquila.

—Me alegro. ¿Te está sentando bien el cambio de aires?

—Sí. Necesitaba esto.

—Me lo imagino.

Hubo un pequeño silencio antes de que ella dijera:

—Sofía está mejor.

Se me encogió el estómago.

—¿De verdad?

—Sí. No está tan cerrada como antes. Y ha vuelto a quedar con el chico ese, el informático. Me ha dicho que solo lo hace para distraerse, pero creo que le hace bien verlo. Pero me temo que sigue sin querer hablar contigo.

Cerré los ojos.

—Lo entiendo.

—Nadia…

—Mamá, no insistas. Cuando ella esté lista, estaré aquí. Tú avísame cuando sientas que puedo llamarla. O incluso ir a verla. Puedo ir y volverme al día siguiente si es necesario.

—Es que me parte el alma veros así.

—A mí también.

Nos quedamos en silencio unos segundos.

—¿Y tú cómo estás, de verdad?

Jugueteé con el borde de la copa.

—Intentando olvidar.

—¿A Isaac?

—Todo en general.

—Hija…

Suspiré.

—Mamá, no hablemos de él, ¿quieres?

—Vale.

Pero ambas sabíamos que no podía evitarlo.

Nos despedimos y colgué, dejándome caer en el respaldo de la silla, sintiendo el peso de todo sobre mí.

Dos semanas.

Dos semanas sin él.

Sin sus mensajes. Sin sus llamadas. Sin su voz.

Se había tomado al pie de la letra lo de darme espacio.

Y en algún resquicio de mí lo odiaba por eso.

Porque, aunque me doliera admitirlo, parte de mí quería que no lo hiciera. Quería que me buscara. Que me dijera que no podía estar sin mí.

Pero no lo había hecho.

Porque Isaac siempre había sido así.
Cuando decidió que dejaba a Sofía, desapareció.
Cuando yo le pedí tiempo, lo respetó.
Era un hombre de palabra.
Y quizá, en el fondo, eso era lo que más miedo me daba.

CAPÍTULO 34

El sonido de las olas rompiendo contra la orilla y las gaviotas buscando comida eran un metrónomo constante, acompasado con el golpeteo de mis dedos contra el teclado. Llevaba toda la mañana sumergida en mi libro, encadenando palabras sin apenas ser consciente del tiempo. Cuando levanté la vista, el sol ya estaba alto en el cielo y una ligera brisa marina agitaba las cortinas blancas de la terraza.

Dos capítulos escritos. Y un tercero a medias.

Y no cualquier capítulo. No las notas desordenadas que llevaba años acumulando en un archivo de word, ni los comienzos a medias que nunca me convencían. Esta vez había algo distinto. La narración fluía. Las frases cobraban sentido, las escenas se desarrollaban sin forzarlas. Quizá porque, por primera vez en mucho tiempo, estaba escribiendo sin miedo.

El mar me estaba sanando.

Habían pasado tres semanas desde que llegué a Málaga y, aunque al principio había sido difícil, ahora me sentía en paz. No del todo, porque el pasado aún pesaba y las heridas tardan en cerrarse, pero sí lo suficiente como para ver con más claridad lo que tenía que hacer.

En diez días volvería a Madrid.

Volvería al periódico.

Seguiría trabajando en mi libro.

Tendría esa conversación con mi hermana.

Y seguiría con mi vida.

Tomé aire, dejando que la brisa salada me llenara los pulmones. Lo peor ya había pasado.

Mi móvil vibró sobre la mesa y, por instinto, lo miré.

Un mensaje de Ventura.

—¿Ventura? —murmuré, sorprendida.

No hablábamos desde que me fui. Ni siquiera tuve tiempo de despedirme bien de él antes de pedir mi permiso y desaparecer.

Ventura: *Espero que estés bien, señorita Houdini. Me han dicho que vuelves pronto.*

Sonreí, sintiéndome extrañamente reconfortada. Ventura siempre había estado ahí en la redacción, con sus comentarios mordaces y su talento brutal para la crónica. Si alguien podía decirme sin filtros cómo estaban las cosas en el periódico, era él. Pensé un momento. No quería mojarme con una fecha de regreso exacta.

Yo: *Sí, vuelvo en unos diez días. ¿Me he perdido algo?*

Ventura: *Demasiadas cosas. Raúl sigue peleándose con los políticos, Belén sigue cotilleando y yo sigo odiando madrugar. Bueno, en realidad nada nuevo, la verdad.*

Reí.

Yo: *Me alegra saber que todo sigue en su sitio.*

Ventura: *Bueno, no todo. Desde que te fuiste, el jefe está intratable.*

El jefe.
Isaac.
Mi sonrisa se difuminó un poco.

Yo: *Ah. ¿Intratable en qué sentido?*

Ventura: *Lo de siempre. Serio. Taciturno. Más seco de lo normal. Ya sabes cómo es.*

Yo: *Sí. Lo sé.*

Un silencio incómodo se instaló entre nosotros en la pantalla. Como si Ventura estuviera tentado de decir algo más, pero dudara.
Al final, solo escribió:

Ventura: *Cuando vuelvas, tenemos café pendiente.*

Yo: *Hecho.*

Dejé el móvil sobre la mesa y suspiré.
Isaac no me había escrito. Ni una llamada, ni un mensaje. Nada. Se había tomado muy en serio lo de darme espacio, y yo… bueno, yo tenía que aceptar que era lo mejor. Supongo que a esas alturas ya se había olvidado de mí. Él era un experto en pasar página.
Sacudí la cabeza y volví la vista hacia el portátil. Quería terminar un par de párrafos antes de almorzar, así que me forcé a concentrarme en la pantalla. Sin embargo, antes de que pudiera escribir siquiera una frase, mi estómago rugió, recordándome que llevaba toda la mañana sin comer.
Decidí pedir algo de comida a domicilio. Algo rápido. Abrí la app de Uber Eats y me decanté por un japonés delicioso que ya había probado in situ. Miré el reloj: en media hora estaría aquí. Perfecto.
Me levanté, me estiré y caminé hasta la cocina para prepararme un café mientras esperaba.
El timbre sonó mucho antes de lo previsto.
Fruncí el ceño, extrañada. ¿Tan rápido?
Dejé la taza a un lado y me dirigí a la puerta, con la mente aún en los párrafos inconclusos de mi libro.
Sin pensarlo demasiado, abrí.
Y me quedé congelada.
No era el repartidor.
Era Sofía.
Mis pulmones se quedaron sin aire.
—¿Qué…? —las palabras se atascaron en mi garganta.
Ella estaba ahí, frente a mí, con el pelo recogido en un moño improvisado, los ojos oscuros cargados de algo que no supe identificar. No parecía enfadada. Tampoco parecía triste. Pero había algo en su expresión que me hizo sentir un nudo en el estómago.
Mi mente tardó unos segundos en reaccionar.

Mamá no me había avisado y sin duda había sido ella la artífice de eso, pues era la única persona a la que le había dicho exactamente dónde estaba. Pero jamás hubiese creído que Sofía pudiese presentarse aquí. Sobre todo porque aquella playa le traía muy malos recuerdos, y de hecho pensé que ese sería el último sitio donde pondría de nuevo sus pies.

Y ahora estaba aquí, en la puerta de mi apartamento en Málaga, mirándome con esa intensidad que solo ella sabía sostener.

—¿Me vas a dejar pasar o me quedo aquí toda la tarde? —preguntó con su habitual bordería, marca de la casa.

Asentí torpemente y me aparté para dejarla entrar. Cerré la puerta tras ella, sintiendo los latidos desbocados en mis sienes.

—¿Quieres… algo? ¿Un café?

—No.

—Tenía ganas de ver tu escondite. No está nada mal, ¿no?

Se quedó de pie en medio del salón, mirando a su alrededor. Estaba guapa, la muy cabrona. Su mirada se posó en mi portátil abierto sobre la mesa.

—Estás escribiendo.

—Sí —murmuré—. He empezado mi libro. Ese sobre el que hablaba mucho y jamás escribía.

—Me alegro.

Silencio.

No sabía qué hacer, qué decir, cómo actuar. Me sentía desnuda ante ella, vulnerable.

Iba a hablar, a disculparme, a decir algo, cualquier cosa, cuando Sofía me cortó con una sola frase:

—Antes de que digas nada, necesito contarte algo. Por eso estoy aquí.

Mis latidos se pausaron.

—¿Qué?

Sus ojos se encontraron con los míos.

Y entonces, supe que nada, absolutamente nada, iba a prepararme para lo que mi hermana estaba a punto de contarme.

CAPÍTULO 35

Sofía me miraba fijamente desde el otro lado del salón. Había algo distinto en su postura, en su expresión. No había rabia, ni decepción, ni siquiera tristeza. Solo un cansancio profundo, como si llevara demasiado tiempo cargando con algo que por fin estaba lista para soltar.

Me preparé para lo peor.

—Antes de que digas nada —repitió—, necesito contarte algo.

Tragué saliva.

—Está bien.

Sofía suspiró y se pasó una mano por el pelo, pensativa.

—Llevo semanas dándole vueltas a esto. No podía venir aquí y echarte en cara lo de Isaac y tener una bronca gigantesca sin ser honesta contigo… y conmigo misma.

No entendía a dónde quería llegar.

—Sofía…

—No tengo derecho a estar enfadada contigo —soltó de golpe.

Me quedé en blanco.

—¿Qué?

Su mandíbula se tensó y apartó la mirada hacia la ventana, como si necesitara unos segundos más para encontrar las palabras.

—Siempre me guardé algo sobre mi ruptura con Isaac —admitió. Se levantó y se dirigió a la terraza, como si buscase fuerzas en el horizonte—. Algo que no te conté a ti ni a mamá.

Mi respiración se volvió irregular.

—Sofía…

Se giró y me miró fijamente a los ojos.

—Fui infiel.

El tiempo pareció detenerse en la habitación.

Mi hermana bajó la cabeza, como si le costara decirlo en voz alta.

—Tuve un desliz, antes de aquella maldita sesión de fotos. Con un compañero del instituto en el que trabajaba en aquella época. Fue solo una vez, nada serio, pero la cuestión es que pasó.

Mi mente tardó en procesar lo que acababa de escuchar.

Sofía. Mi hermana Sofía. La que siempre había hablado de aquella ruptura como si Isaac hubiera sido el villano de la historia. La que pasó meses sumida en la tristeza, preguntándose por qué la había dejado.

Ella lo había engañado.

—Isaac se enteró justo antes de las fotos —continuó, con la voz temblorosa—. No sé cómo lo supo. Nunca me lo dijo. Pero lo sabía. Lo vi en sus ojos.

Recordé lo que Isaac me había contado aquella noche en su apartamento. Que había algo que yo no sabía. Que él había puesto un océano de distancia entre ellos porque no podía seguir adelante.

No era solo por mí.

No era solo porque se había enamorado de la hermana de su prometida.

Era porque también la había perdido a ella.

—Él nunca me lo echó en cara —prosiguió Sofía—. Solo… se fue. Me dejó ahí, sola, con mi culpa y mi rabia. Y lo odié por eso. Odié que fuera tan fácil para él alejarse de mí. Que no se planteara escucharme, ni darme una mínima oportunidad de hacer las cosas mejor. Lo que me hundió fue que nunca más volvió a hablar conmigo.

Me costaba asimilarlo. Durante todo este tiempo, había pensado que Isaac era el que había huido, el que había roto su corazón. Pero ahora entendía que las cosas nunca son tan simples.

—Sofía…

—No soy una buena persona, Nadia.

Negué con la cabeza.

—No digas eso.

—Es la verdad —su voz era apenas un susurro—. Me equivoqué. Y cuando él se marchó, me dolió más de lo que esperaba. No porque lo amara locamente, sino porque perdí algo que creía seguro.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

Porque de alguna manera, podía entenderla.

Yo también había estado con Isaac y lo había perdido. Y aunque no se trataba de orgullo herido, también me dolía saber que ya no estaba en mi vida.

Sofía se frotó las sienes, frustrada.

—Lo peor de todo es que… cuando supe que tú y él… cuando vi cómo te abrazaba en el parque, sentí un enfado irracional. Como si todavía tuviera algún derecho sobre él. Y es evidente que no lo tengo. Lo perdí hace cinco años.

Me mordí el labio, con el corazón acelerado.

—¿Por qué me lo cuentas ahora?

Ella suspiró.

—Porque no quiero seguir viviendo con esto. Porque no quiero ser la clase de hermana que te castiga por algo que ni siquiera debería juzgar.

Mis ojos se humedecieron.

—Sofía…

—He estado hablando mucho con Jorge últimamente. El chico que conocí en la fiesta de Serena —confesó—. Me hace bien estar con él. Me hace sentir que puedo empezar de nuevo, sin toda esa culpa.

—¿Entonces…?

—Entonces… estoy aquí para decirte que lo siento. Que no soy quien para decirte con quién puedes estar o no. Y que no quiero que esto nos distancie más.

Las lágrimas que había contenido todo este tiempo se deslizaron por mis mejillas.

Me acerqué a ella y la abracé con todas mis fuerzas.

Al principio, Sofía se quedó rígida, como si aún le costara aceptar que estábamos en paz. Pero luego, poco a poco, me rodeó con los brazos y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Yo también lo siento —susurré.

—No tienes que disculparte, Nadia.

—Sí, sí que tengo que hacerlo. Porque aunque lo nuestro se haya terminado, sé que te hice daño. Y no quería eso. Nunca quise eso.

—Lo sé.

Nos quedamos así un rato, en silencio, respirando hondo.
Cuando nos separamos, Sofía tenía los ojos brillantes, pero sonreía.
—Vamos a la playa —propuso de repente.
Parpadeé.
—¿Ahora?
—Sí. No he salido de Madrid para ahora no darme un buen chapuzón.
Sonreí, asintiendo.
—Vamos.

La arena estaba tibia bajo nuestros pies descalzos. Caminamos en paralelo a la orilla, dejando que el agua nos rozara los tobillos. La brisa marina jugaba con nuestro pelo y el sol comenzaba a descender en el horizonte, tiñendo el cielo de tonos anaranjados.
Sofía sacó su móvil.
—Foto para la posteridad.
Me reí.
—¿En serio?
—Sí. Es un momento importante.
Nos acercamos y sonreímos a la cámara.
Click.
Sofía miró la imagen con aprobación y la subió a Instagram.
—¿Qué has puesto de pie de foto?
—"Con mi hermana, donde todo empieza y termina".
Mi garganta se cerró de emoción.
El móvil vibró casi de inmediato.
—Mamá ya le ha dado *like*. Qué ansiosa es.
Reímos al unísono, como cuando éramos niñas.
Ese fue el momento en que mi herida empezó a curarse de verdad.

CAPÍTULO 36

Los días habían pasado con una calma extraña desde la visita de Sofía. Después de nuestra conversación, mi hermana se quedó solo un día más y luego tuvo que regresar a Madrid. Nos despedimos con un abrazo sincero y la promesa de vernos pronto. Aún había mucho que reconstruir entre nosotras, pero la reconciliación había comenzado.

Ahora, con el apartamento en silencio y solo el sonido del mar como compañía, me di cuenta de que realmente me había acostumbrado a este ritmo de vida. A despertarme temprano, preparar café y sentarme frente al ordenador con vistas al Mediterráneo. A perder la noción del tiempo mientras escribía, dejando que la historia que había pospuesto durante años por fin tomara forma.

Ojalá pudiese permitirme llevar esta vida siempre. Escribir en un balcón delante del mar. Pero hija, tengo muchos gastos y esto solo lo pueden hacer los que tienen casa propia.

Tres capítulos se convirtieron en cinco. Luego en siete.

Por primera vez, sentía que mi libro era algo real. Que tomaba forma a fuerza de machacar el teclado.

Sin embargo, en mis momentos de descanso, cuando salía a caminar por la orilla o me sentaba en la terraza con un té, mis pensamientos se desviaban inevitablemente hacia él.

Isaac.

Seguía sin saber nada de él desde que me marché. Ni un mensaje, ni una llamada. Había respetado mi necesidad de espacio al pie de la letra. Y yo también estaba firmemente decidida a no contactar con él.

Pero… ¿lo haría por siempre? ¿Se convertiría aquel contacto cero en algo permanente?

Dijo que me esperaría.

¿Lo decía en serio? ¿O solo lo había dicho en un arrebato de emoción, sin pensar en lo difícil que sería realmente?

¿Me seguiría esperando dentro de una semana? ¿Un mes?

¿O acaso ya había decidido seguir adelante sin mí?

Suspiré y cerré el portátil. Había escrito lo suficiente por la mañana, y no podía seguir dándole vueltas al mismo pensamiento sin volverme loca.

Cogí el móvil y abrí WhatsApp.

Un mensaje nuevo de Serena.

Serena: *No tienes escapatoria, cariño. Confirmado: Voy a aparecer por ahí los últimos tres días para ayudarte a recoger tus cosas y llevarte de vuelta a Madrid. Ya tengo los billetes. No quiero excusas.*

Sonreí y le respondí rápidamente:

Yo: *Eres una pesada. Pero una pesada adorable.*

Serena: *Lo sé. Pero no te hagas la dura, que te mueres de ganas de verme. Además, te noto rara últimamente. ¿Tienes la cabeza en otro sitio, por casualidad?*

Tecleé a toda velocidad:

Yo: *No sé de qué hablas.*

Serena: *Ay, Nadia, Nadia… Ya hablaremos cuando llegue. Por cierto, cotilleo: lo de Jorge y tu hermana…me parece que sigue viento en popa. Qué guay, ¿no? A ver si al final ella va a ser la única a quien le vaya bien en el amor…*

Dejé el móvil sobre la mesa y suspiré.

Serena siempre tenía un sexto sentido para saber cuándo algo me rondaba la cabeza.

Me levanté y fui a la cocina. Se me habían acabado algunas cosas, así que decidí bajar al supermercado antes de que se hiciera más tarde.

El súper no estaba demasiado lleno a esas horas, lo cual agradecí. No tenía ganas de interactuar con mucha gente. Rellené el carrito con lo básico: café, fruta, algo de pan y queso. Mientras recorría los pasillos, noté que mi mente volvía a divagar.

¿Qué pasaría cuando volviera a Madrid?

Tendría que volver a la redacción sí o sí. Se terminaba mi mes de permiso sin sueldo. Volver a enfrentarme a la mirada curiosa de Ventura, a los sutiles interrogatorios de Belén, a las preguntas pasivo-agresivas de mis compañeros.

Y a él.

¿Lo vería como si nada hubiera pasado?

¿O se habría dado cuenta por fin de que, en realidad, habíamos estado destinados al desastre desde el principio?

Pagué mi compra y regresé al apartamento con una sensación de incertidumbre en el pecho.

Cuando llegué, encendí las luces del salón y dejé la compra en la encimera. Me serví un vaso de té helado de melocotón y salí a la terraza.

El sol estaba empezando a caer, tiñendo el cielo de tonos dorados y anaranjados. La playa estaba desierta e invitaba a un paseo. Así que, sin pensarlo demasiado, cogí una chaqueta ligera y decidí bajar al paseo marítimo. Después me quité las sandalias y me acerqué un poco más a la orilla.

Caminé lentamente, dejando que la arena fría se colara entre mis dedos. Había algo en el sonido de las olas rompiendo contra la orilla que me hacía sentir en paz.

Miré hacia el horizonte, perdiéndome en los reflejos del sol sobre el agua.

Y entonces, lo vi.

Mi corazón dio un vuelco. Estaba justamente ahí.

A unos metros de distancia, de pie sobre la arena húmeda, con las manos en los bolsillos y la mirada clavada en mí…

Era Isaac.

Me quedé paralizada. Parecía un espejismo pero…No. Qué narices. Era él, en carne y hueso. ¿Qué hacía allí?

Me vio, pero no se movió de inmediato. Solo me miró, con esa energía que siempre me desarmaba.

El viento agitó su pelo, despeinándolo ligeramente.

Estaba aquí.

Después de semanas sin una sola noticia, sin mensajes, sin llamadas.

Había venido.

No supe qué hacer.

No supe si debía acercarme o darme la vuelta y correr.

No supe si debía alegrarme o asustarme.

La única certeza que tuve fue que, al verlo, algo dentro de mí se agitó con una fuerza imposible de ignorar.

Isaac había vuelto.

CAPÍTULO 37

El viento soplaba con suavidad, arrastrando el aroma salado del Mediterráneo mientras las olas rompían contra la orilla. Pero yo apenas lo notaba. Todo mi mundo, en ese instante, se reducía a él.

Isaac seguía de pie, a unos metros de distancia, con las manos en los bolsillos y esa mirada clavada en mí.

Mi corazón latía desbocado.

Finalmente, con un movimiento lento pero decidido, se acercó.

—No podía aguantar más sin verte —fue lo primero que dijo, con la voz ronca y cargada de emoción.

Yo seguía sin moverme, sin saber si lanzarme a sus brazos o salir corriendo bien lejos, en dirección contraria.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté en un susurro, incapaz de ocultar la sorpresa.

Isaac dejó escapar una leve sonrisa y sacó el móvil de su bolsillo.

—Busqué. Te busqué como un loco —admitió—. Sabía que necesitabas espacio, pero cada día sin ti ha sido una tortura. Supongo que llegué a mi límite.

Mis labios se entreabrieron, pero no encontré palabras.

—Entonces… vi el post de Sofía en Instagram —continuó, con una media sonrisa—. La selfie de ambas en la playa.

Ahogué un leve jadeo.

—¿Esa foto…?

—Reconocí esta playa enseguida —asintió—. Y en cuanto la vi, supe que no podía esperar más. Supongo que es un poco idiota venir sin más con la vaga esperanza de verte pasear por aquí…

Me quedé en silencio, procesando sus palabras.

Isaac estaba aquí porque había seguido su instinto. Porque no podía estar más tiempo sin verme.

—¿Y qué esperas encontrar aquí? —pregunté, con la voz temblorosa.

Él dio un paso más. Ya estaba lo suficientemente cerca como para que pudiera apreciar cada matiz de su expresión sin confundirme con nada.

—A ti —respondió sin dudar—. He pasado semanas intentando olvidarte, Nadia. Convenciéndome de que respetar tu espacio era lo correcto.

Hizo una pausa y negó con la cabeza, como si estuviera enfadado consigo mismo.

—Pero no puedo. No quiero.

Arrastré un pie por la arena, dejando que esta se colase entre mis dedos.

Isaac inspiró hondo antes de continuar.

—Yo no quiero seguir huyendo, Nadia. Toda mi vida lo he hecho. Cuando dejé a Sofía, cuando me fui del país, cuando volví y decidí quedarme al margen… siempre he huido. Pero ya está.

Su confesión me dejó sin aire.

—Isaac…

—Te amo. Te lo dije antes de irte. Y lo mantengo.

Mi pecho se contrajo con fuerza.

—No quiero seguir desperdiciando tiempo sin ti. No quiero esperar ni un minuto más para empezar nuestra vida juntos.

Su voz era firme, decidida.

Mis ojos se llenaron de lágrimas.

—¿Por qué no me dijiste lo de Sofía? El motivo real por el que no te presentaste en esta playa…—susurré, necesitando entenderlo todo.

Isaac suspiró y pasó una mano por su cabello.

—Porque no me correspondía a mí decirlo.

—Pero…

—Escúchame —me interrumpió con suavidad—. Lo que pasó con Sofía, su…desliz…Esa no fue la razón por la que la dejé. Eso solo aceleró mi decisión.

Lo miré sin comprender.

—¿Aceleró?

Isaac asintió.

—Ya llevaba tiempo sintiendo que algo no funcionaba entre nosotros. Que por más que intentara imaginarme un futuro a su lado, algo no encajaba.

Hizo una pausa y me miró con intensidad.

—Y entonces… te conocí.

Mi garganta se cerró.

—Desde el primer momento en que te vi, supe que mi vida había cambiado. Al principio pensé, como un idiota, que casarme con ella significaría también estar cerca de ti. Y eso me consoló. Pero era un plan absurdo.

Apoyé la cara en su pecho, y seguí escuchando su historia.

—Intenté ignorarlo, Nadia. Te juro que lo intenté con todas mis fuerzas. Me obligué a seguir adelante con los planes de boda. Con nuestra relación.

Sacudió la cabeza con amargura.

—Pero llegó un punto en que ya no podía. Y entonces, cuando supe lo de su infidelidad… me di cuenta de que era mi oportunidad para ser honesto conmigo mismo.

Hizo una pausa, como si midiera sus siguientes palabras.

—Así que no. No me fui solo porque Sofía me engañara. Me fui porque entendí que no podía casarme con ella… cuando en realidad estaba enamorado de su hermana.

Mi pecho se contrajo con fuerza. Cada vez que lo decía…era música. La mejor de las canciones.

Isaac avanzó otro paso.

—No me arrepiento de haberte esperado, Nadia. Ni de haber venido hasta aquí. Porque necesito que lo sepas, que lo entiendas.

Sus dedos rozaron los míos, con cuidado, como si me diera la oportunidad de alejarme.

Pero no lo hice.

—Te quiero. Y quiero estar contigo.

Un sollozo se escapó de mis labios.

—Isaac…

—Dime que también me amas —susurró, su voz apenas audible por encima del sonido de las olas.

El aire se me atascó en los pulmones.

Lo miré.

Vi la verdad en su expresión. La vulnerabilidad en sus ojos.

Y entendí que yo también estaba cansada de huir.

—Sí. Por supuesto que te amo —dije finalmente, con la voz rota—. También te amo.

Isaac cerró los ojos un instante, como si esas palabras lo golpearan en lo más profundo. Y luego, sin dudarlo más, me sujetó entre sus brazos y me besó.

Fue un beso desesperado, profundo, lleno de todo lo que habíamos callado durante tanto tiempo. La brisa nos envolvía, y el sol, que ya se perdía en el horizonte, pintaba el cielo de tonos dorados y rojizos, más intensos.

No había nada más en ese instante.

Solo él y yo.

Solo nuestro amor.

Solo nuestro futuro.

Y esta vez… no había dudas.

Se quedaron todas enterradas en la arena.

CAPÍTULO 38

El rumor del mar mecía mis pensamientos mientras caminaba descalza por la orilla. La arena aún guardaba el calor del sol del mediodía, y la brisa marina despejaba mi mente con cada bocanada de aire salado.

Dos días.

Ese era el tiempo que me quedaba aquí antes de regresar a Madrid.

Dos días después de semanas de confusión, de tormento, de decisiones difíciles. Y, sin embargo, todo parecía haberse alineado de una manera que nunca habría imaginado.

Cuando llegué al sur, en realidad estaba huyendo hacia adelante. Necesitaba escapar de mi realidad, de mi propia mente, de los sentimientos que me abrumaban. Pensé que, poniendo distancia, todo se calmaría. Pensé que aquel mar limpiaría mis heridas y me devolvería la serenidad que había perdido.

Y en cierto modo, así fue.

Pero no de la forma en que esperaba.

Porque no fue la distancia la que me ayudó a ver con claridad.

Fue él.

Isaac había venido a buscarme.

Había recorrido kilómetros solo para decirme que me amaba, que no quería seguir esperando, que no iba a huir más.

Y cuando lo dijo, lo supe.

Supe que no había más dudas, que ya no tenía sentido seguir negándolo.

Lo amaba.

Siempre lo había amado.

Habíamos pasado dos días juntos, solo nosotros, alejados de todo y de todos. Dos días en los que nos permitimos ser lo que queríamos ser desde hacía tanto tiempo. Nos despertamos juntos, desayunamos en la terraza con vistas al mar, nos besamos bajo el sol abrasador, nos reímos, hicimos planes sin miedo.

Pero luego, él tuvo que volver.

No porque quisiera, sino porque yo le pedí que lo hiciera.

—Necesito estos últimos días para cerrar este ciclo —le había dicho cuando estábamos en la playa, con los pies enterrados en la arena—. Y necesito volver sola.

Isaac lo había entendido.

—Claro. Te esperaré allí —me prometió, antes de besarme con la ternura más absoluta.

Y ahora aquí estaba yo, con la mente ya en calma, el corazón latiendo fuerte y la certeza de que mi vida, finalmente, tomaba el rumbo correcto.

Entonces, mi móvil vibró en el bolsillo de mis *shorts* vaqueros.

Era Serena.

Sonreí antes de contestar.

—Dime, loca.

—¡Que ya he llegado! —anunció con entusiasmo—. ¿Dónde estás?

—Caminando por la playa.

—¿Y qué haces caminando sola por la playa pudiendo estar tomándote una caña conmigo?

Reí con ganas.

—Te estoy enviando ahora mismo la ubicación de un sitio muy prometedor. Te veo en media hora aquí

—Voy para allá. Y más te vale venir con ganas de hablar, porque no pienso aceptar respuestas vagas.

—Lo sé.

Colgué y suspiré con una sonrisa.

No tenía problemas en contarle todo a Serena. Por primera vez en mucho tiempo, hablar de Isaac no me generaba angustia, ni dudas, ni culpa. Solo la felicidad más absoluta.

Cuando llegué al chiringuito —cómo no—, Serena ya estaba instalada en una mesa con dos cañas bien frías y unos espetos de sardinas en el centro.

—Sabes exactamente cómo tentarme —comenté, sentándome frente a ella.

—Bueno, me conoces, siempre pienso en los demás —bromeó, dándole un sorbo a su cerveza —. Uf, la cerveza sabe muchísimo mejor aquí que en Madrid. Ahora suéltalo todo. Quiero pelos y señales.

Tomé aire y asentí.

—Está bien.

Y le conté todo.

Desde la noche en la que le dije a Isaac que necesitaba tiempo, hasta el momento en que apareció en la playa y me dijo que me amaba.

Serena escuchaba con atención, sin interrumpir, asintiendo de vez en cuando.

—Entonces —dijo finalmente, apoyando los codos en la mesa—, ¿se acabó la tortura?

—Se acabó —confirmé, con una sonrisa.

—¿Y ahora qué?

—Pues ahora vuelvo a Madrid, sigo con mi libro y… comienzo algo real con él. Se lo contaré a mi hermana y a mi madre, y tendrán que entenderlo.

Serena sonrió con calidez.

—Te mereces esto, Nadia. Te mereces ser feliz sin miedo.

—Lo sé —dije, sintiéndolo de verdad.

Me quedé en silencio, girando el vaso entre mis dedos. Me sentía ligera, como si ese peso invisible me hubiese abandonado definitivamente.

—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto? —dije de repente.

Serena arqueó una ceja.

—Sorpréndeme.

—Que ya no tengo miedo.

Ella sonrió y levantó su vaso.

—Por el amor que no nos suelta, aunque intentemos huir de él.

Reímos y chocamos nuestras cervezas.

El mar rugía a lo lejos, la noche empezaba a caer sin darnos cuenta, y por primera vez en mucho tiempo, me sentí completamente en paz.

Nos quedamos en aquella terraza hasta que la brisa nocturna se volvió más fresca y la música en vivo comenzó a apagarse. Nos levantamos con calma, Serena con un leve brillo en la mirada.

—Voy a extrañar este sitio —dije mientras nos alejábamos por la pasarela de madera que llevaba a la carretera.

—Sí, pero te llevas lo mejor de aquí.

—¿El sol y el mar?

—No, tonta, la claridad mental —Serena me rodeó con un brazo—. Te fuiste con una tormenta en la cabeza y regresas sabiendo exactamente lo que quieres.

Asentí.

Exactamente lo que quiero.

Y lo que quiero es a él.

CAPÍTULO 39

El tren de primera hora de la mañana redujo la velocidad al entrar en la estación de Atocha. Madrid se desplegaba ante mis ojos con su ritmo frenético, su cielo despejado y el murmullo constante de la gente moviéndose con prisa. Respiré hondo, notando enseguida el cambio con el aire seco de la ciudad, en contraste con la brisa marina de las últimas semanas.

Estaba de vuelta.

La Nadia que descendía del tren no era la misma que se había marchado semanas atrás, hecha un mar de dudas y angustia. No, ahora me sentía fuerte, segura. Preparada.

Viajaba con Serena, que iba medio dormida. Al bajar del tren se despidió de mí a toda prisa, anunciando que llegaba tarde a la oficina y sin atender a razones.

Arrastrando mi maleta por el andén, encendí el móvil. Un aluvión de mensajes entró de golpe, pero el primero que vi fue el de Ventura:

Me han chivado que vienes hoy. Bienvenida al caos. Nos vemos en la redacción. ¡No desaparezcas!

Sonreí.

Tomé un taxi y me dirigí directamente a la redacción. No quería pasar por casa primero. Necesitaba sumergirme en mi mundo, en mi trabajo. Quería ver a mis compañeros, sentir la adrenalina de la redacción. Y, por supuesto, también quería verlo a él. Por suerte solo me había ido con una maleta y con mi portátil.

Cuando llegué, Belén fue la primera en recibirme.

—¡Mírala! —exclamó desde su escritorio, dejando caer su bolígrafo—. La fugitiva ha vuelto.

Varias cabezas se giraron y, en cuestión de segundos, me vi rodeada por Ventura, Raúl y otros compañeros.

—¡Por fin! —dijo Ventura, dándome un abrazo efusivo—. Esto no ha sido lo mismo sin ti.

—No exageres —reí, sintiéndome abrumada pero feliz.

—No exagero. Isaac nos ha explotado más de la cuenta en tu ausencia —me guiñó un ojo—. Pero, curiosamente, esta última semana ha estado de mejor humor de lo habitual.

Noté la insinuación, pero antes de poder responder, una voz grave me hizo girarme.

—Nadia.

Isaac estaba apoyado en el marco de su despacho, con los brazos cruzados y una sonrisa que apenas contenía.

Los demás se dispersaron con excusas torpes, dejándonos en una burbuja de tensión contenida.

Di un paso hacia él.

—Jefe.

—¿Ahora soy tu jefe? ¿Desde cuándo tenemos estas formalidades?

—Desde que estoy en horario laboral.

Sus ojos brillaron.

—Entonces ven a mi despacho. Hay trabajo para ti.

El tono era profesional, pero ambos sabíamos que no era solo trabajo. Dejé la maleta y el portátil junto a mi mesa y lo seguí, sintiendo la mirada de Ventura perforándome la espalda.

—Tienes tarea acumulada —dijo Isaac, cerrando la puerta tras de mí.

—¿Pensé que iba a tener un día de adaptación?

—Ja. Muy graciosa. Yo no dije eso.

Me crucé de brazos.

—Eres un explotador.

—Y tú me has echado de menos.

Lo dijo con tanta seguridad que no pude evitar sonreír.

—Tal vez. Un poco.

—¿Un poco?

Dio un paso hacia mí, acortando la distancia. El despacho parecía comprimirse con nuestra energía.

—Está bien —suspiré—. Mucho.

Su sonrisa se suavizó.

—Yo también.

La electricidad entre nosotros era palpable. Sabíamos que estábamos en territorio peligroso. Pero ya no nos importaba.

—¿Puedo verte esta noche? —preguntó, en voz baja.

—Puedes.

—¿En tu casa o en la mía?

—Sorpresa.

Me guiñó un ojo, dándome un sobre.

—Lee esto y dime qué piensas. Es nuestra próxima gran historia.

Miré el sobre con curiosidad.

—¿De qué se trata?

—Un caso de corrupción. No puedo decirte más hasta que lo leas.

Hice un gesto de agotamiento, pero tomé el sobre.

—Bienvenida de vuelta, Nadia.

Antes de salir, me sujetó de la muñeca.

—Y esta vez, no pienso dejarte ir.

Mi corazón se aceleró, pero en lugar de responder, simplemente le di un último vistazo antes de salir de su despacho.

Todo estaba bien.

Todo estaba, por fin, en su lugar.

Esa tarde, cuando el bullicio de la redacción había menguado, Isaac y yo nos encontramos de nuevo.

Después de estar casi todo el día tecleando a buen ritmo, había salido a la terraza para despejarme, disfrutando de la vista de Madrid, iluminándose al caer la noche. El aire fresco era un bálsamo después del ajetreo del día, y el murmullo de la ciudad me envolvía en una calma inesperada.

Sentí su presencia antes de verlo.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Isaac, cerrando la puerta tras de sí.

No respondí de inmediato. En lugar de eso, me giré y lo miré. El viento revolvía su cabello y

la luz tenue de la ciudad le daba un aire casi irreal.

—¿Cómo lo supiste? —pregunté al fin.

—Porque te conozco —dio un paso hacia mí, con esa seguridad que siempre lo había caracterizado—. Porque este es tu sitio.

Mi sitio.

Sí, Madrid era mi sitio. La redacción era mi sitio. Él era mi sitio.

Nos quedamos en silencio un instante, como si ninguno de los dos quisiera romper el momento.

—¿Leíste el sobre? —preguntó de repente, con una sonrisa ladeada.

—Sí. Es un caso complicado.

—Tú puedes con él.

—¿Eso crees?

—Eso lo sé.

Su voz había bajado de tono, y en su mirada había algo distinto. Algo que me hizo contener la respiración.

Dio un paso más.

—Te extrañé mucho, Nadia.

Mi corazón dio un vuelco.

—Lo sé —susurré.

—No quiero esperar más.

—Yo tampoco.

Y entonces ya no hubo más palabras.

Isaac me tomó del rostro con ambas manos y me besó.

No fue un beso contenido ni tímido. Fue un beso que llevaba semanas, años, esperando.

Nos besamos como si el mundo no existiera, como si la ciudad bajo nuestros pies no siguiera girando. Como si todo lo que había estado en pausa por tanto tiempo finalmente hubiera encontrado su lugar.

Cuando nos separamos, sus dedos aún rozaban mi piel.

—Así que… ¿mi casa o la tuya? —susurró, con una sonrisa que me hizo estremecer.

Reí, apoyando mi frente en la suya.

—Sorpresa.

Madrid vibraba a nuestro alrededor.

La noche apenas comenzaba.

EPÍLOGO

Un año después…

El restaurante tiene esa mezcla perfecta entre elegante y acogedor. Lámparas de luz cálida y anaranjada, mesas de madera oscura y un aroma delicioso a especias en el aire. Isaac y yo llegamos primero, y mientras esperamos, jugamos a adivinar qué va a pedir cada uno.

—Tu hermana pedirá algo con aguacate. Lo hace siempre —dice Isaac, dándole un sorbo a su copa de vino.

—Cierto, pero esta vez no —respondo con seguridad—. Hoy tiene antojo de pasta.

Isaac arquea una ceja, divertido.

—¿Desde cuándo tienes poderes psíquicos?

—Desde que soy su hermana y la conozco mejor que nadie.

Él sonríe y desliza su mano sobre la mía sobre la mesa.

—¿Y Jorge? —pregunta.

—Algo saludable. Es informático, pero se cuida. Seguro que pide una ensalada con pollo o algo igual de triste.

—Pobre hombre, ni ha llegado y ya lo estás juzgando.

—No es un juicio, es un dato.

Isaac se ríe justo cuando veo entrar a Sofía y Jorge por la puerta. Mi hermana nos localiza enseguida y nos saluda con una sonrisa.

—¡Ahí están los enamorados! —exclama mientras se acerca con paso decidido.

—¡Si lo dices tú, la experta en amor! —bromeo, y ella hace un bailecito ridículo antes de darme un beso en la mejilla.

Jorge le sigue con una sonrisa algo tímida pero honesta. Es alto, con gafas de pasta negra y ese aire de tipo tranquilo que contrasta con la energía de Sofía.

—Hola, chicos —dice con amabilidad—. Un placer veros de nuevo.

Nos damos los consabidos besos y todos tomamos asiento.

—A ver, hablemos de lo importante —dice Sofía, abriendo la carta—. ¿Qué hay de comer?

Isaac y yo intercambiamos una mirada cómplice.

—Te apuesto lo que quieras a que pedirás pasta —digo con aire triunfal.

Sofía frunce el ceño.

—Eso es trampa, me conoces demasiado.

—¿Ves? Te lo dije —le susurra Isaac.

—Y tú, Jorge —le señalo con un gesto—, dime que no vas a pedir una ensalada con pollo.

Jorge parpadea sorprendido.

—¿Cómo lo has sabido?

Sofía se ríe mientras yo levanto las manos en señal de victoria.

—Soy el oráculo, lo sé todo.

La conversación fluye fácil entre risas y bromas. Es increíble lo bien que congenian Isaac y

Jorge, como si se conocieran desde hace años. Veo a mi hermana relajada, feliz, con una mano sobre la de su novio. No hay ni rastro de la rabia del pasado, ni del resentimiento que tanto la consumió.

Cuando terminamos de pedir, Sofía respira hondo y se pasa una mano por el pelo.

—Bien, ahora que todos estamos cómodos… tengo algo que decir.

Isaac y yo nos miramos. ¿Qué está tramando?

—A ver, dispara —digo, inclinándome hacia ella.

Sofía sonríe, nerviosa pero radiante.

—Jorge y yo… —toma su mano y la aprieta—. Vamos a tener un bebé.

La noticia cae sobre la mesa como una bomba.

—¡¿Qué?! —exclamo, llevándome las manos a la boca.

Isaac se echa a reír y Jorge asiente con una mezcla de orgullo y nervios.

—Sí —dice Sofía, emocionada—. Estoy de tres meses.

Me levanto sin pensarlo dos veces y la abrazo con fuerza.

—¡Voy a ser tía! ¡Dios, Sofía! ¡Esto es increíble! ¿Mamá sabe esto? ¡Se va a volver loca!

—¡Aún no! Y mantén el pico cerrado.

Ella se ríe y me devuelve el abrazo con la misma intensidad. Cuando me separo, abrazo también a Jorge, aunque con algo más de contención.

—Bienvenido oficialmente a la familia. ¿Estás seguro de dónde te metes?

—Gracias, ¿debería echarme a temblar? —bromea, y todos reímos.

Isaac, que ha estado observando con una sonrisa, le estrecha la mano con un gesto sincero.

—Enhorabuena, tío.

—Gracias, aunque ahora necesito consejos sobre cómo sobrevivir a Sofía en modo mamá.

—Uff, eso ni yo lo sé —bromeo, y mi hermana me da un suave manotazo en el brazo.

La cena continúa con más risas y conversaciones sobre el bebé, nombres posibles y anécdotas de nuestra infancia. Durante un momento, me tienta contar nuestra propia noticia.

Isaac y yo vamos a casarnos.

Hemos decidido dar el paso, aunque de una manera relajada, sin grandes fastos ni estrés. Algo íntimo, solo nosotros y las personas que realmente importan.

Pero miro a Sofía, la forma en que brilla cuando habla de su bebé, y sé que esta noche es suya.

Así que guardo silencio.

Isaac me mira y sé que ha leído mis pensamientos. Me da un suave apretón en la mano debajo de la mesa, como diciéndome que lo entiende.

Ya habrá tiempo.

Cuando la cena termina y nos despedimos en la puerta del restaurante, Isaac y yo caminamos juntos por las calles iluminadas de Madrid.

—Ha sido una noche perfecta —digo, apoyando mi cabeza en su hombro mientras caminamos.

—¿Te ha costado mucho no soltar la noticia?

—Un poco, pero me ha gustado que hoy todo girara en torno a Sofía. Se lo merece.

Isaac asiente, pasando un brazo por mis hombros.

—Hemos avanzado mucho en un año.

Pienso en eso mientras seguimos caminando. En lo que hemos construido, en cómo hemos aprendido a confiar el uno en el otro.

Mi libro ya está terminado y publicado. No solo eso, sino que ha sido bien recibido y hasta ha ganado un premio de periodismo. Algo que nunca imaginé cuando empecé a escribirlo.

Isaac y yo hemos encontrado un equilibrio entre el trabajo y nuestra relación. Nos apoyamos sin presionarnos, sin repetir los errores del pasado. Y ahora, mirando hacia el futuro, sé que todo ha valido la pena.

—¿Sabes qué? —digo de repente, deteniéndome en mitad de la calle.

Isaac se gira, levantando una ceja.

—Dime.

Le tomo el rostro entre mis manos y lo miro a los ojos.

—Voy a ser tía. Y voy a ser tu esposa.

Sus labios se curvan en una sonrisa.

—Vaya, qué presión.

—¿Demasiado para una noche?

—Nah —se inclina hacia mí—. Para mí, nunca será demasiado si es contigo.

Me besa, y el mundo desaparece por un instante.

La vida no es perfecta.

Pero en este momento, es exactamente lo que siempre quise.

***

¡Gracias por escoger esta historia! Si te ha gustado, te agradecería mucho que dejases una valoración o reseña en Amazon.

Eso siempre nos ayuda enormemente a las autoras independientes ;)

También puedes apuntarte a mi lista de correo aquí.

Te enviaré e-mails de forma esporádica, cuando haya una nueva historia disponible.

Haz clic en **“SEGUIR”** en mi página de autora de Amazon para recibir notificaciones de la plataforma sobre mis nuevas novelas.

¡Hasta la próxima!

X

Lana Levy

Contacto:
lanalevyautora@yahoo.com

TAMBIÉN DISPONIBLE

LO QUE PASÓ EN PARÍS



Él era su jefe. Ella, su mayor distracción.

Esther nunca ha sido de las que mezclan negocios y placer, pero cuando su jefe, el atractivo CEO Reid O'Malley, entra en la ecuación, las reglas dejan de importar.

Lo que empezó como una tensión mal disimulada en un viaje de trabajo a París se convierte en algo mucho más intenso.

Él es brillante, magnético y se le da muy bien esconder todo lo referente a su vida personal.

Esther sabe que debería mantenerse al margen, pero la química entre ellos no deja de arrastrarla. Y cuando los secretos comienzan a salir a la luz, descubre que resistirse a Reid no era la batalla más difícil… Lo complicado es mantenerse a salvo de todo lo que lo rodea.

TAMBIÉN DISPONIBLE

HAZ TU MAGIA



Reencontrarte con tu primer amor es mágico... ¡hasta que recuerdas que también fue tu mayor pesadilla!

Lidia tiene una vida tranquila en la ciudad, un trabajo en una agencia de publicidad que no la llena del todo y dos amigas inseparables con las que comparte risas… y mucho salseo.

Su mundo da un vuelco al reencontrarse con Román, un mago medio famoso… y también el niño que le hacía la vida imposible en el colegio.

Solo que ahora es un tipo carismático y muy sexy.

Y entre espectáculos de magia, secretos familiares y un fuego que se niega a apagarse, Lidia pronto descubrirá que el amor… puede ser el truco más inesperado.